

El Dueño del Mundo

Julio Verne

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

UN PAÍS CONSTERNADO

La línea de montañas paralela al litoral americano del Atlántico del Norte, la Virginia, la Pensilvania y el Estado de Nueva York, lleva el doble nombre de montes Alleghanys y de montes Apalaches. Está conformada por dos cadenas distintas: al oeste están los montes Cumberland, y al este las Montañas Azules.

Este sistema orográfico, el más importante de esta parte de la América del Norte, se desarrolla en una longitud de 900 millas aproximadamente, o sea, unos 600 kilómetros; no rebasa 6000 pies de altura media, y su punto culminante está determinado por el monte Washington.

Esta especie de espinazo, cuyas dos extremidades se sumergen, la una en las aguas del Alabama y la otra en las del Saint Laurent, no solicita especialmente la visita de los alpinistas. Su arista superior no se perfila en las altas zonas de la atmósfera; así es que no ejerce la poderosa atracción de las soberbias cimas del antiguo y del nuevo mundo. Sin embargo, existe un punto en esta cadena al que los turistas no hubiesen podido llegar, pues es por decirlo así, inaccesible.

Pero aunque hasta entonces hubiese sido desdeñado por los ascensionistas, el Great-Eyry no iba a tardar en provocar la atención y aún la intranquilidad públicas, por razones muy particulares, que debo dar a conocer en los comienzos de esta historia.

Si saco a escena mi propia persona, es porque, como se verá, está íntimamente ligada a uno de los acontecimientos más extraordinarios de que ha de ser testigo el siglo XX. Tan extraordinario, que a veces me pregunto si ha sido una realidad, si ha sucedido tal como lo evoca mi imaginación. Pero en mi calidad de ser el inspector principal de la policía de Washington, impulsado, además, por el instinto de curiosidad desarrollado en mí en grado extremo; habiendo tomado parte, en el transcurso de quince años, en tantos diversos acontecimientos; encargado frecuentemente de misiones secretas, a las cuales tengo gran afición, no es de extrañar que mis jefes me lanzasen a esta inverosímil aventura, donde había de encontrarme frente a frente de impenetrables misterios.

Ahora bien; es preciso que desde el inicio de este relato se me crea bajo mi palabra; yo no puedo aportar otro testimonio que el mío. Si no es suficiente

garantía, que no se me crea.

El Great-Eyry está precisamente situado en esa pintoresca cadena de las Montañas Azules, que se perfilan sobre la parte occidental de la Carolina del Norte. Al salir de Morganton se advierte bastante distintamente su forma redondeada, y mejor aún desde el pueblo de Pleasant-Garden, algunas millas más próximo.

¿Qué es, en suma, este Great-Eyry? Su grandiosa silueta se tiñe de azul en ciertas condiciones atmosféricas; pero las aves de presa, las águilas, los cóndores..., no han escogido aquel paraje, a donde no llegan en bandadas, como pudiera presumirse. No son allí más numerosas que en cualquiera de las otras cimas de los Alleghanys. Por el contrario; se ha hecho observación que en ciertos días, cuando se aproximan al Great-Eyry, las aves apresúranse a separarse, y después de describir en un solo vuelo círculos múltiples, se alejan en todas direcciones, no sin turbar el espacio con sus estridentes clamores.

Allí debe existir una ancha y profunda concavidad: Tal vez tenga también algún lago alimentado por las lluvias y las nieves del invierno, como los que existen en los diversos parajes de la cadena de Apalaches y en los diversos sistemas orográficos del viejo y del nuevo continente.

Y dentro de las hipótesis racionales podía admitirse que aquello era el cráter de un volcán que dormía un largo sueño, del que acaso despertara algún día con estruendosa erupción. ¿No tendrían que temer entonces sus vecindades las violencias del Krakatos o los furoros de la Montaña Pelada? ¿Podría descartarse el riesgo de una erupción como la de 1902 en la Martinica?

En apoyo de esta última eventualidad, ciertos síntomas recientemente observados denunciaban, por la producción de vapores, la acción de un trabajo de noche en la cima del Great-Eyry, de plutónico. Incluso, hasta en cierta ocasión los campesinos, ocupados en labores agrícolas, habían oído sordos e inexplicables rumores.

Haces de llamas habían aparecido, de cuyo interior salían vapores que, cuando el viento los hubo abatido hacia el este, dejaron en el suelo huellas de ceniza. En fin, en medio de las tinieblas, las llamas, reverberadas por las nubes de las zonas inferiores, habían esparcido por el distrito una siniestra claridad.

En presencia de estos anómalos fenómenos, no es de extrañar que la intranquilidad cudiese en el país. Y a estas inquietudes uníase la imperiosa necesidad de saber a qué atenerse. Los periódicos de la Carolina no cesaban de hablar sobre lo que llamaban «el misterio del Great-Eyry», y preguntaban si no era peligroso habitar en su vecindad. Los artículos periodísticos provocaban a la vez la curiosidad y el miedo; curiosidad de los que, sin correr ningún riesgo, interesábanse por los fenómenos de la Naturaleza; temores de

los que estaban en peligro de ser las víctimas, si aquellos fenómenos constituían una real amenaza para la comarca. Los más interesados eran los vecinos de Pleasant-Garden, de Morganton, y las demás villas o simples granjas situadas al pie de la cadena de los Apalaches.

Era verdaderamente lamentable que los ascensionistas no hubiesen tratado hasta entonces penetrar en el Great-Eyry. Jamás había sido franqueada la rocosa muralla que lo circunda, y tal vez no ofreciera brecha alguna que diese acceso al interior.

Por otra parte, ¿no estaría dominado el Great-Eyry por alguna cima poco lejana, desde donde la mirada pudiera examinarlo en toda su extensión?... No; en un radio de bastantes kilómetros no había altura que rebasara la suya. El monte Wellington, uno de los más altos del sistema de los Alleghanys, levántase a muy larga distancia.

A pesar de todo, imponíase un detenido reconocimiento de este Great-Eyry. Era necesario saber, en interés de la región, si allí había un cráter, si el distrito occidental de la Carolina del Norte estaba amenazado de una erupción. Convenía, por lo tanto, hacer una tentativa para determinar la causa de los fenómenos observados.

La casualidad hizo que antes de lanzarse a la empresa que tan serias dificultades ofrecía, se presentase una circunstancia que tal vez permitiera reconocer el interior del Great-Eyry sin realizar la ascensión.

En los primeros días de septiembre de aquel año, un aerostato, tripulado por el aeronauta Wilker, iba a partir desde Morganton. Aprovechando la brisa del este, el aerostato sería impulsado hacia el Great-Eyry, y había probabilidades para que pasara por su encima. Entonces, cuando el globo dominase perfectamente la altura, Wilker la examinaría con un potente antejo, observaría todas las profundidades, reconociendo si entre las inaccesibles rocas abríase algún cráter, que era lo que más importaba saber. Y esto dilucidado, sabríase si la comarca debía temer una erupción para un porvenir más o menos próximo y tomar precauciones.

La ascensión se verificó según el programa indicado, con el viento medio regular y cielo despejado. Los vapores matinales acababan de disiparse a los vivos rayos del sol. A menos que dentro del Great-Eyry no estuviese lleno de vapores, el aeronauta podría registrarlo con la vista en toda su extensión. Caso contrario, claro está que el examen no sería posible; pero entonces podría decirse lógicamente que existía en aquel paraje de las Montañas Azules un volcán que tenía por cráter el Great-Eyry.

El globo se elevó, desde luego, hasta una altura de 1500 pies, y permaneció inmóvil durante un cuarto de hora. La brisa no se dejaba sentir hasta aquella

altura. Pero ¡qué gran decepción!, el aerostato no tardó en sentir los efectos de una corriente atmosférica y luego tomó la dirección este. Alejábase, pues, de la cadena de montañas, y no había esperanza de que cambiara de dirección. Los habitantes de la comarca le vieron bien pronto desaparecer, y después se enteraron de que había caído en los alrededores de Raleigh, capital de Carolina del Norte.

La tentativa había fracasado, y se acordó volverla a emprender en mejores condiciones.

Reprodujéronse los extraños rumores, acompañados de unos oscuros vapores y de luces vacilantes que reverberaban las nubes. Se comprenderá, por lo tanto, que estaba muy lejos de calmarse la intranquilidad en el país, que vivía bajo la amenaza de fenómenos sísmicos o volcánicos.

En los primeros días del mes de abril de ese año, los temores, más o menos vagos hasta entonces, tuvieron graves motivos para convertirse en espanto. Los periódicos de la región se hicieron en seguida eco del terror del público. Todo el distrito estaba en peligro de algún próximo desastroso fenómeno.

La noche del 4 al 5 de abril los habitantes de Pleasant-Garden fueron despertados por una conmoción, seguida de un ruido formidable. Prodújose un irresistible pánico al pensar que había llegado aquel temido momento. Los habitantes se lanzaron afuera de las casas, huyendo ante el temor de abrirse ante ellos algún inmenso abismo, en el que desaparecerían granjas y pueblos en una extensión de 10 o 15 millas.

La noche era oscura; el cielo estaba cubierto por densos nubarrones. Aún en pleno día no hubiera sido visible la arista de las Montañas Azules.

En medio de aquella oscuridad no era posible distinguir nada, ni de responder los gritos que se elevaban de todas partes. Grupos azorados, hombres, mujeres, niños, trataban de reconocer los caminos practicables, y se empujaban unos entre otros en un indescriptible tumulto. De aquí y de allí oíanse voces de espanto.

—¡Es un temblor de tierra!...

—¡Es una erupción volcánica!...

—¿De dónde viene?

—¡Del Great-Eyry!

Y hasta Morganton se corrió la noticia de que piedras, lava y escoria llovían sobre el campo.

Hubieran debido de reflexionar que en el caso de una erupción, aquel estrépito sería formidable; las llamas aparecerían sobre la cresta de la

montaña; los surcos de lava incandescente brillarían en medio de las tinieblas... Pero nadie pensaba serenamente, y los espantados aseguraban que sus casas habían sentido las sacudidas del suelo. Era también posible que aquella trepidación obedeciera a la caída de algún bloque rocoso enorme que se hubiese desprendido de los flancos de la cordillera.

Todos esperaban, presa de mortal inquietud, dispuestos a huir a Pleasant-Garden o Morganton. Transcurrió una hora sin nuevos incidentes. Apenas si una ligera brisa del oeste, detenida en parte por el largo macizo de los Apalaches, se hacía sentir a través del fino follaje de las coníferas aglomeradas en las tierras pantanosas.

Cesó el pánico, y cada cual disponíase a volver a su casa.

Nada había ya que temer, a juzgar por el sosiego de la tierra, y sin embargo, todos anhelaban ver llegar las luces de la aurora.

Parecía fuera de duda que algún enorme bloque habíase precipitado de las alturas del Great-Eyry. Así que cuando amaneciese sería fácil asegurarse del hecho recorriendo la montañosa cadena en una extensión de algunas millas.

Pero he aquí que a las tres de la mañana aproximadamente, el Great-Eyry se adornó con un penacho de llamas que, reflejadas por las nubes, iluminaron durante un largo espacio la atmósfera. Al mismo tiempo oíase una intensa trepidación.

¿Cuál era la causa del incendio espontáneamente declarado en aquellos parajes?... El fuego del cielo no podía haberlo provocado... No había señales de tormenta; ni de relámpagos ni truenos que turben la paz de la atmósfera... Verdad es que no hubiese faltado con qué alimentar el incendio. En aquellas alturas, la cadena de los Alleghanys tiene espesos bosques, lo mismo sobre el Cumberland que sobre las Montañas Azules. Numerosos árboles desarrollan allí su exuberante follaje.

—¡La erupción! ¡La erupción!

Estos gritos resonaron por todas partes. ¡Una erupción!... ¡De suerte que el Great-Eyry no era más que un cráter de un volcán situado en las entrañas de la cordillera!... Extinguido desde hacía siglos, ¿acabaría de encenderse de nuevo?... ¿Le seguiría a las llamas la lluvia de piedras incandescentes, de lava eruptiva?... ¿Descendería en breve la catarata, el torrente de fuego que lo quemaría todo a su paso, exterminando granjas y poblados, toda la comarca, sus llanuras, sus campos, sus bosques, hasta más allá de Pleasant-Garden o de Morganton?...

Esta vez declaróse el pánico sin poder contenerlo. Las mujeres arrastrando sus hijos, locas de terror, se lanzaron por los caminos del este para alejarse lo

más pronto posible del teatro de las perturbaciones telúricas. Los hombres empaquetaban lo de más valor, ponían en libertad a los animales domésticos, caballos, mulas, carneros, que se iban en todas direcciones. ¡Pero qué desorden debía resultar de esta aglomeración humana y animal, en medio de una noche oscura, a través de los bosques, expuestos al fuego del volcán, a lo largo de las lagunas, cuyas aguas podían desbordarse!... ¡Y hasta la tierra amenazaba faltar bajo el pie de los fugitivos!... ¿Tendrían tiempo de salvarse, si la lava incandescente llegaba a interponerse en su camino impidiéndoles huir?

Algunos de los principales propietarios de las granjas, más reflexivos que sus vecinos, no habían seguido la corriente de aquella multitud espantada, a la que sus exhortaciones a la cordura no habían logrado contener.

Cuando se dirigieron en observación hacia la montaña, pudieron darse cuenta de que el resplandor de la llama disminuía, y tal vez acabara por extinguirse. La verdad era que no parecía que la región estuviese amenazada del terrible fenómeno. Ninguna piedra había sido lanzada por el espacio; ningún torrente de lava despeñábase por el talud de la montaña; ningún rumor corría por las entrañas del suelo... Ninguna manifestación de esas perturbaciones sísmicas que pueden en un instante devastar todo un país.

No cabía duda de que en el interior del Great-Eyry decrecía la intensidad del fuego; la reverberación de las nubes era cada vez más débil, y poco a poco el campo quedaría sumido hasta la madrugada en la más profunda oscuridad.

Los fugitivos detuviéronse a una distancia que los ponía al abrigo de todo peligro. Luego se fueron serenando; el terror al fin se disipó en sus conturbados espíritus, y a las primeras luces de la mañana habían ya regresado a sus casas abandonadas.

A las cuatro de la madrugada apenas si vagos reflejos teñían los bordes del Great-Eyry. El incendio se extinguía, sin duda falto de alimento, y aunque fuese aún imposible determinar la causa, era de esperar que no volviera a encenderse.

En todo caso, lo que sí parecía probable era que el Great-Eyry no hubiera sido teatro de fenómenos volcánicos, y los habitantes de la comarca no debían abrigar el temor de ser víctimas de una erupción o de un temblor de tierra por el momento.

Mas he aquí que hacia las cinco de la mañana, por encima de las crestas de las montañas, confundidas todavía entre la nocturna sombra, un ruido extraño se dejó oír a través de la atmósfera, una especie de respiración regular, acompañada de un potente batimiento de alas. Y si hubiera sido de día, la gente de las granjas y de los poblados, tal vez hubieran visto cruzar el espacio

un gigantesco pájaro de presa, un monstruo aéreo que, después de haberse elevado del Great-Eyry, huía en dirección al este.

CAPÍTULO II

EN MORGANTON

El 26 de abril salí de Washington y al día siguiente llegaba a Raleg, la capital del Estado de Carolina del Este.

Dos días antes el director general de la policía me había llamado a su despacho. Mi jefe me esperaba no sin cierta impaciencia. He aquí la conversación que sostuve con él y que motivó mi partida:

—John Strock —empezó diciendo— ¿continúa usted siendo aquel agente sagaz y abnegado que en tantas ocasiones nos ha dado pruebas de sus relevantes condiciones?

—Señor Ward —contesté yo, inclinándome—, no soy yo quien ha de decirle si he perdido algo de mi sagacidad... En cuanto a mi abnegación, le puedo afirmar que está siempre a la disposición de mis jefes.

—No lo dudo —declaró el señor Ward—, pero quiero hacerle a usted otra pregunta más precisa. ¿Continúa usted siendo el hombre lleno de curiosidad, ávido por penetrar en el terreno del misterio, que yo siempre he conocido?

—Continúo siendo el mismo, señor Ward.

—¿Y ese intento de curiosidad no se ha debilitado por el constante uso de que de él ha hecho usted?

—¡Nada de eso!

—Pues bien, Strock, escúcheme.

El señor Ward tenía entonces cincuenta años, en toda la fuerza de su inteligencia, muy entendido en las importantes funciones que desempeñaba. Él me había encargado varias veces de misiones difíciles, algunas de carácter político, que desempeñé con acierto y me valieron su aprobación. Hacía meses que no se presentaba una ocasión de ejercitar mis facultades, y aquella ociosidad no dejaba ya de serme penosa. Yo esperaba, pues, no sin impaciencia, lo que el señor Ward iba a comunicarme. No cabía duda de que se trataba de ponerme en campaña por algún motivo de importancia.

Pues he aquí de lo que me habló el jefe de policía, un asunto que preocupaba, no sólo en Carolina del Norte y en los Estados vecinos, sino en

toda América.

—Seguramente —me dijo el señor Ward— que está usted al tanto de lo que ocurre en cierta parte de los Apalaches, en las cercanías de Morganton.

—Efectivamente, señor Ward; y estos singulares fenómenos parece que están hechos para picar la curiosidad, aunque no se sea tan curioso como yo.

—No cabe duda, Strock, que estos fenómenos son extraños y singulares. Pero lo que cabe preguntar es si lo observado en el Great-Eyry constituye un verdadero peligro para los habitantes del distrito; si no son las señales de alguna erupción volcánica o de algún temblor de tierra.

—Es de temer, señor Ward...

—Por eso hay gran interés en saber a qué atenernos; si nos encontramos desarmados en presencia de una eventualidad de orden natural; y convendría que los pobladores del lugar fuesen prevenidos del peligro que les amenaza.

—Es el deber de las autoridades, señor Ward —contesté—. No habrá más remedio que averiguar lo que sucede allá arriba.

—Precisamente; pero parece ser que eso ofrece graves dificultades. Dícese en el país que es imposible franquear las rocas del Great-Eyry y visitar su zona interior. Pero ¿se ha tratado de realizarlo en condiciones de éxito?... Yo no lo creo, y opino que una tentativa seriamente efectuada no podría sino dar buenos resultados.

—Nada hay imposible, señor Ward, y esto no será, sin duda, más que cuestión de más o menos gasto...

—Gasto justificado, por grande que sea, Strock, y en la cuantía del cual no hay que reparar cuando se trata de tranquilizar a toda una población, o de prevenirla para evitar una catástrofe... Por otra parte, ¿es cosa segura que la muralla del Great-Eyry es tan infranqueable como se pretende?... ¡Quién sabe si alguna banda de malhechores no tendrá allí su guarida y llegan a ella por caminos desconocidos!

—¡Cómo! Señor Ward, ¿sospecha usted que los malhechores...?

—Puede ser que yo me engañe, y todo lo que allí ocurre obedezca a causas naturales... Pero, en fin, eso es lo que se trata de determinar en el más breve plazo posible.

—¿Puedo permitirme una pregunta, señor Ward?

—Diga usted, Strock.

—Cuando se haya examinado el Great-Eyry; cuando conozcamos bien el origen de esos fenómenos, si existe allí un cráter, si está próxima una

erupción, ¿podremos impedirla?

—No Strock; pero los habitantes del distrito estarán advertidos... En los poblados y las granjas sabrán a qué atenerse, y no les sorprenderá la catástrofe. ¿Quién sabe si algún volcán de los Alleghanys no ha de exponer a Carolina del Norte a los mismos desastres que la Martinica, bajo el fuego de la Montaña Pelada? Es necesario, cuando menos, que toda esa población pueda ponerse al abrigo.

—Me inclino a creer, señor Ward, que el distrito no está amenazado de un tal peligro.

—Así lo deseo, Strock, y efectivamente, parece poco probable que exista un volcán en esta parte de las Montañas Azules. La cadena de los Apalaches no es de una naturaleza volcánica... Y, sin embargo, según los informes que nos han comunicado; se han visto llamaradas por encima del Great-Eyry. Y se ha creído sentir, si no temblores de tierra, estremecimientos a través del suelo; hasta los alrededores del Pleasant-Garden... ¿Estos hechos son reales o imaginarios? Conviene saber exactamente a qué atenerse respecto a este punto.

—Nada más justo, señor Ward, y no hay que demorarlo.

—En vista de todo esto, hemos decidido proceder a una detenida información acerca de los fenómenos del Great-Eyry, y es preciso recoger en el país mismo toda clase de informaciones, interrogar a los habitantes de los poblados y del campo... Hemos escogido un navegante que sea una garantía de éxito, y ese agente es usted, Strock...

—¡Ah! Con mucho gusto, señor Ward, y esté usted seguro de que no dejaré nada por hacer para corresponder a esa designación, para mí tan honrosa.

—Ya lo sé, Strock, y añado que es una misión que debe convenirle.

—Desde luego, señor Ward.

—En ella encontrará usted una ocasión de ejercitar esa pasión especial que constituye el fondo de su temperamento.

—Seguramente.

—Además, tiene libertad de acción para obrar según las circunstancias. En cuanto a los gastos, si hay lugar a organizar una ascensión que puede ser costosa, tendrá usted carta blanca, sin límite.

—Haré cuanto pueda, y puede usted contar conmigo, señor Ward.

—Le recomiendo que proceda con la mayor discreción cuando trate de informarse en el país... Los ánimos están todavía atemorizados. Habría que acoger con grandes reservas lo que refieran aquellas gentes, y de todos modos,

mucho cuidado para no desencadenar un nuevo pánico...

—Por supuesto.

—Operará usted de acuerdo con el alcalde de Morganton. Mucha prudencia, Strock, y no asocie usted a su empresa más que a las personas absolutamente necesarias. Nos ha dado usted frecuentes pruebas de su inteligencia y destreza, y ahora contamos con que triunfará una vez más.

—Si no tengo éxito, será porque tropiece con imposibilidades absolutas, pues es posible que no se pueda forzar la entrada al Great-Eyry, y en ese caso...

—En ese caso, ya veremos lo que hay que hacer. Ya sabemos que por profesión, por instinto, es usted el más curioso de los hombres, y es ahora que se le ofrece una soberbia ocasión de satisfacer su curiosidad.

Y el señor Ward tenía razón. Yo le pregunté:

—¿Cuándo debo partir?

—Mañana.

—Mañana sin falta saldré de Washington y pasado estaré en Morganton.

—Ya me tendrá usted al corriente por cartas y telegramas.

—Así lo haré, señor Ward, y al despedirme le doy las gracias por haberme honrado con su confianza eligiéndome. ¡Cómo iba a sospechar lo que el porvenir me tenía reservado!...

Volví inmediatamente a casa, donde hice mis preparativos de marcha, y al amanecer del día siguiente el rápido me llevaba hacia la capital de Carolina del Norte.

Llegué aquella misma tarde a Raleigh, donde pasé la noche, y al día siguiente el rail-road, que sirve la parte occidental del Estado me depositaba en Morganton.

Morganton se sitúa en terrenos muy ricos en hulla que se explota con cierta actividad. La abundancia de aguas minerales atrae a una gran colonia de forasteros. La campiña proporciona un rendimiento agrícola considerable, y los agricultores explotan con éxito los campos de cereales. La masa de los bosques ofrece siempre su persistente verdura.

Como consecuencia de la composición del suelo y de sus productos, la población es importante en el campo. Aldeas y granjas espárcense hasta el pie de la cordillera de los Apalaches: por aquí, aglomeradas entre los bosques; por allí, aisladas sobre las primeras ramificaciones. Contábanse por millas los habitantes de la comarca muy amenazados si el Great-Eyry era un cráter de un

volcán, si una erupción cubría el suelo con escorias y con cenizas, si torrentes de lava invadían el campo, si las convulsiones de un temblor de tierra extendíanse hasta Pleasant-Garden y Morganton.

El alcalde de este último punto, Elías Smith, era un hombre de una elevada estatura, vigoroso, decidido, emprendedor; no contaba más que cuarenta años, tenía una salud capaz de desafiar a todos los médicos de las dos Américas, y estaba acostumbrado lo mismo al frío del invierno que a los calores del estío, que suelen ser extremados en la Carolina del Norte. Gran cazador, no sólo de volatería, sino de los osos y panteras que viven en el fondo de las salvajes gargantas de la doble cadena de los Alleghanys.

Elías Smith, rico propietario, poseía en los alrededores de Morganton varias granjas que constantemente inspeccionaba y, que cuando residía en su home del poblado, pasaba el tiempo en excursiones y en cacerías, irresistiblemente arrastrado por sus excursiones cinegéticas.

Después de comer me dirigí al domicilio de Elías Smith, donde se encontraba aquel día por haberle prevenido telegráficamente. Le entregué la carta de presentación de parte del señor Ward y bien pronto trabamos conocimiento.

El alcalde de Morganton me recibió sin cumplimientos: la pipa en la boca, y la copa de brandy sobre la mesa. La criada nos trajo otra copa y tuve que hacer honor al brandy del alcalde antes de entrar en conversación.

—Es el señor Ward quien le envía —me dijo en tono de buen humor; pues bien, ante todo, bebamos a la salud del señor Ward.

Fue necesario chocar las copas y vaciarlas en obsequio al director general de la policía.

—Y ahora, ¿de qué se trata? —me preguntó Elías Smith. Le hice conocer al alcalde de Morganton el motivo y el objeto de mi misión en aquel distrito de Carolina del Norte. Le recordé los hechos, o mejor dicho, los fenómenos de que la región acababa de ser teatro. Le hice notar, y convino conmigo en ello, hasta qué punto interesaba tranquilizar a los habitantes, o al menos ponerles sobre aviso. Declaré que las autoridades se preocupaban de este estado de cosas y querían ponerles remedio, si era posible. En fin, añadí que mi jefe me había dado carta blanca para practicar con la mayor eficacia y diligencia posibles una información relativa al Great-Eyry. Yo no había de retroceder ante dificultad ni gasto alguno, dando por hecho que el ministerio lo aceptaría desde luego.

Elías Smith habíame escuchado sin pronunciar una palabra, pero no sin haber llenado varias veces mi copa y la suya. No me cabía duda de que, a través de las bocanadas de humo, el hombre me prestaba toda su atención.

Veía su tez animarse por instantes, sus ojos brillar debajo de sus espesas pestañas. Evidentemente el primer magistrado de Morganton estaba intranquilo por lo que pasaba en el Great-Eyry, y no debía de estar menos impaciente que yo por descubrir las causas de los fenómenos.

Cuando hube acabado de hablar, Elías Smith, mirándome cara a cara, permaneció algunos instantes silencioso.

—En fin —dijo el alcalde—, ¿en Washington se quiere saber lo que tiene el Great-Eyry en su barriga?

—Eso es, señor Smith.

—¿Y usted también?

—Efectivamente.

—¡Pues yo también, señor Strock!

El alcalde de Morganton era curioso como yo, e íbamos a hacer una buena pareja.

—Ya se hará usted cargo —añadió, después de sacudir las cenizas de su pipa— que, como propietario, han de interesarme las historias del Great-Eyry, y como alcalde debo preocuparme de la situación de mis administrados...

—Doble razón que han debido impulsarle, señor Smith, a buscar la causa de estos fenómenos susceptibles de trastornar toda la región... Y sin duda le habrían parecido a usted tan inexplicables como amenazadores para la población del distrito.

—Inexplicable sobre todo, señor Strock; pues yo no creo que el Great-Eyry sea un cráter, puesto que en los Alleghanys no se ha registrado ningún paraje volcánico. En parte alguna, ni en las gargantas de los Cumberland, ni en los valles de las Montañas Azules, se encuentran rastros de cenizas, de lava u otras materias eruptivas. No opino, pues, que el distrito de Morganton pueda estar bajo la amenaza de semejante azote...

—¿Ésa es su opinión, señor Smith?

—Mi firme opinión.

—Sin embargo, las sacudidas que se han sentido en las proximidades de las montañas.

—Sí..., las sacudidas..., las sacudidas... —repetía el señor Smith moviendo la cabeza—. Pero, en primer lugar; ¿es cierto acaso que han existido esas sacudidas?... Precisamente cuando la gran aparición de las llamas, visitaba yo mi granja de Wildon, a menos de una milla del Great-Eyry, y si sentí cierta conmoción en los aires, nada noté en la superficie del suelo.

—No obstante, los informes remitidos al señor Ward...

—¡Pues son informes redactados bajo la impresión del pánico! —declaró el alcalde de Morganton—. Yo todavía no he dado el mío.

—Que es muy de apreciar... En cuanto a las llamas que dicen rebasaban las últimas rocas...

—¡Oh! Eso ya es otra cosa, señor Strock... Las llamas las he visto yo con mis propios ojos, y las nubes reverberaban sus luces a una gran distancia. Además, de la cresta del Great-Eyry escapábanse ruidos extraños, silbidos semejantes a los de una caldera que se desahoga de vapor...

—¿De modo que usted ha sido testigo?

—¡Ya lo creo!...

—¿Y en medio de aquel ruido no le pareció a usted sentir en el espacio el aleteo de grandes alas?

—Efectivamente, algo de eso sentí, señor Strock. Pero para producir ese aleteo, ¿cuál hubiera sido el ave gigantesca que atravesó el aire después de extinguirse las llamas?...

¿Y de qué alas tan colosales tenía que estar dotada para producir aquel ruido? Yo me pregunto si todo no fue un error de mi imaginación. ¡El Great-Eyry un nido de monstruos aéreos!... ¿Cómo no se les ha visto hasta ahora?... Lo cierto es que en todo esto hay un misterio que hasta ahora no hemos logrado esclarecer.

—Pero que esclareceremos, señor Smith, si quiere usted auxiliarme.

—Sí; y con tanto más gusto, señor Strock, cuanto que estoy interesadísimo en poder tranquilizar a la población del distrito.

—Entonces, desde mañana mismo nos pondremos en campaña.

—Desde mañana.

Y me despedí del alcalde de Morganton.

Regresé al hotel para arreglar mis cosas en prevención de una estancia que podría prolongarse según las necesidades de la información. No me olvidé de escribir al señor Ward, dándole a conocer los resultados de mi primera entrevista con el alcalde y nuestra resolución de despejar la incógnita en el más breve plazo posible. Le prometía, además, informarle de todo, bien por carta o por telegrama, a fin de que supiera siempre a qué atenerse respecto a nuestras gestiones.

En una segunda entrevista con el señor Smith, decidimos partir a la madrugada del día siguiente...

Y he aquí el proyecto que dejamos acordado seguir a toda costa:

La ascensión a la montaña se realizaría bajo la dirección de los guías habituados a las excursiones de este género. Estos guías habían escalado varias veces lo más altos picos de las Montañas Azules, pero jamás habían intentado tener acceso al Great-Eyry, sabiendo que una muralla de infranqueables rocas lo impediría, y, además, porque antes de producirse aquellos fenómenos, el Great-Eyry no llamaba la atención de los viajeros. Podíamos contar en absoluto con estos dos guías, a quienes el señor Smith conocía personalmente: dos hombres intrépidos, fuertes y diestros. Ambos no retrocederían, y nosotros estábamos dispuestos a seguirles.

El señor Smith hizo la observación de que tal vez fuese ya más factible penetrar en el interior del Great-Eyry.

—¿Y por qué razón? —pregunté.

—Porque se ha desprendido de la montaña un gran bloque, y es posible que sea de la cumbre y haya dejado alguna entrada practicable.

—Sería una feliz circunstancia, señor Smith.

—Lo sabremos mañana, lo más tarde —auguró.

—Hasta mañana, pues.

CAPÍTULO III

GREAT-EYRY

Al amanecer del día siguiente Elías Smith y yo salimos de Morganton por el camino que se extiende a la orilla izquierda de la de Sarawba-River, y que conduce a Pleasant-Garden.

Nos acompañaban los dos guías: Harry Horn de treinta años, y James Bruck de veinticinco, vecinos de Morganton, al servicio de los turistas deseosos de visitar los principales parajes de las Montañas Azules y del Cumberland, que forman la doble cadena de los Alleghanys. Eran intrépidos ascensionistas, vigorosos de brazo y de pierna, diestros y experimentados, conocían perfectamente aquella parte del distrito.

Un carruaje con dos buenos caballos debía transportarnos hasta la frontera occidental del Estado. No llevábamos víveres más que para tres días, pues, sin duda, nuestra campaña no debía prolongarse más. Las vituallas, escogidas por el señor Smith, eran magníficas conservas de vaca adobada, lonjas de jamón, un tonel de cerveza, varios frascos de whisky y de brandy y pan en cantidad

suficiente. En cuanto al agua fresca, los cauces de la montaña, alimentados por las lluvias torrenciales, que son frecuentes en esta época del año, la proporcionarían en abundancia.

Inútil es decir que el alcalde de Morganton, en su calidad de cazador entusiasta, había llegado consigo un fusil y su perro Nisko, que corría por los costados del coche. Nisko nos levantaría la caza en el bosque o en la llanura, pero había de permanecer con el conductor el tiempo que durase nuestra ascensión. No hubiera podido seguirnos hasta el Great-Eyry por los obstáculos que habría que vencer.

El cielo estaba despejado, el aire fresco, aún en aquel día de abril, que suele ser rudo a veces en el clima americano.

Las nubes deslizábanse, rápidamente empujadas por una brisa variable que venía de los anchos espacios del Atlántico. Entre ellas se deslizaban, con intermitencias, los rayos del sol, que iluminaban todo el campo.

El primer día de viaje llegamos hasta Pleasant-Garden, en donde pasamos la noche en la casa del alcalde, amigo particular del señor Smith. Durante el trayecto pude observar minuciosamente aquella región donde los campos suceden a las lagunas, entre las que se deslizaba la carretera, muy bien conservada, no sin prolongarse en múltiples revueltas.

A veces el coche pasaba bajo un verdadero túnel de follaje. Todo un mundo animaba a aquellos frondosos bosques del distrito. Veíanse huir ante nosotros ratones campestres, loros de vivísimos colores de una locuacidad ensordecedora, zarigüeyas que se alejaban en rápidos brincos, pájaros de todos los colores y de todas las familias que se dispersaban volando raudos entre el follaje.

En Pleasant-Garden fuimos convenientemente instalados para pasar la noche. Al día siguiente habíamos de ganar la granja de Wildon, situada muy cerca de la montaña.

Pleasant-Garden es un poblado de regular importancia. El alcalde nos hizo una cordial recepción, obsequiándonos con una buena cena. Como es natural, la conversación versó acerca de la tentativa que íbamos a realizar para reconocer las disposiciones interiores del Great-Eyry.

—Tienen ustedes razón —nos declaró el dueño de casa—. En tanto que no se sepa lo que sucede allá arriba, los campesinos no dormirán tranquilos.

—¿No se ha producido ningún nuevo suceso desde la última aparición de las llamas por encima del Great-Eyry? —pregunté.

—Ninguno, señor Strock. Desde Pleasant-Garden se puede observar perfectamente la arista superior de la montaña hasta Black-Dome, que la

domina. Ni el más pequeño ruido sospechoso, ni el más leve resplandor se ha producido... Y si es una legión de diablos la que se anida ahí, parece ser que ya han concluido su cocina infernal y han partido para cualquier otro paraje de los Alleghanys...

—Pero yo creo —exclamó el señor Smith— que no se habrán ido sin dejar algunas huellas de su paso, trozos de rabo o pedazos de cuernos... ¡Allá veremos!...

Nos levantamos con las primeras luces del alba. El carruaje nos esperaba a la puerta. Una vez instalados el señor Smith y yo, el conductor fustigó los caballos, que arrancaron a buen paso. Al concluir este segundo día de viaje hicimos alto en la granja de Wildon, entre las primeras ramificaciones de las Montañas Azules.

La comarca no ofrecía variaciones sensibles con lo que ya llevaba yo visto. Solamente el país estaba menos poblado. Apenas unas pequeñas aldeas, perdidas bajo la poderosa exuberancia de la vegetación; granjas aisladas, que regaban los numerosos afluentes de Sarawba.

Fauna y flora, las mismas que la víspera, y, en suma, bastante caza para satisfacer al más exigente cazador.

—¡Estoy tentado de coger mi fusil y de silbarle a Nisko! —decía el señor Smith—. Es la primera vez que paso por aquí sin gastar el plomo sobre las perdices y las liebres. ¡Estas buenas bestias no me reconocerían! Pero hoy por hoy, a menos que se nos acaben las provisiones, no tenemos que cuidarnos más que de la caza de los misterios.

—Y hagamos todo lo posible, señor Smith, para no volver con el morral vacío.

Durante la mañana hubimos de atravesar una interminable llanura, en donde corrían verdaderas manadas de los que vulgarmente se llama «perros de las praderas», pues realmente estos animales tienen algún parecido con la raza canina.

No es raro en los Estados Unidos encontrar populosos parajes de cuadrúpedos. Entre otros, los naturalistas citan a Dog-Ville, que cuenta con más de un millón de habitantes de cuatro patas. Los «perros de la pradera» que se alimentan de hierbas y raíces, son inofensivos; pero ladran hasta dejarle a uno sordo.

El tiempo manteníase hermoso, con una brisa un poco fresca. En realidad, no existe motivo para creer que bajo esta lentitud el clima sea relativamente cálido en las dos Carolinas. El rigor del invierno es frecuentemente brusco. Numerosos naranjales perecen por el frío, y el lecho del Sarawba suele

aparecer lleno de témpanos de hielo.

Después de mediodía, la cadena de las Montañas Azules —distante a sólo seis millas— apareció a nuestra vista en un ancho perímetro. Su arista dibujábase con claridad sobre el fondo de un cielo bastante claro, en el que se destacaban algunas nubes. En la base de las montañas entrelazábanse las coníferas, alternando con árboles y rocas de aspecto muy extraño. Aquí y allá picos de raras formas, sobresaliendo entre todos la gigantesca cabeza del Black-Dome, refulgente a los rayos del sol...

—¿Ha hecho usted la ascensión a ese pico, señor Smith? —le pregunté.

—No —contestó—, y se asegura que es bastante difícil.

Pero algunos turistas se han arriesgado hasta esa altura y, según cuentan ellos, nada puede descubrirse desde allí del interior del Great-Eyry.

—Así es —dijo el guía Harry Horn—. Puedo asegurarlo, porque lo he comprobado por mí mismo.

—Tal vez —observé yo— no sería el tiempo favorable.

—Al contrario señor Strock; hacía un tiempo despejadísimo, pero los bordes del Great-Eyry son muy elevados y la vista no puede divisar el interior.

—¡Vamos! —exclamó Smith—; ¡no me enfadaré por ser el primero que ponga el pie allí en donde nadie ha llegado todavía según aseguran!

Aquella mañana el Great-Eyry aparecía tranquilo, y no se escapaban de él ni vapores ni llamas.

A las cinco nuestro carruaje hizo alto en la granja de Wildon, donde debíamos pasar la noche.

Inmediatamente los caballos fueron desenganchados y conducidos a la cuadra, en donde hallaron alimento abundante. El conductor esperaba allí nuestro regreso. El señor Smith confiaba que nuestra misión estaría cumplidamente satisfecha cuando volviéramos a Morganton.

El encargado de la granja de Wildon aseguró que nada extraordinario había vuelto a ocurrir en el Great-Eyry.

Cenamos en la mesa común con el personal de la granja y dormimos profundamente toda la noche.

Al día siguiente iba a comenzar desde el alba la ascensión a la montaña. La altura del Great-Eyry no pasaba de los 1800 pies —altitud modesta—, próximamente la media de la cadena de los Alleghanys. Podíamos contar que no había de ser muy grande la fatiga. Unas cuantas horas serían suficientes para alcanzar la arista superior del macizo. Verdad es que se presentarían

dificultades: precipicios que franquear, obstáculos que bordear por senderos peligrosos...

Nuestros guías no habían podido informarnos a este propósito, y lo que me inquietaba era que en el país la muralla que rodeaba al Great-Eyry pasaba por ser infranqueable. Pero, en suma, el hecho no había sido nunca comprobado, y existía la posibilidad de que el bloque desprendido hubiera dejado una brecha en el espesor del cuadro rocoso.

—En fin —me dijo el señor Smith, después de encender la primera pipa de las veinte que diariamente fumaba—, vamos a partir con buen pie. Y en cuanto a saber si esta ascensión exigirá más o menos tiempo...

—Lo que quiera que sea, nosotros estamos resueltos a llegar hasta el fin, ¿o no es así, señor Smith?

—Resueltos, señor Strock.

—Mi jefe me ha encargado que arranquemos sus secretos a ese diablo de Great-Eyry.

—Se los arrancaremos de grado o por fuerza —replicó el señor Smith, tomando al cielo por testigo de su declaración—, aún cuando nos tengamos que ir a buscarlos a las entrañas mismas de la montaña.

—Y como puede que nuestra excursión se prolongue —añadí yo—, es prudente proveerse de víveres.

—Esté usted tranquilo, señor Strock, los guías tienen víveres para dos días, y nosotros no llevamos los bolsillos vacíos. Además, si he dejado en la granja a Nisko, llevo mi fusil. Caza no ha de faltarnos, y combustible tampoco; acaso hallemos arriba fuego bien vivo.

—¿Fuego, señor Smith?

—¿Y por qué no, señor Strock? ¿Y las llamas, esas soberbias llamas que han aterrado a nuestros campesinos?... ¿Se habrá enfriado por completo el hogar, o quedará todavía el rescoldo? Y luego, puede resultar el cráter de un volcán, y un volcán, por muy apagado que esté, conserva siempre alguna brasa. Francamente, sería un volcán de menor cuantía, si no tuviese fuego suficiente para endurecer un huevo o asar una patata. En fin, ya lo veremos, ya lo veremos.

Por lo que a mí respecta, no había formado opinión todavía. Iba a cumplir la orden de informarme acerca de lo que sucedía en el Great-Eyry, para saber a qué atenerse, y si no ofrecía peligro alguno, tranquilizar a los comarcanos. Pero en el fondo —¿y acaso no es éste un sentimiento natural en el hombre poseído por el demonio de la curiosidad?— me hubiese felicitado, por mi satisfacción personal, por la resonancia que había de tener mi misión, que el

Great-Eyry fuese el centro de fenómenos cuya causa yo descubriera.

He aquí en qué orden iba a efectuarse nuestra ascensión al Great-Eyry: los guías por delante, escogiendo los pasos más practicables; Elías Smith y yo caminando uno al lado del otro, o uno detrás de otro, según la anchura de las sendas.

Los guías aventuráronse por una estrecha garganta de inclinación poco acusada. Un estrecho sendero desarrollábase al borde de los taludes, en los que se entremezclaban en inextricable espesura una multitud de arbustos, por entre los cuales hubiera sido imposible abrirse paso.

Todo un mundo de pájaros raros animaba aquellas masas forestales, y entre los más bulliciosos distinguíanse a los loros, que llenaban el aire con sus agudos gritos. Entre la espesura oíase el leve rumor de los animalitos que huían al sentir nuestros pasos.

El curso del torrente al que esa garganta servía de lecho hacía mil caprichosos giros.

Durante la estación de las lluvias o después de una tormenta debía saltar en tumultuosas cascadas.

Después de media hora de camino, la subida empezó a ser tan dura que no hubo más remedio que sortearla a derecha e izquierda, prolongándola en múltiples revueltas. La garganta hacíase verdaderamente impracticable, y el pie no hallaba suficientes puntos de apoyo. Fue necesario agarrarse de las matas y hierbajos y subir sobre las rodillas, y en estas condiciones nuestra ascensión no podía terminarse antes de ponerse el sol.

—¡Caramba! —exclamó el señor Smith, tomando aliento; comprendo que los turistas del Great-Eyry hayan sido raros..., tan raros que ninguno de ellos los he conocido...

—La verdad es que la empresa es fatigosa, y si no tuviéramos las razones particulares para llevar hasta el fin nuestra tentativa...

—Nada más cierto —declaró Harry Horn—; mi camarada y yo, que hemos subido varias veces hasta la cima del Black-Dome, no hemos encontrado jamás tantas dificultades...

—Dificultades que pudieran convertirse en obstáculos —añadió James Bruck.

La cuestión ahora es decir de qué lado encontraríamos un cambio oblicuo. Lo mismo a la derecha que a la izquierda, veíamos macizos de árboles y de arbustos. Lo más lógico era ir por donde las pendientes eran menos pronunciadas. De todos modos convenía no olvidar que las vertientes orientales de las Montañas Azules no son nada practicables, y miden en casi

toda la cadena una inclinación aproximada de unos cincuenta grados...

Lo mejor era confiarse al instinto especial de nuestros guías, y particularmente al de James Bruck. Este bravo mozo no tenía nada que envidiar a un mono en destreza y a un gamo en agilidad.

Lamentablemente, ni Elías Smith ni yo podríamos arriesgarnos a donde se aventuraba aquel audaz.

Sin embargo, por lo que a mí respecta, esperaba no quedarme atrás, siendo saltarín por naturaleza y estando muy acostumbrado a los ejercicios corporales. Por donde quiera que pasara James Bruck estaba resuelto yo a pasar, aunque me costara algunos golpes.

Pero no podía decirse lo mismo del primer magistrado de Morganton, menos joven, menos vigoroso, de mayor corpulencia y menos seguridad. Hasta entonces había hecho esfuerzos sobrehumanos para no quedarse atrás; pero a veces resoplaba como una foca y tenía que detenerse para cobrar aliento.

En suma, bien pronto nos convencimos de que la ascensión al Great-Eyry exigiría más tiempo del que habíamos calculado. Pensamos llegar al cuadro rocoso a las once de la mañana, y a mediodía distábamos aún unos cuantos centenares de pies.

Efectivamente, a eso de las diez, luego de reiteradas tentativas por descubrir caminos practicables; después de numerosas vueltas y revueltas, un guía dio la señal de alto.

Estábamos en la linde superior del bosque. Los árboles, más espaciados, permitían dirigir una mirada a los primeros escalones del Great-Eyry.

—¡Eh, eh! —gritó el señor Smith, recostándose contra un árbol corpulento—; un poco de reposo y comida no nos vendrá mal.

—¿Una hora de descanso? —pregunté.

—Sí, bien se lo han ganado nuestras piernas, nuestros pulmones y nuestro estómago. Estuvimos todos de acuerdo. Era necesario reconstituir nuestras fuerzas.

Lo que despertaba la inquietud era el aspecto que ofrecía el flanco de la montaña hasta el pie del Great-Eyry. Entre sus rocas abruptas no se dibujaba ningún sendero.

Esto no dejaba de preocupar a los guías, y oí que Harry Horn decía a su camarada: La subidita no va a ser cómoda.

—Tal vez imposible —contestó James Bruck.

Esta reflexión me produjo verdadero despecho. Si tenía que descender sin haber logrado alcanzar el Great-Eyry, sería el completo fracaso de mi misión, sin hablar de mi curiosidad personal no satisfecha. Y cuando me imaginaba estar frente al señor Ward, avergonzado y confuso, debía de poner la cara compungida.

Se abrieron las fiambreras y comimos con buen apetito, aunque moderadamente.

Terminado el refrigerio, que no pasaría de una media hora, el señor Smith se levantó dispuesto a ponerse en marcha.

A la cabeza James Bruck; los demás no teníamos más que seguirle, procurando no quedarnos rezagados.

Avanzábase muy lentamente. Nuestros guías no ocultaban su perplejidad, y Harry Horn avanzó unos cuantos metros para examinar el terreno y determinar qué dirección convenía tomar definitivamente.

Hacia aquel lado apunta el Black-Dome, a una distancia de tres a cuatro millas. Ya se sabe que era inútil subir allí como punto de observatorio, pues desde su cima, con el anteojo más potente, nada podía descubrirse del interior del Great-Eyry.

La subida era muy penosa a lo largo de los taludes resbaladizos. Apenas hubimos ganado 200 pies de altura, cuando James Bruck se detuvo ante un profundo atolladero que se cruzaba en el camino. Allí se amontonaban ramas recién tronchadas, bloques reducidos a polvo, como si algún alud los hubiese hecho rodar por aquel flanco de la montaña.

—¿Habrán rodado por aquí la enorme roca que se supone se desprendió del Great-Eyry? —observó James Bruck.

—No cabe duda —respondió Smith— y lo mejor será seguir el rastro que haya dejado en su caída.

Tomamos el camino tan acertadamente indicado. El pie podía apoyarse con facilidad en los socavones producidos por el bloque.

La ascensión empezó a efectuarse con mayores facilidades casi en línea recta, y a las doce y media estábamos en el borde superior de la roca que servía de asiento al Great-Eyry.

Ante nosotros, a sólo un centenar de pasos de distancia y a otros tantos de altura, se alzaban las murallas que formaban el misterioso perímetro.

Por aquel lado el cuadro recortábase muy caprichosamente: puntas agudas, una roca cuya extraña silueta simulaba un águila enorme dispuesta a volar hacia las altas zonas del cielo. Parecía que por aquella parte oriental, cuando

menos, la rocosa cantera era de todo punto infranqueable.

—Descansemos unos instantes —propuso entonces el señor Smith.

—De esta parte debió de desprenderse el bloque, y sin embargo no se advierte ninguna brecha en la roca —dijo Harry Horn.

No cabía duda de que la caída habíase producido por aquel lado.

Después de reposar unos diez minutos, levantáronse los guías, seguimos los nosotros, y llegamos al borde de la meseta. No había más que seguir la base de las rocas, de una altura de 50 pies. El resultado de nuestro examen no tuvo nada de satisfactorio... Aún disponiendo de escalas, hubiese sido imposible poder elevarse hasta la cresta superior de las rocas.

Decididamente el Great-Eyry tomaba a mis ojos un aspecto absolutamente fantástico, y no me hubiera sorprendido que estuviese poblado de dragones, de trasgos y mitológicas quimeras...

A pesar de todo, continuamos nuestra circunvalación a aquella obra rocosa, que por su seguridad simulaba una labor humana más bien que de la Naturaleza. Por ninguna parte ni una interrupción, ni una desigualdad que hubiera permitido intentar el acceso. Por doquiera aquella cresta uniforme imposible de franquear. Luego de seguir el borde de la meseta durante una hora, volvimos a nuestro punto de partida.

No pude disimular el despecho de que me hallaba poseído, y me pareció que el señor Smith participaba de mis sentimientos.

—¡Mil diablos! —exclamó—; nos vamos a quedar sin saber lo que hay en el interior del maldito Great-Eyry y si es o no es un cráter.

—Sea o no un volcán —observé yo—, lo cierto es que no produce ningún ruido sospechoso; que no se escapan ni humo ni llamas, nada de lo que anuncia una erupción próxima.

Y, efectivamente, no puede darse silencio más profundo que el que allí reinaba. Ni el menor indicio de vapor, ninguna reverberación sobre las nubes, que la brisa del este echaba sobre la cima. La tierra estaba tan tranquila como el aire. Ni rumores subterráneos, ni sacudidas que trepidaran bajo nuestros pies; la soberana calma de las grandes alturas.

Lo que es necesario no olvidarse de consignar es que la circunferencia del Great-Eyry podía calcularse en unos 1200 pies, a juzgar por el tiempo que habíamos tardado en dar la vuelta, y teniendo en cuenta las dificultades de la marcha por los bordes de la estrecha meseta.

En cuanto a la superficie interior, ¿cómo evaluarla desconociendo el espesor de las rocas que la determinaban?

No hay para qué advertir que los alrededores estaban completamente desiertos; que ningún ser viviente mostrábase por allí, a excepción de dos aves de rapiña que pasaron por encima del Great-Eyry.

Nuestros relojes marcaban las tres, y el señor Smith dijo con tono de contrariedad:

—Aunque estemos aquí hasta la noche, no hemos de salir de dudas. Es preciso partir, señor Strock, si queremos estar de regreso en Pleasant-Garden antes de la noche.

Y como no le contestase, y continuara sentado, añadió viniendo a reunirse conmigo:

—¿Qué es eso, señor Strock, no dice nada? ¿Es que no ha comprendido usted lo que he dicho?

Realmente, mucho me costaba abandonar la partida y descender sin haber cumplido con mi misión. Y sentía la imperiosa necesidad de persistir para satisfacer mi extremada curiosidad. ¿Pero qué hacer? ¿Estaba en mis manos perforar aquella espesa muralla, escalar sus rocas?

No había más remedio que resignarse, y después de echar una última ojeada hacia el Great-Eyry, seguí a mis compañeros, que empezaban a bajar por las resbaladizas y peligrosas pendientes.

El regreso debía efectuarse sin grandes dificultades ni fatigas. Antes de cinco horas habíamos rebasado las últimas rampas de la montaña, y el granjero de Wildon ya nos recibía en la sala, donde nos esperaban agradables refrescos y sustanciosos alimentos.

—¿De modo que no han podido ustedes penetrar en el interior? —nos preguntó.

—No —contestó el señor Smith—; y acabaré por creer que el Great-Eyry no existe más que en la imaginación de los campesinos.

A las ocho y media de la noche nuestro carruaje deteníase en frente de la casa del alcalde del Pleasant-Garden, donde debíamos pasar la noche.

Y mientras trataba inútilmente de conciliar el sueño, me preguntaba si es que no me convendría instalarme allí unos cuantos días y organizar una nueva excursión. ¿Tendría más probabilidades de éxito que la primera?

Lo mejor, en suma, era volver a Washington y consultar con el señor Ward. Así es que al día siguiente por la noche, en Morganton, luego de pagar a los guías, me despedí del señor Smith, dirigiéndome a la estación, de donde iba a partir el rápido para Raleigh.

CAPÍTULO IV

UN CONCURSO DEL AUTOMÓVIL-CLUB

¿Se revelaría el misterio del Great-Eyry gracias a eventualidades difíciles de prever?... Era el secreto del porvenir. ¿Había un interés capital en descifrarlo? No había duda, pues de ello dependía la seguridad del distrito de Carolina del Sur.

Quince días después de mi regreso a Washington, un hecho de muy diferente orden solicitó la atención pública. Y éste llevaba trazas de permanecer tan misterioso como los fenómenos del Great-Eyry.

Hacia mediados de mayo los periódicos de Pensylvania pusieron en conocimiento de sus lectores el citado suceso que se había producido recientemente en diversos puntos del Estado.

Hacia algún tiempo circulaba por los caminos que parten desde Filadelfia un extraño vehículo, del que no se podía reconocer la forma, la naturaleza, ni aún las dimensiones; tan veloz era su carrera.

Todos convenían en que aquello era un automóvil; pero respecto al motor hacíanse hipótesis más o menos admisibles, y cuando la imaginación popular toma parte en estas cosas, es imposible ponerle freno.

En aquella época los automóviles más perfeccionados cualquiera que sea su sistema, movidos por el vapor de agua, el petróleo, el alcohol, la electricidad, no pasaban los 160 kilómetros por hora, es decir, cerca de dos millas por minuto; lo que los ferrocarriles, con sus expresos y sus rápidos, no podían obtener en las mejores líneas de América y Europa.

Pues bien, el aparato en cuestión rebasaba seguramente esta velocidad.

Inútil es añadir que semejante vértigo constituía gran peligro en las carreteras, tanto para los vehículos como para los peatones que transitasen por ellas.

Aquella masa rodadiza llegaba como una tromba, precedida de un gruñido formidable, desplazando el aire con una violencia tal, que hacía chocar el ramaje de los árboles que bordeaban el camino, espantando a los animales que pastaban en medio de los campos; dispersando a los pájaros que no hubieran podido resistir los torbellinos de polvo que a su paso levantaba.

Y, ¡detalle extraño sobre el que los periódicos llamaron mucho la atención! Las llantas de las ruedas no dejaban en el suelo la huella que los vehículos pesados producen en su movimiento de rotación. Todo lo más una ligera

marca, un simple roce. La rapidez sólo era lo que producía el polvo. «Es de creer —decía el New York Herald— que la velocidad de traslación suprime la pesadez».

Como es natural, los distritos de Pensylvania habían elevado enérgicas reclamaciones.

¡Cómo permitir la continuación de estas carreras locas de un aparato que amenazaba destrozarlo todo, aplastar a su paso carruajes y peatones!...

¿Pero de qué medios valerse para detenerle?... No se sabía a quién le pertenecía, de dónde venía, hacia dónde marchaba. No se le divisaba más que un instante, o se le veía pasar como un proyectil en su marcha vertiginosa.

¡Tratad de coger al vuelo una bala de cañón que salga de la boca de fuego!

...

No había, repito, ni la menor indicación acerca de la naturaleza del motor. Lo que era seguro, por haberse comprobado, que no dejaba humo, vapor, olor a petróleo o a otro aceite mineral.

De aquí la conclusión de que se trataba de un aparato movido por la electricidad, los acumuladores del cual, de modelo desconocido, encerraban a buen seguro una cantidad de fluido inagotable.

Entonces la imaginación del vulgo, muy sobreexcitada, quiso ver otra cosa en este misterioso automóvil: era el carro extranatural de un espectro conducido por chauffeurs del infierno; un monstruo escapado de alguna ménagerie fantástica; y, para reunirlo todo en un solo tipo, el diablo en persona, Belcebú, Astaroth, que desafiaba toda intervención humana, teniendo para sí la invisible e infinita potencia satánica.

Pero ni el mismo Satanás tenía derecho a circular con aquella rapidez en los caminos de los Estados Unidos sin una autorización especial, sin un número de orden, sin licencia en regla.

Era inadmisibles que se pudiera tolerar aquella vertiginosa velocidad que amenazaba la seguridad pública, y no había más remedio que contener la fantasía de aquel corredor incógnito.

Y no era sólo Pensylvania que servía de velódromo a sus deportivas excentricidades.

Los informes de la policía no tardaron en señalar la presencia de este aparato en otros Estados; en los alrededores de Francfort, en Columbus, cerca de Nashville, también en las cercanías de Jefferson, y, por último, en las diferentes carreteras que convergen en Chicago.

Dada esta voz de alerta, a las autoridades municipales correspondía tomar

todas las medidas contra el peligro público. Contra un aparato lanzado a tales velocidades, lo más práctico sería poner en los caminos sólidas barreras contra las cuales, tarde o temprano, acabaría por estrellarse.

—¡Bah! —repetían los incrédulos—. Ya encontrará medios ese chauffeur para evitar los obstáculos.

—Y si es preciso, saltará por encima de las barreras.

—¡Claro! Si es el diablo, conservará las alas de cuando era ángel, y maldito lo que ha de costarle levantar el vuelo.

Comentarios de comadres que no había para qué tomar en cuenta.

Por otra parte, si el rey del infierno tenía alas, ¿para qué se obstinaba en circular por el suelo terráqueo, con el riesgo de aplastar a los transeúntes, en vez de lanzarse al espacio, como un pájaro libre en los aires?...

Tal era la situación, que ya no podía prolongarse, y de la que se preocupaba, con razón, la alta policía de Washington, resuelta a ponerle término.

En este estado de cosas, he aquí lo que sucedió la última semana de mayo, y que dio lugar a pensar que en los Estados Unidos habíanse librado del «monstruo», y hasta había motivo para creer que el antiguo mundo no estaría ya expuesto a recibir la visita de aquel automovilista tan extravagante como peligroso.

En aquella época los periódicos de la Unión publicaron el siguiente hecho, que fue objeto de los comentarios fáciles de imaginar:

Acaba de ser organizado por el Automóvil Club un concurso en Wisconsin sobre una de las grandes carreteras de este Estado, cuya capital es Madison. Aquella carretera constituye una excelente pista de 200 millas de extensión, que va desde «Prairie-du-Chien», ciudad de la frontera oeste, a Milwaukee, en la orilla del Michigan, pasando por Madison. Solamente en el Japón existía una carretera que aventajaba a ésta: la de Nikko a Namodé, bordeada por gigantescos cipreses, la que se desarrolla en una línea recta de 82 kilómetros.

Numerosos aparatos de todas las fábricas y de las mejores marcas se inscribieron para tomar parte en el match, y se había decidido la admisión en el concurso de todos los sistemas de motores.

Veíanse a los motociclos de las casas Hurter y Dietrich en línea con los cochecillos ligeros de Gobron-Brillé, Renault Hermanos, Richard-Braiser, Decauville, Darracq, Ader, Bayard, Clement, Chenard y Walcker; los carruajes de Guillet-Forest, Harward-Watson, Pipe, Wolsseley; a los grandes «autos» Mors, Fiat, Mercedes, Carrou-Girardot-Voight, Hochtkiss, Panhard-Levasson, Dion-Bouton, Dardner-Serpellet, Turcat-Mery, Hirscher y Lobacco, etc., de

tan diversas nacionalidades.

Los diferentes premios que se daban a los vencedores alcanzaban una considerable suma, que no bajaría de 50 000 dólares, y no había duda de que estos premios serían muy disputados. Los fabricantes habían respondido, al llamamiento del Automóvil Club, enviando sus modelos más perfeccionados. Contábase a una cuarentena de diferentes sistemas: vapor de agua, petróleo, alcohol, electricidad, todos ellos lo suficientemente experimentados y estudiados con anticipación.

Según los cálculos basados en el máximo de velocidad que podría obtenerse y que, se cifraba en los 160 kilómetros, el recorrido internacional no duraría más de tres horas, para un circuito de 200 millas.

Para evitar todo peligro, las autoridades de Wisconsin habían prohibido la circulación entre Prairie-du-Chien y Milwaukee durante aquel día 30 de mayo.

No había, por lo tanto, más accidentes que temer que los que ocurrieran entre los corredores en plena lucha. Esto ya era cuenta suya. Pero en cuanto a los vehículos y peatones, ningún peligro existía, en razón a las medidas adoptadas.

Hubo una extraordinaria afluencia de gente, y no sólo en Wisconsin. Varios millares de curiosos acudieron desde los Estados limítrofes de Illinois, como Michigan, Iowa, de la Indiana y hasta de Nueva York.

Inútil es advertir que entre los amateurs de los ejercicios deportivos figuraban un gran número de extranjeros, entre ingleses, franceses, alemanes, austríacos, belgas, y por un sentimiento bien natural cada cual hacía votos por los chauffeurs de su nacionalidad.

Es también de notar, puesto que el match se efectuaba en los Estados Unidos, la patria de las grandes apuestas, que habíanse hecho muchas y de gran importancia... Agencias especiales estaban encargadas de recibirlas, y durante la última semana de mayo habían crecido de modo tan considerable, que sumaban una porción de millones.

La señal de la partida había de darse a las ocho de la mañana. Con el fin de evitar la aglomeración y accidentes, los automóviles se sucederían con tres minutos de intervalo sobre la pista bordeada por millares de espectadores.

El primer premio sería adjudicado al carruaje que recorra en menos tiempo la distancia entre Prairie-du-Chien y Milwaukee.

Los diez primeros autos designados por la suerte partieron entre ocho y ocho y media. Salvo algún accidente, seguro llegarían a la meta antes de las once. Los otros seguirían sucesivamente.

Agentes de policía vigilaban la pista de media en media milla.

Si muchos eran los curiosos situados a todo lo largo de la carrera, eran numerosísimos en el punto de partida, en Madison, lugar medio de la pista, formando una muchedumbre considerable en Milwaukee, meta del match.

Transcurrieron dos horas. Por despachos telefónicos los interesados sabían cada cinco minutos cuál era la situación de sus autos y en qué orden se sucedían los concurrentes. Era un carruaje Renault Hermanos, neumático Michelin, el que figuraba a la cabeza a mitad del camino, seguido de cerca por un Harward-Watson y un automóvil Dion-Bouton.

Habíanse producido ya algunos accidentes por mal funcionamiento de los motores o por rotura de algunas piezas del mecanismo.

Lo verosímil era que no quedarían más de una docena de los choferes en actitud para llegar hasta la meta. Contábase algunos heridos, aunque no de gravedad. Pero hay que advertir que aunque se hubiesen contado algunos muertos, muy poco hubiera importado el suceso en aquel sorprendente país de América.

Se comprenderá que donde la curiosidad y las pasiones iban a desencadenarse en su máxima violencia, era en las proximidades de Milwaukee. Sobre la orilla oeste del Michigan levantábase el poste de llegada, empavesado con todos los colores internacionales.

Desde las diez de la mañana manifestóse con toda claridad que el Gran Premio, 20 000 dólares, no sería disputado más que por tres automóviles y un motociclo; los otros rivales habíanse distanciado considerablemente.

Apenas si las agencias de apuestas podían dar abasto a las demandas.

Los representantes de las principales marcas estaban próximos a venir a las manos, y poco faltó para que salieran al aire los revólveres.

Los corredores de apuestas gritaban hasta enronquecer:

—¡A uno contra tres la Harward-Watson!

—¡A uno contra dos la Dion-Bouton!

—¡A la par por Renault Hermanos!

Estos gritos repercutían por la línea, a medida que se esparcían las noticias telefónicas. Pero a eso de las nueve y media se produjo lo inesperado: dos millas antes de Prarie-du-Chien se oyó un espantoso ruido en medio de una espesa nube de polvo, acompañado de silbidos semejantes a los de una sirena de barco.

Los curiosos no tuvieron más tiempo que el necesario para apartarse, a fin de evitar el choque, que hubiera producido centenares de víctimas si se hubiese realizado.

La nube pasó como una tromba, y fue todo lo que se pudo distinguir de aquel aparato animado de semejante velocidad.

Se podía afirmar, sin riesgo de incurrir en exageración, que caminaba a una velocidad de 250 kilómetros por hora.

Desapareció en un instante, dejando tras de sí una estela de polvo blanco, así como la locomotora de un expreso deja un penacho de vapor.

Evidentemente era un automóvil provisto de un motor extraordinario. De mantener tal velocidad, seguramente antes de una hora habría alcanzado a los automóviles que iban en cabeza, y los rebasaría con rapidez doble de la suya, llegando primero a la meta.

Y entonces de todas partes eleváronse clamorosas protestas, aunque los espectadores apiñados en los bordes de la pista no tuvieran nada que temer.

—¡Es la máquina señalada hace quince días! —decíase únicamente.

—Sí... la misma que ha atravesado Illinois, Ohio, Michigan, y que la policía no ha podido detener.

—¡Y de la que no había vuelto a hablarse!

—¡La que se creía destruida, desaparecida para siempre!

—¡Sí, el carro del diablo, alimentado por el fuego del infierno, y que lo guía el mismo Satanás!

En verdad, si no era el diablo, ¿quién podía ser el misterioso chofer que lanzaba a tan inverosímil velocidad aquélla no menos inverosímil máquina?

Lo que parecía fuera de toda duda es que el aparato que corría entonces en dirección de Madison debía ser el que había llamado la pública atención, y del que los agentes de policía no habían encontrado huellas. Éstos habían dicho que no volvería a hablarse de semejante cosa, y quedaba demostrado que también en América se equivoca a veces la policía.

Pasado el primer momento de estupor, los más avisados lanzáronse al teléfono para prevenir a los automovilistas esparcidos en la carretera, a fin de evitarles el peligro de perecer aplastados por aquel extraordinario aparato que llegaba como huracán. Serían aplastados, barridos, destruidos, y ¡quién sabe si de la formidable colisión no escaparía sano y salvo el que la producía! Después de todo, debía ser tan diestro aquel rey de los choferes, manejaría su máquina con una admirable precisión y golpe de vista, que es seguro que evitaría todos los obstáculos.

Las autoridades tomaron las precauciones para que la carretera estuviera reservada exclusivamente a los corredores, y he aquí que de pronto aparecía un intruso.

Los que disputaban el primer premio tuvieron que suspender la lucha al conocer la imprevista novedad. Según ellos, ese prodigioso vehículo no haría menos de 120 millas por hora. Tal era la velocidad al momento de alcanzarles que apenas se pudo reconocer la forma de aquella máquina, la longitud de la cual no excedería los diez metros. Sus ruedas daban vueltas con velocidad extraordinaria. Además, no dejaba tras de sí vapor, humo, ni olor. En cuanto a su conductor, encerrado dentro del automóvil, era imposible reconocerlo, y permanecía tan incógnito como cuando se le halló por primera vez en las carreteras de la Unión.

Milwaukee había sido prevenido por teléfono de la aparición del automóvil fantasma. Fácil es imaginar la emoción que produjo la noticia. Lo primero que se les ocurrió fue levantar a través de la carretera un obstáculo contra el cual se estrellase el «proyectil», rompiéndose en mil pedazos. ¿Pero había tiempo de ejecutarlo? ¿No aparecería el monstruo de un instante a otro?... Entonces, ¿para qué molestarse?...

Y, además, ¿no se vería obligado a detener su marcha, velis nolis, puesto que la carretera terminaba en el lago Michigan y no podía seguir adelante, a menos de metamorfosearse en aparato de navegación?

Tal fue el pensamiento que pasó por la mente de los espectadores apostados en Milwaukee, después de tomar la precaución de mantenerse a distancia para no morir aplastados por aquel monstruo.

Allí como en Prairie-du-Chien y Madison, echáronse a volar las más extravagantes hipótesis. Y hasta a los que se resistían a creer que el misterioso chofer fuese el diablo en persona, no les repugnaba ver en él algún monstruo escapado de las fantásticas guaridas del Apocalipsis.

Ya no era de minuto en minuto, sino segundo en segundo cuando los curiosos esperaban la aparición del automóvil.

No eran las once todavía cuando se dejó oír una lejana trepidación, divisándose como una neblina, que era un torbellino de polvo.

Silbidos estridentes desgarraron el aire; invitando al público a dejar vía franca al vertiginoso automóvil, que no moderaba su velocidad. Y, sin embargo, el lago Michigan no distaba ya una milla, y la fuerza de inercia solamente bastaba para precipitarlo en el agua.

Bien pronto se disiparon las dudas.

El vehículo, con la rapidez de un relámpago, llegó a la altura de Milwaukee.

¿Iba, pues, a zambullirse en el lago?

Lo cierto fue que cuando desapareció el recodo de la carretera que tocaba

el lago, no se volvió a encontrar la huella de su paso.

CAPÍTULO V

A LA VISTA DEL LITORAL DE NUEVA INGLATERRA

Cuando los periódicos dieron cuenta de todos estos hechos hacía ya un mes que yo estaba de regreso.

A mi llegada tuve buen cuidado de presentarme en casa de mi jefe, a quien no pude ver, porque asuntos de familia habíanle alejado de Washington.

Pero el señor Ward conocía seguramente el fracaso de mi misión. Los diversos diarios de Carolina habían descrito con lujo de detalles mi ascensión al Great-Eyry, en compañía del alcalde de Morganton.

Sentía un violento despecho por lo inútil de mi tentativa, sin contar con lo mortificada que estaba mi curiosidad. Y no podía hacerme a la idea de que el misterio persistiera.

¡No sorprender los secretos del Great-Eyry!... ¡Imposible resignarme a ello, aunque yo tuviera que ponerme diez y hasta veinte veces en campaña y arriesgar en otras tantas mi existencia!

Evidentemente, no superaba a las fuerzas humanas el llegar al interior del misterioso lugar. Alzar un andamio hasta la cresta de las murallas, o construir una galería a través de la espesa pared, no estaba en la escala de lo imposible. Nuestros ingenieros acometen todos los días obras muy difíciles.

Pero en el caso particular de Great-Eyry había que contar con el gasto que tal trabajo había de producir, en proporción con las ventajas que habían de obtenerse.

La cifra alcanzaría a muchos miles de dólares: ¿y a qué respondería tan dispendioso trabajo?

Si en aquel punto de las Montañas Azules abriese un volcán, no podría apagársele, y si una erupción amenazaba, no habría medio humano de impedirlo.

De suerte que toda esa tarea constituía una considerable pérdida, sin más resultado, que satisfacer la curiosidad pública.

En todo caso, cualquiera que fuese el interés especial que yo pusiera en el asunto, y por deseoso que estuviese de poner los pies en el Great-Eyry, no era con mis recursos personales con los que iba a realizar la empresa, y estaba

reducido a decirme in petto:

—He aquí una empresa digna de nuestros millonarios americanos; he aquí la obra que debían de intentar a toda costa los Gould, los Astor, los Vanderbilt, los Rockefeller, los Mackay, los Pierpont-Morgan ¡Pero ellos no piensan en semejante cosa y tienen la mente ocupada por otras ideas!

¡Ah! ¡Si el Great-Eyry encerrase en sus entrañas ricos filones de oro o plata, tal vez estos financieros se arriesgarían en la empresa!

Pero esta hipótesis no tenía nada de admisible, y la cadena de los Apalaches no está situada ni en California, ni en Australia, ni en el Transvaal, estos privilegiados países de los inagotables placeres.

Fue en la mañana del 15 de junio cuando el señor Ward me recibió en su despacho. Aunque conocía el fracaso de mi tentativa, me dispensó un buen recibimiento.

—Ya tenemos aquí a este pobre Strock; este pobre Strock, que no ha tenido la buena suerte...

—La misma, señor Ward, que si me hubiera encargado la información en la capital de la Luna. Es verdad; nos hemos encontrado ante obstáculos materiales infranqueables en las condiciones en que hemos operado.

—Le creo a usted, Strock. Lo cierto es que no se ha descubierto absolutamente nada de lo que pasa en el interior del Great-Eyry.

—Nada, señor Ward.

—¿Y no han visto ustedes aparecer ninguna llama?

—Ninguna.

—¿Ni se oyó ningún ruido sospechoso?

—Ninguno.

—¿De suerte que no sabemos si hay allí un volcán?

—Todavía no, señor Ward; y si el volcán existiera, hay que conceder que duerme un profundo sueño.

—Pero nada nos asegura que no se despierte algún día... No basta, Strock, que un volcán duerma; es preciso que muera... A menos que todo lo que se nos han contado sea producto de acaloradas fantasías.

—No lo creo, señor Ward. El señor Smith, alcalde de Morganton, y su amigo el alcalde de Pleasant-Garden son muy afirmativos a este punto. No cabe duda que las llamas han aparecido sobre el Great-Eyry. Y también se han escuchado ruidos inexplicables. No hay más remedio que creer en la realidad

de estos fenómenos.

—Por supuesto. Hay que dar crédito a esos alcaldes y a sus administrados. En fin, lo que quiera que sea, es lo cierto que el Great-Eyry no ha revelado su secreto.

—Si se quiere averiguarlo hay que sacrificar los gastos necesarios; el pico y la mina harán buena cuenta de esas murallas.

—Sin duda; pero ese trabajo no es imprescindible por ahora, y es mejor esperar. Por otra parte, tal vez la Naturaleza se encargue de revelarnos por sí misma el misterio.

—Crea, señor Ward, que lamento no haber llevado a cabo con éxito la misión que se dignó usted amablemente confiarme.

—Bueno, hombre, ya no se desconsuele y tome filosóficamente su fracaso. No siempre tenemos la suerte de salir airosos en nuestro empeño... Las campañas de la policía no las corona invariablemente el éxito... Vea usted cuántos criminales se nos escapan; y estoy persuadido de que no prenderíamos a casi ninguno si ellos fueran más inteligentes, menos imprudentes sobre todo, y no se comprometieran del modo más estúpido. Pero ellos solos se entregan por charlatanes. Opino que no hay nada más fácil que preparar un delito, un asesinato o robo, y perpetrarlo sin dejar rastro aprovechable a la policía. Ya comprenderá usted, señor Strock, que no he de ser yo quien vaya a dar lecciones de destreza y de prudencia a los señores criminales; pero, lo repito, son muchos los que se escapan.

Yo compartía en absoluto la opinión de mi jefe: en el mundo de los malhechores es en donde más imbéciles se encuentran.

A pesar de esta creencia había que convenir en que era muy sorprendente que las autoridades no hubiesen hecho luz en ciertos sucesos ocurridos en algunos Estados. Así es que al oír al señor Ward hablar del asunto, yo no pude ocultarle mi extrañeza.

Tratábase del fantástico vehículo que acababa de circular por las carreteras, con gran peligro de los peatones, caballos y carruajes. Ya se sabe en qué condiciones de velocidad batía todos los records del automovilismo. Desde los primeros momentos las autoridades habían dado órdenes para poner término a las terribles fantasías de aquel extraño chofer. Surgía sin saber de dónde, desapareciendo con la celeridad del relámpago.

Aunque habíanse puesto en campaña gran número de agentes, los resultados habían sido nulos; y he aquí que de improviso se aparece en pleno concurso, cubriendo en menos de hora y media aquella pista de 200 millas.

Luego, ¿qué había sido del aparato? Ni la menor noticia.

¿Habíase zambullido en el lago Michigan, a impulsos de la celeridad adquirida?

¿Debía suponerse que la máquina y el maquinista habían perecido, y ya no volvería a hablarse del uno ni de la otra?...

La mayoría del público resistíase a admitir esta solución, que hubiera sido la mejor, esperando que de un momento a otro volvería a aparecer.

La aventura entraba en el dominio de lo extraordinario, según decía el señor Ward, y yo era de esa manera de pensar.

Cambiábamos impresiones mi jefe y yo, y creí que nuestra conversación iba concluir, cuando, después de dar unos cuantos paseos por el despacho, me hizo notar:

—Sí, esta aparición en la carretera de Milwaukee durante el concurso internacional es de lo más extraño..., pero hay algo que no lo es menos.

El señor Ward me presentó un informe que la policía de Boston acababa de enviarle a propósito, de un hecho que servía de tema a los periódicos para entretener a los lectores.

En tanto que yo leía, el señor Ward se sentó ante la mesa del despacho, donde acabó de escribir lo que tenía empezado antes de mi visita. Yo me senté junto a la ventana y leí con gran atención lo que el informe oficial contenía.

Desde hace dos días que los parajes de la Nueva Inglaterra estaban perturbados por una aparición, sobre la naturaleza de la cual nadie se daba exacta cuenta.

Una masa movediza, que emergía a unas dos o tres millas del litoral, se entregaba a rápidas evoluciones; luego se alejaba, deslizándose sobre la superficie del agua, y ésta no tardaba en desaparecer hacia alta mar.

Esta masa se desplazaba con tanta rapidez que los más potentes anteojos apenas la podían seguir en su carrera. Su longitud no debía de pasar de 40 pies. Era de estructura especial y de color verdoso, que le permitía confundirse con el mar.

La zona del litoral americano en donde más se le había advertido, era la comprendida entre el cabo Norte del Estado de Connecticut y el cabo Sable, situado en la extremidad occidental de la Nueva Escocia.

En Providence, en Boston, en Portsmouth, en Portland, las chalupas de vapor trataron varias veces de aproximarse al cuerpo movedizo y darle caza; pero no lo consiguieron. La persecución era una insensatez; en unos cuantos segundos poníase fuera del alcance de la vista.

Habíanse emitido opiniones bien diferentes sobre la naturaleza del objeto;

pero hasta entonces ninguna de las hipótesis descansaba sobre una base cierta, y las gentes de mar perdíanse en conjeturas.

Primeramente, marineros y pescadores admitieron que debía ser algún mamífero del orden de los cetáceos, pues nadie ignora que estos animales se sumergen con una cierta regularidad, y al cabo de algunos minutos de estar bajo las aguas, vuelven a la superficie arrojando columnas de líquido mezclado con aire. Pero y si fuera una ballena, decían los balleneros, oíríase el potente ruido de su respiración.

No debía pertenecer, pues, a la clase de mamíferos marinos, y preciso era considerarlo como un monstruo desconocido que remontaba las profundidades oceánicas, tales como los que figuran en los legendarios relatos de los antiguos tiempos mitológicos.

¿Había, pues, que clasificarla entre los leviatanes o las famosas serpientes de mar, los ataques de las cuales tan terribles resultaban?

Lo positivo era que desde la aparición de aquel monstruo en los parajes de la Nueva Inglaterra, las pequeñas embarcaciones, las chalupas de pesca no se atrevían aventurarse en alta mar. En cuanto se señalaba su presencia, apresurábanse a ganar el puerto más próximo. La prudencia así lo exigía, pues aunque no constaba que el extraño animal fuese agresivo, valía más no correr el riesgo de sus agresiones.

Los barcos de alto bordo nada tenían que temer de la ballena, o de lo que fuese. Sus tripulantes habíanlo divisado pocas veces; pero cuando trataban de acercarse, alejábase, sin que fuera posible darle alcance.

Un día un crucerillo de guerra salió del puerto de Boston, si no a perseguirle, al menos para enviarle algunos proyectiles. En pocos segundos el animal se puso fuera del alcance de las piezas, y la tentativa resultó inútil.

Por lo que respecta a su acometividad, no daba señales que tuviese intención de atacar a las chalupas de los pescadores.

Aquí dejé mi lectura, y dirigiéndome al señor Ward, le dije:

—En resumen, hasta ahora no ha habido que lamentar la presencia del monstruo... Huye ante los grandes barcos, no se lanza sobre los pequeños. De suerte que la gente del litoral no tiene motivos para alarmarse.

—Y, sin embargo, Strock, de creer lo que dice ese informe...

—No obstante, señor Ward, la tal bestia no parece peligrosa... Además, una de dos: o abandona al fin y al cabo esos parajes, o se concluirá por capturarla y la veremos figurar en el museo de Washington.

—¿Y si no es un monstruo marino? —repuso el señor Ward.

—¿Qué va a ser, pues? —pregunté, bastante sorprendido por la observación.

—Continúe usted la lectura —me dijo mi jefe.

Así lo hice, y he aquí lo que me dio a conocer la segunda parte del informe, algunos de cuyos párrafos había señalado el señor Ward con lápiz rojo:

Durante algún tiempo nadie había dudado que aquello fuese un monstruo marino, y que persiguiéndolo rigurosamente, se acabaría por librar a los parajes de su presencia. Sin embargo, la opinión no tardó en cambiar de idea. Algunos espíritus más despiertos preguntáronse si no era un aparato de navegación el que evolucionaba en las aguas de Nueva Inglaterra.

Si era así, el aparato debía ofrecer un grado extremo de perfección.

Acaso antes de entregar su secreto, el inventor trataba de llamar la atención pública y producir alguna emoción entre la gente de mar. Una tal seguridad en sus maniobras, semejante rapidez en sus evoluciones, facilidad tal para sustraerse a las persecuciones, gracias a su extraordinaria potencia de desplazamiento, eso era más que suficiente para picar la curiosidad de las gentes.

Grandes progresos habíanse realizado en la ciencia de la navegación mecánica. Los trasatlánticos habían obtenido velocidades tales que en cinco días podían franquear la inmensa distancia entre el antiguo y el nuevo continente.

Y los ingenieros no habían dicho aún su última palabra.

En cuanto a la marina militar, ésta no se había quedado a la zaga. Los cruceros, los torpederos, y los contratorpederos, podían luchar contra los más rápidos paquebots del Atlántico, del Pacífico y del mar de las Indias.

No se podía decir si se trataba de un barco de nuevo modelo, pues no era posible observar su forma exterior. Pero en cuanto al motor, podía asegurarse que estaba muy por encima de los más perfeccionados. ¿A qué debía su acción dinámica? ¿Al vapor o a la electricidad? Imposible reconocerlo. Lo cierto era que, desprovisto de velamen, no se servía del viento; y desprovisto de chimenea, no funcionaba a vapor.

En este punto volví a suspender mi lectura, y reflexioné acerca de lo que acababa de leer.

—¿En qué piensa usted, Strock? —me preguntó mi jefe.

—Que en lo que respecta al motor del barco en cuestión, este resulta tan potente y tan desconocido como el fantástico automóvil, del que no hemos

oído hablar desde el match del American Club.

—¿Es esa la reflexión que ha hecho usted, Strock?

—Sí, señor Ward.

Y entonces suponíase esta conclusión: si el misterioso chofer había desaparecido, si pereció con su aparato en las aguas del lago Michigan, era, preciso obtener a toda costa el secreto del no menos misterioso navegador, y desear que no se lo tragaran los abismos del mar antes de haberlo entregado. ¿No está en el interés de un inventor el hacer pública su creación?

Pero si el inventor del aparato terrestre había guardado el incógnito, ¿no era de temer que el de la máquina marítima procediese de igual suerte? Admitiendo que el primero existiese todavía, lo cierto era que no se tuvieron más noticias suyas. Y en vista de eso, ¿no desaparecería el segundo, a su vez, después de evolucionar en Boston, Portsmouth y Portland?

Conviene anotar un punto importante: la idea de un animal marino parecía haberse abandonado por completo. Aquel mismo día los periódicos de la Unión se apoderaban del asunto, haciendo diversos comentarios y pronunciándose por la existencia de un aparato de navegación dotado de unas extraordinarias cualidades desde el punto de vista de la evolución y la velocidad. Todos estaban acordes en opinar que debía estar provisto de un motor eléctrico, sin que se pudiera imaginar de qué fuente tomaba el fluido.

Pero lo que la Prensa no había hecho notar al público era una singular coincidencia, que debía impresionar el espíritu y que me hizo observar el señor Ward en el momento en que yo pensaba lo mismo.

En efecto, era después del famoso automóvil cuando había aparecido el no menos famoso barco. Estos dos aparatos poseían una prodigiosa potencia de locomoción. Si de nuevo aparecían los dos por mar y tierra, el mismo peligro correrían las embarcaciones que los carruajes y peatones. Era, pues, necesario realizar una intervención eficaz para restablecer la seguridad pública en los caminos y en las aguas.

Esto fue lo que me dijo el señor Ward y lo que evidentemente era preciso. ¿Pero de qué modo conseguirlo?

En fin, después de una conversación que se prolongó algún tiempo, iba a retirarme, cuando el señor Ward me dijo:

—¿No ha observado usted, Strock, que existe una sorprendente semejanza entre los dos aparatos, entre el barco y el automóvil?

—Seguramente, señor Ward.

—¡Quién sabe si los dos no serán más que un solo aparato!...

—Probablemente...

CAPÍTULO VI

PRIMERA CARTA

Después de salir del despacho del señor Ward regresé a mi domicilio, Long-Street 34. Allí disponía de todo el tiempo necesario para discurrir a mis anchas, puesto que no tenía mujer ni hijos. Por toda servidumbre, una vieja doméstica, que después de estar quince años al servicio de mi madre continuaba al del hijo.

Habíanme concedido un mes de licencia, del que me restaban aún quince días, a menos que unas circunstancias imprevistas no me obligaran a reanudar el servicio sin demora.

Como ya se sabe, mi licencia se interrumpió tres días, a propósito de la información relativa al Great-Eyry. ¿Me sería posible hacer luz sobre los acontecimientos de la carretera de Milwaukee y de los parajes de Boston?...

Ya en mi casa, después de almorzar, encendida mi pipa, desplegué mi periódico. ¿Lo confesaré?... La política, la eterna lucha entre republicanos y demócratas me interesaba muy poco... Así es que busqué desde luego la sección de sucesos.

No es de extrañar que mirase con cuidado si había alguna información procedente de Carolina del Norte acerca del Great-Eyry. Tal vez encontrase alguna correspondencia de Morganton o de Pleasant-Garden. Además, el señor Smith habíame prometido tenerme al corriente de lo que sucediera. Un telegrama me prevendría en seguida si es que las llamas reaparesciesen sobre el Great-Eyry.

Creo que el alcalde de Morganton tenía tantos deseos como yo de renovar la tentativa en cuanto la ocasión se presentase. Pero desde mi regreso no habían llegado telegramas.

La lectura del periódico no me enteró de nada nuevo, y me cayó de las manos sin que llegara a interesarme, quedándome sumido en reflexiones.

Recordaba insistentemente las últimas frases del señor Ward, que suponía pudieran ser uno mismo el aparato terrestre y el marítimo. También pudiera suceder que, aún siendo distintos, hubieran sido contruidos por la misma mano... Y sin duda era un motor idéntico el que los animaba de aquella velocidad que duplicaba a la hasta entonces conocida, tanto por mar como por tierra.

—¡El mismo inventor! —repetía yo. Evidentemente, la hipótesis del señor Ward no tenía nada de inverosímil, y hasta la circunstancia de no haberse advertido simultáneamente los dos aparatos dábales una fuerza de razón indiscutible.

Y yo me decía:

—Decididamente, después del misterio del Great-Eyry, el de la bahía de Boston... ¿Correrá el segundo la misma suerte que el primero? ¿Lograremos descubrirlos uno después del otro?

Debo hacer notar que este nuevo suceso tenía una gran resonancia, en atención a que comprometía la seguridad pública. Solamente los habitantes del distrito vecino a las Montañas Azules corrían riesgo si una erupción o un temblor de tierra llegaba a producirse. Pero con la aparición del misterioso vehículo y la del barco fantástico que recorrían todos los caminos, todos los parajes, era la seguridad de los ciudadanos la que se hallaba comprometida muy de veras.

Todos estábamos expuestos a que al salir de casa se nos echase el inevitable chofer. Era como aventurarse por una calle o por un camino donde iba a caer de un momento a otro una granizada de proyectiles. Esto es lo que hacían resaltar los periódicos, ávidamente leídos por el público.

No es de extrañar, pues, que los espíritus estuviesen sobresaltados, y muy particularmente el de mi vieja doméstica, muy dada a creer en leyendas sobrenaturales.

Así que aquel día, después de comer, en tanto levantaba la mesa, me preguntó mirándome de frente:

—¿Señor, no hay nada nuevo?

—Nada —contesté, adivinando el objeto de su pregunta.

—¿No se ha vuelto a ver el coche?

—No, Grad.

—¿Ni el barco?

—Ni el barco; así lo dicen los periódicos mejor informados.

—Pero... ¿en vuestro servicio especial?

—Sabemos tanto como los periódicos.

—Entonces, señor Strock, ¿me hará usted el favor de decirme para qué sirve la policía?

—Esa misma pregunta me he hecho yo en más de una ocasión.

—¡Pues es tranquilizador, señor!... El mejor día, ese maldito chofer llegará sin hacerse anunciar y se le verá en Washington pasar como rayo por Long Street, aplastando a los transeúntes.

—¡Oh! Si así fuera, ya habría más posibilidades de detenerle.

—No se conseguiría, señor.

—¿Por qué?

—Porque ese chofer es el diablo mismo, y al diablo no se le detiene.

Decididamente, el diablo tiene buenas espaldas, y parece que no ha sido inventado más que para que la gente sencilla pueda explicar lo inexplicable. ¡Él es quien enciende las llamas en el Great-Eyry! ¡Él quien bate el record de velocidad sobre la carretera de Wisconsin!... ¡Él quien evoluciona en los parajes del Connecticut y Massachusetts!...

Pero mejor dejemos a un lado la intervención del maléfico espíritu, que responde a la mentalidad de ciertos cerebros poco cultivados.

Lo que no admitía duda era que un hombre disponía de dos aparatos de locomoción infinitamente superiores a los más perfeccionados, tanto en tierra como en mar.

Y entonces esta pregunta:

¿Por qué rehusaba el presentarse? ¿Temía, tal vez, que se apoderaran de su persona, descubriendo el secreto de su invención que quería conservar? A menos que, víctima de un accidente, no se hubiera llevado su secreto al otro mundo.

Pero si había perecido en las aguas del lago Michigan o en las de Nueva Inglaterra, ¿cómo no encontrar un rastro?

Durante algún tiempo los diarios trataron del acontecimiento. Escribiéronse artículos y más artículos; las falsas noticias se acumularon, y hubo una invasión de fantasías de toda especie.

El público de los dos continentes seguía los relatos de los diarios con el natural interés.

¡Quién sabe si los diversos Estados de Europa no estarían celosos que el inventor hubiese escogido América para campo de sus experimentos y, si era americano, beneficiaría a su país con su genial creación!

Y es que la posesión de este aparato, obtenido por una generosa donación patriótica, o adquirido a alto precio, aseguraría para la Unión una incontrastable superioridad.

Y, por primera vez, con fecha 10, el New York publicó a este propósito un

sensacional artículo.

Comparando la marcha de los más rápidos cruceros de la marina de guerra con la del nuevo aparato en curso de navegación, si América obtenía la propiedad, estaría a tres días de distancia de Europa, en tanto que ésta no podía llegar a América antes de cinco.

Si la policía había procurado descubrir la naturaleza de los fenómenos del Great-Eyry, experimentaba un deseo no menos vivo de saber sobre qué atenerse acerca del chofer en cuestión. Era el tema obligado de nuestras conversaciones. Mi jefe, y no por molestarme en lo más mínimo, aludía a veces a mi misión en Carolina, a mi fracaso, que sabía que no fue por mi culpa. Cuando los muros son muy altos, es necesaria una escala para poder franquearlos; y cuando la escala falta, forzoso es abrir una brecha. Esto no impedía que el señor Ward me repitiera:

—En fin, mi pobre Strock, ha fracasado usted, ¿verdad?

—Sin duda, señor, como hubiera fracasado otro cualquiera en mi lugar. Es cuestión de gastos... ¿Quiere usted hacerlos?

—No importa, Strock, no importa, y espero que se presentará ocasión para que nuestro bravo inspector general se rehabilite. Y a propósito, ahí tenemos el asunto del automóvil y el barco. Si pudiera usted ponerlo en claro, ¡qué satisfacción para nosotros, qué honor para usted!

—Seguramente, señor Ward; que se me dé la orden de ponerme en campaña.

—¡Quién sabe, Strock! Esperemos, esperemos.

Así las cosas, en la madrugada del 15 de junio, la mucama me entregó una carta certificada.

La letra me era desconocida. El sobre tenía el sello de la estafeta de Morganton. No puse en duda de que la carta era de Elías Smith.

—Sí —declaré a mi vieja doméstica—; es el señor Smith quien me escribe. No puede ser otro. Es el único que conozco en Morganton. Y si me escribe, según convenimos, es que tiene algo importante que comunicarme.

—¿Morganton? —repuso Grad—. ¿No es por ahí en donde los demonios encendieron el fuego del infierno?

—Precisamente, Grad.

—Espero que el señor no se irá otra vez allí.

—¿Por qué no?

—Porque concluirá usted por quedarse en el Great-Eyry, y no quiero que

así sea.

—Tranquilícese, Grad, pero ante todo sepamos ahora de qué se trata. Rompí los sellos del sobre, que era de papel grueso. Estos sellos de lacre rojo presentaban en relieve una especie de escudo adornado con tres estrellas.

Saqué la carta. No era más que una hoja doblada en cuatro, escrita por un solo lado. Mi primer cuidado fue examinar la firma.

No había nombre alguno. Nada más que unas iniciales a continuación de la última línea.

—La carta no es del alcalde de Morganton —dije entonces.

—¿Y de quién es, pues? —preguntó Grad, doblemente curiosa en su calidad de mujer y de vieja.

Examinando las iniciales que hacían las veces de firma, me decía yo:

—No conozco ni en Morganton ni otra parte una persona a quien puedan corresponder estas iniciales.

La letra de la carta era la de una persona enérgica con los rasgos muy curvados; una veintena de líneas aproximadamente llevaba escritas.

He aquí la copia exacta de este escrito, cuyo original he conservado cuidadosamente. Con gran estupefacción vi que la carta estaba fechada en el Great-Eyry:

Great-Eyry, Montañas Azules. Carolina del Norte. 13 de junio.

Señor Strock, inspector principal de policía, Long Street 46, Washington.

Señor:

Le han encargado a usted la misión de penetrar en el Great-Eyry.

Vino usted el 28 de abril, acompañado del alcalde de Morganton y dos guías.

Subió usted hasta el pie de las murallas, que son demasiado altas para escalarlas, y dio usted la vuelta a la explanada.

Buscó usted una brecha, sin lograr encontrarla.

Atienda usted bien: no se penetra en el Great-Eyry, y si se entra es para no volver a salir.

No trate usted de repetir la tentativa, que fracasaría como la primera, teniendo para usted graves consecuencias.

Si aprovecha usted el aviso se librará de una desgracia.

D. D. M.

CAPÍTULO VII

MÁS MISTERIO

Confieso que fue muy grande la sorpresa que me produjo la lectura de esta carta. Las exclamaciones escapábanse de mis labios. La doméstica me veía, no sabiendo qué pensar.

—¿Es que el señor ha recibido alguna mala noticia?

A esta pregunta de Grad —no tenía secretos para ella— contesté leyéndole íntegramente la carta.

Grad escuchaba mirándome con una gran inquietud.

—Un farsante que quiere burlarse de mí —dije, encogiéndome de hombros.

—¡A menos que no sea del demonio, ya que procede de sus dominios! —añadió Grad, siempre atormentada por las diabólicas intervenciones.

Cuando me quedé solo, recorrí detenidamente las líneas del escrito, y después de una madura reflexión me aferré a la idea de que aquello era la obra de un bromista. No había error posible. Mi aventura era conocida; los periódicos habían referido con lujo de detalles nuestra misión en Carolina del Norte, la tentativa hecha para franquear el Great-Eyry, y todo el mundo ya sabía por qué razones el señor Smith y yo no habíamos podido realizar nuestro propósito. Y con estos antecedentes, un bromista había cogido la pluma y escrito esta carta de tonos conminatorios.

Efectivamente, de suponer que aquel picacho pudiera servir de refugio a una banda de malhechores, no es lógico pensar que uno de ellos cometiese la imprudencia de revelarlo ante el temor de que la policía descubriese su retiro. ¿Acaso no eran ellos los principales interesados en que se desconociera la existencia de aquella guarida? ¿No sería el escrito una excitación para que la policía hiciera nuevas investigaciones en aquella región de las Montañas Azules? Y ni siquiera podían escudar su bravata en la invulnerabilidad, porque no hay muralla ni roca de que la dinamita y melinita no den pronto cuenta.

Sin embargo, ¿cómo podían penetrar allí los malhechores, a menos de no existir un paso oculto que nosotros no habíamos descubierto?

Pero el caso es, admitiendo esta hipótesis, que no era presumible que hubiera alguno de ellos cometido la imprudencia de dirigirme aquella carta.

Quedaba, pues, una explicación única: que el autor fuera un mistificador o

un loco, y, por lo tanto, que no tenía para qué inquietarme ni preocuparme.

Se me ocurrió comunicar la carta al señor Ward, pero luego desistí de hacerlo. Seguro que no daría importancia al escrito. No obstante, no lo rompí, y lo guardé en mi mesa de despacho por lo que pudiera suceder. Si recibía alguna otra carta con las mismas iniciales, la uniría con la primera, y asunto concluido.

Transcurrieron unos días, durante los cuales no dejé de ir por la Dirección de Policía.

Tenía que concluir algunos informes, y nada me indicaba que tuviese que dejar de pronto Washington. Verdad es que en nuestra profesión no puede nunca disponerse del mañana: de un instante a otro puede presentarse un asunto que nos obligue a recorrer los Estados Unidos, desde el Oregón hasta la Florida, desde el Maine hasta Tejas.

Me atormentaba la idea que si fuese encargado de otra misión y fracasara de nuevo, me vería obligado a presentar mi dimisión.

A propósito del misterioso asunto del automóvil y del barco, yo sabía que el Gobierno había ordenado la vigilancia de todas las carreteras, ríos, lagos y aguas americanas.

¿Pero es posible ejercer una vigilancia efectiva sobre un inmenso país que se extiende en tan considerable superficie?

Con el Atlántico por un lado, el Pacífico por otro, el vasto golfo de Méjico que baña sus costas meridionales, el misterioso barco tenía un ancho campo de evolución, en donde no sería posible encontrarle.

Pero ni uno ni otro aparato habían vuelto a verse, y su inventor habíase pues, sin duda, dirigido a otros pasajes menos frecuentados.

Si el inventor no había perecido —lo que no era inverosímil—, tal vez se encontrara fuera de América o acaso estaría oculto en un retiro sólo de él conocido.

Y de pronto me vino a la mente una idea. ¿Qué retiro más secreto e inaccesible que el Great-Eyry?... Verdad es que allí no podía penetrar ni un barco ni un automóvil. Sólo las grandes aves, águilas o cóndores podían refugiarse en su cúspide.

Debo anotar que después de mi regreso a Washington no habían vuelto a aparecer las llamas en la cresta del Great-Eyry; puesto que Elías Smith nada me había comunicado, era señal de que continuaba la normalidad en el distrito.

Todo indicaba que los dos sucesos que tanto habían apasionado la curiosidad pública iban a caer en el olvido.

El 16 de junio, a las nueve de la mañana, salía ya hacia la oficina, cuando observé dos individuos que me miraban con cierta insistencia. No les conocía, y no volví a acordarme de ellos hasta que la vieja Grad me llamó la atención.

Grad venía observando que dos hombres se paseaban frente a la casa, espionando mis salidas y siguiéndome cuando me dirigía a la Dirección de Policía.

—¿Está usted segura de ello? —le pregunté.

—Segurísima; ayer tarde, sin ir más lejos, cuando volvió a casa, esos individuos, que le seguían a usted de cerca, se largaron en cuanto se cerró la puerta.

—Veamos, Grad, ¿no será un error?

—No, señor.

—¿Y si encontrase a esos dos hombres les reconocería?

—Desde luego.

—Vaya, vaya, mi buena Grad —repuse yo riendo—, veo que tiene usted un verdadero olfato de policía. Será necesario que la aliste en la brigada de seguridad.

—Búrlense usted, señor, todo lo que quiera. Tengo muy buenos ojos aún y no necesito lentes para distinguir a la gente. No le quepa a usted la menor duda de que le espían, y hará bien en mandar que sigan la pista a esos hombres tan misteriosos.

—Se lo prometo a usted, Grad —le respondí para satisfacer a mi buena criada—; y bien pronto sabré a qué atenerme acerca de esos dos personajes sospechosos.

En el fondo yo no tomaba muy en serio aquellos recelos de Grad. Pero añadí:

—Cuando salga a la calle, observaré con más cuidado a los transeúntes.

—Eso será lo prudente.

Grad se alarmaba fácilmente, y yo no quería dar importancia a sus afirmaciones.

—Si los vuelvo a ver —repuso— yo le prevendré antes que el señor salga a la calle.

—Convenido.

E interrumpí la conversación previendo que, de continuarla, serían Belcebú y uno de sus acólitos los que caminaban detrás de mí pisándome los talones.

Los dos siguientes días pude adquirir la certidumbre de que yo no era espiado ni a mi salida ni a mi entrada. Concluí creyendo que Grad se había equivocado.

Pero en la mañana del 19 de junio, después de haber subido la escalera con toda la rapidez que le permitía la edad, Grad entró precipitadamente en mi cuarto diciéndome con muestras de gran agitación:

—¡Señor!... ¡Señor!...

—¿Qué hay, Grad?

—¡Ahí están!...

—¿Quiénes?... —pregunté, sin acordarme ni remotamente del supuesto espionaje de que estaba siendo objeto desde hacía bastantes días.

—¡Los dos espías!

—¡Ah! ¿Son ellos?

—Ellos mismos, ahí en la calle, frente a estas ventanas, observando la casa, esperando que salga el señor.

Me aproximé a la ventana de la derecha, y con el visillo ligeramente levantado, para no llamar la atención, advertí dos hombres en la acera de enfrente.

Eran dos, en efecto, altos, vigorosamente constituidos, anchos de espalda, de treinta y cinco a cuarenta años, vestidos como la gente del campo: con sombrero de fieltro de alas grandes; pantalón grueso y botas fuertes.

No había duda que examinaban obstinadamente la puerta y ventanas de mi domicilio.

De vez en cuando cambiaban unas cuantas palabras, se alejaban un poco y volvían a su puesto de observación.

—¿Son esos dos los individuos que ha observado usted antes? —pregunté a Grad.

—Ellos son; estoy segura.

En suma, no podía creer en un error de mi vieja doméstica, y me prometí esclarecer el asunto. Seguir yo mismo a los dos hombres no era posible, pues me hubiesen reconocido en seguida; y dirigirme a ellos sin más ni más, ¿de qué iba a servirme?

Lo más acertado era disponer que un agente vigilase delante de mi casa y los siguiera hasta donde fuera preciso, a fin de averiguar quiénes eran los dos sujetos en cuestión.

¿Me esperarían para escoltarme hasta la Dirección de Policía?... Pronto lo iba a saber; y si así lo hiciesen, tal vez hubiera llegado la ocasión de ofrecerles una hospitalidad que seguramente no agradecerían.

Cogí el sombrero, y en tanto que Grad continuaba en la ventana, bajé por la escalera, abrí la puerta y me eché a la calle.

Los dos hombres no estaban allí ya.

A pesar de que puse la mayor atención, no pude verlos por ninguna parte.

A partir de aquel día, ni Grad ni yo los volvimos a ver frente a la casa, ni los encontré en mi camino.

Admitiendo que fuera objeto de espionaje, sabían ya, sin duda, lo que pretendieron conocer, y, dando su misión por terminada, habían desaparecido. Los días pasaron, y acabé por no dar a esto más importancia que a la carta firmada con las iniciales D. D. M.

Así las cosas, la atención pública fue de nuevo solicitada y en unas circunstancias bien extraordinarias.

Bueno es, ante todo, recordar que los periódicos no distraían ya a sus lectores con los fenómenos del Great-Eyry, que afortunadamente no se habían renovado.

El mismo silencio guardaban sobre el automóvil y el barco, de los cuales no se había encontrado la menor huella. Y lo más verosímil era que todo esto se hubiese olvidado, si un hecho nuevo no hubiera traído a la memoria estos incidentes.

El Evening Star del 2 de junio publicó un artículo que todos los periódicos de la Unión reprodujeron al día siguiente:

El lago Kirdall está situado en el Kansas, a 80 millas al oeste de Topeka: el lugar es poco conocido, pero merece serlo, y lo será sin duda, pues solicita la atención pública de modo muy particular.

Este lago, comprendido en región montañosa, no parece tener comunicación alguna con la red hidrográfica del Estado. Lo que pierde por evaporación lo gana por el tributo de las lluvias, abundantes en esta parte de Kansas.

La superficie del Kirdall está calculada en 75 millas cuadradas, y su nivel es muy poco superior a la cota media del suelo. Encerrado en su cuadro orográfico, es de difícil acceso a través de las estrechas gargantas. Sin embargo, en sus orillas se han fundado algunas aldeas. Proporciona pescado en abundancia, y los barcos de los pescadores lo cruzan en todas direcciones.

Añadiremos que la profundidad del Kirdall es muy variable. No baja de los

50 pies en las orillas, constituidas por unas rocas casi cortadas a pico. Las olas, impulsadas por el viento, baten furiosamente a veces el litoral, y las viviendas ribereñas inúndanse con frecuencia. Las aguas van adquiriendo profundidad hacia el centro y en algunos lugares las sondas han llegado a alcanzar hasta 300 pies.

El agua que llena éste lago es diáfana y dulce. Como es natural, no se encuentra en ellas ninguno de los pescados que viven en agua salada; pero carpas, truchas, anguilas y otros varios hállanse en cantidades prodigiosas y de dimensiones poco ordinarias.

Se comprenderá, que la pesca del Kirdall ha de ser muy fructuosa, dedicándose a ella miles de pescadores y centenares de embarcaciones. A esta flotilla hay que añadir una veintena de chalupas a vapor que hacen el servicio del lago y que aseguran las comunicaciones entre los diferentes pueblecillos que lo bordean.

Esta descripción del Kirdall es necesaria para comprender los hechos que vamos a referir.

Y he aquí lo que refería el Evening Star en aquel artículo sensacional:

Desde hace algún tiempo los pescadores vienen observando que se produce una inexplicable agitación sobre la superficie del lago. Por instantes las capas superiores se levantan, como a impulsos de una oleada de fondo. Aun con ausencia absoluta de toda brisa, con tiempo calmado y cielo puro, la desnivelación se produce en medio de unos remolinos de espuma. A veces las embarcaciones, sacudidas de un modo extraño, no pueden mantener el rumbo, llegando su inestabilidad hasta el punto de precipitarse las unas sobre las otras, produciéndose averías de consideración.

Nadie acierta a explicar la causa de esta verdadera revolución de las aguas del lago Kirdall.

Primeramente se ha pensado si esta revolución no sería debida a un movimiento sísmico que modificara los fondos del lago bajo la influencia de fuerzas plutonianas. Pero la hipótesis tuvo que ser desechada cuando se reconoció que el trastorno no era local, sino que se propagaba por toda la extensión del Kirdall, al este como al oeste, lo mismo al norte que al sur, en el centro y en las orillas; revolución sucesiva y que pudiéramos decir regular, que aleja toda idea de un temblor de tierra o de una acción volcánica.

No tardó en formularse una hipótesis bien diferente: la presencia de un monstruo marino, que trastornaba las aguas del Kirdall con aquella violencia... Pero, a menos que el monstruo no hubiese nacido en aquel medio y hubiérase desenvuelto en proporciones gigantescas, lo que no era muy admisible, preciso era que hubiese podido introducirse en el lago. Pero el

Kirdall no tiene comunicación ninguna con el exterior. En cuanto a la existencia de canales subterráneos alimentados por ríos del Kansas, es una explicación que no soportaría el más mínimo examen. ¡Si este punto estuviese situado cerca del litoral del Atlántico, del Pacífico, del golfo de México!... Pero el paraje es central y está a gran distancia de los mares americanos.

En resumen, que la cuestión no es fácil de resolver, siendo más cómodo descartar la hipótesis palpablemente falsa que dar con la exacta y verdadera.

Pero si está demostrado que la presencia del monstruo en el Kirdall es imposible, ¿no se tratará de un submarino que evolucione en las proximidades del lago? ¿Es que ya no existen numerosos aparatos de este género? Y en Bridgeport, en el Connecticut, ¿no se lanzó hace algunos años un aparato, el «Protector», que podía navegar sobre el agua, bajo el agua, y también moverse sobre la tierra? Construido por un inventor llamado Lake, provisto de dos motores, el uno eléctrico de 75 caballos, de forma que ponía en acción dos hélices gemelas; el otro a petróleo, de 250 caballos. Estaba, además, provisto de unas ruedas de fundición de un metro de diámetro que le permitían rodar por los caminos como sobre el fondo del mar.

Pero aún admitiendo que las perturbaciones observadas fuesen producidas por un sumergible sistema Lake, llevado al más alto grado de perfeccionamiento, queda siempre una pregunta: ¿Cómo ha podido penetrar en el lago Kirdall? ¿Por qué vía subterránea ha llegado? Este lago encerrado por todas partes en un cerco de montañas es tan inaccesible a un barco como a un monstruo marino.

Semejante objeción parece que no tuviera réplica, y sin embargo, la única hipótesis admisible es que un aparato de esta especie circula bajo las aguas del Kirdall, y hay que añadir, además, que no se ha mostrado nunca a la superficie. De otro lado, no cabe duda después de lo ocurrido el 20 de junio último.

La tarde de este día la goleta Markel, que navegaba a toda vela, chocó con un cuerpo que flotaba entre dos aguas. Y sin embargo, en aquel paraje no existe el menor escollo, y la sonda marca una profundidad de 80 a 90 pies.

Comprobado esto, es imposible negar la presencia de un submarino en las aguas del lago Kirdall, donde se mueve con extraordinaria rapidez.

Pero entonces habrá que hacer esta consideración: admitiendo que un aparato de este género haya logrado introducirse en el interior del lago, ¿con qué objeto lo ha verificado?...

¿Acaso es lugar propicio para tales experimentos? ¿Por qué jamás se remonta a la superficie y tiene tanto interés en permanecer incógnito?

El artículo del Evening Star terminaba diciendo esto: «Después del automóvil misterioso, el barco misterioso. Después del barco misterioso, el misterioso submarino. ¿Habrá que concluir en que los tres son debidos al genio del mismo inventor, y que los tres no son más que un solo aparato?».

CAPÍTULO VIII

A TODA COSTA

Este sonado artículo produjo un efecto inmenso y fue como una revelación unánimemente aceptada. Dada la propensión del espíritu humano hacia lo extraordinario, con frecuencia hacia lo imposible, nadie puso en duda la hipótesis del periódico. No sólo era el mismo inventor, sino que se trataba del mismo aparato.

Y sin embargo, ¿cómo era posible que se cumpliese en la práctica aquella transformación de automóvil en barco y de barco en submarino? ¡Un aparato de locomoción propio para circular por tierra, por la superficie del mar y bajo el agua! No le faltaba ya más que volar a través del espacio.

Primeramente los periódicos hicieron esta observación muy razonable: admitiendo de que existieran tres aparatos distintos, no había duda que estaban provistos de un motor de potencia superior a todos los que hasta entonces se conocían. Este motor había hecho sus pruebas. ¡Y qué pruebas! ¡Una velocidad de una milla y media por minuto!

Pues bien, al creador de esta máquina había que comprarle su sistema a toda costa.

No importaría que este sistema estuviese aplicado a tres aparatos diferentes. Adquirir el motor que daba tan extraordinarios resultados, asegurar su explotación, ése era el punto importante.

Evidentemente, los demás Estados harían todo lo posible por poseer un aparato que sería tan precioso en el ejército como en la marina. Se comprende las ventajas que, tanto por mar y tierra, podría sacar de él una nación. ¿Cómo impedir sus efectos destructores, ya que no era posible darle alcance? Era preciso, pues, adquirirlo a fuerza de millones, y América no podía hacer mejor uso de los suyos.

Así se razonaba en las esferas oficiales y en el público.

Los periódicos publicaban multitud de artículos acerca del palpitante asunto.

Pero para comprar la invención necesitábase encontrar al inventor, y en esto estaba la verdadera dificultad. En vano habíase registrado el Kirdall y paseado la sonda a través de sus aguas. ¿Habría que concluir que el submarino no recorría sus profundidades? En tal caso, ¿cómo se había marchado? Verdad es que nadie se explicaba cómo pudo haber llegado. ¡Insoluble problema!... Y luego que no se encontraba en parte alguna; ni más ni menos que el automóvil que apareciera en las carreteras de la Unión.

Varias veces había hablado del asunto con el señor Ward, a quien no dejaba el caso de marearle. ¿Continuarían los agentes de policía, con sus investigaciones hasta entonces infructuosas?

En la mañana del 27 de junio fui llamado a la Dirección de Policía, y en cuanto entré en el despacho del señor Waid me dijo mi jefe:

—Strock, se presenta una buena ocasión para tomar el desquite.

—¿El desquite del Great-Eyry?

—Precisamente.

—¿Qué ocasión? —pregunté, sin saber a punto fijo si mi jefe me hablaba en serio.

—Veamos; ¿no le gustaría descubrir al inventor de ese aparato de triple aplicación?

—¡Ya lo creo, señor Ward!... Deme usted la orden de ponerme en campaña y haré lo imposible por conseguirlo. Verdad es que lo considero difícil.

—Efectivamente, Strock; tal vez más difícil que penetrar en el Great-Eyry...

Era pues evidente que el señor Ward se complacía en burlarse de mí a propósito de mi última misión. Desde luego que lo hacía sin mala intención, y acaso con el ánimo de excitar mi amor propio. Conociéndome, sabía que hubiera dado todo lo del mundo por intentar de nuevo la fracasada tentativa. Yo no esperaba más que nuevas instrucciones.

El señor Ward me dijo entonces con su tono amistoso:

—Ya sé, Strock, que usted ha hecho cuanto estaba de su parte, y no tengo nada que reprocharle... Pero no se trata ahora del Great-Eyry. El día que el Gobierno quiera forzar la entrada, le bastará con gastar unos cuantos miles de dólares:

—Así lo creo.

—Mientras tanto —añadió el señor Ward—, considero más útil echar

guante al fantástico personaje que siempre se nos ha escapado... ¡Esto sí sería un verdadero triunfo para la policía!...

—¿No se han vuelto a tener noticias suyas?

—No, y aunque todo induce a creer que maniobra bajo las aguas del Kirdall, ha sido imposible seguir su pista. ¡Es ya cosa de preguntarse si ese Proteo de la mecánica no tiene también la facultad de ser invisible!

—Aunque no tenga ese don, es posible de que no se vuelva a dejar ver, porque así le convenga.

—Justo, Strock, y yo creo que no hay más que un medio de concluir con un ser tan original: ofrecerle por su aparato un precio tal que no pueda rehusar la venta.

El señor Ward tenía razón; y el Gobierno iba a hacer una tentativa para entrar en negociaciones con el «héroe del día», y jamás criatura humana mereció tan justamente este calificativo. Y con el concurso de la Prensa, el extraordinario personaje no dejaría de conocer lo que de él se pretendía. Se le harían saber las condiciones excepcionales para la adquisición de su secreto cuanto antes.

—Verdad es —concluyó diciendo el señor Ward— que tal vez esa invención le sea muy útil personalmente. Pero no hay razón para creer que este incógnito sea un malhechor que, gracias a su máquina, desafía toda clase de persecuciones.

Parece ser que se había decidido emplear otros procedimientos para alcanzar el éxito de la empresa. La vigilancia ejercida por numerosos agentes en las carreteras, los ríos y los lagos, no había producido ningún resultado. Y salvo el caso posible de que el inventor hubiese perecido en alguna peligrosa maniobra, cuando no se dejaba ver sería porque así le convenía hacerlo.

Después del accidente de la goleta Markel en el Kirdall ninguna noticia había llegado a la Dirección de Policía, y el asunto estaba estacionado.

Estábamos verdaderamente descorazonados. Las dificultades para poder garantizar la seguridad pública eran cada vez mayores. ¡Perseguir malhechores cuando no hay medio de alcanzarles ni por mar ni por tierra!... ¡Ir a darles caza bajo las aguas!... Y cuando los globos dirigibles hayan alcanzado el último grado de perfeccionamiento ¡echarles el guante a través del espacio!...

Así pensando, llegué a preguntarme si no llegaría algún día en que mis colegas y yo resultaríamos perfectamente inútiles; reducidos a la impotencia y a la inactividad, todos los policías tendrán que retirarse definitivamente.

En este momento me asaltó el recuerdo de la carta que recibí días antes, esa carta fechada en el Great-Eyry, y que amenazaba mi libertad y hasta mi

vida si reanudaba la tentativa.

Recordé también el singular espionaje de que había sido yo objeto. Después ninguna otra carta, ninguna reaparición de los dos sospechosos individuos.

La vigilante Grad, siempre al acecho, no les había vuelto a ver por Long Street.

Pensé si no sería conveniente hacerle al señor Ward estas confidencias. Pero el Great-Eyry había perdido ya interés, y acaso los mismos campesinos no pensarán ya más en él, en vista de que no se habían renovado los fenómenos, dedicándose tranquilamente a sus habituales ocupaciones.

Me abstuve, pues, de comunicar aquella carta a mi jefe. Además que no veía en ella más que la obra de un mistificador.

Reanudando la conversación interrumpida durante unos minutos, el señor Ward me dijo:

—Vamos a procurar ponernos en comunicación con el inventor y tratar con él. Verdad es que ha desaparecido; pero eso no quiere decir que el día menos pensado no vuelva a aparecer en cualquier otro punto del territorio americano... Está usted designado, Strock, y esté dispuesto a partir al primer aviso sin pérdida de tiempo. No salga usted de casa más que para venir aquí, donde recibirá las instrucciones a que haya lugar.

—Cumpliré estrictamente sus órdenes, señor Ward. Estaré dispuesto dejar Washington en el momento que sea preciso. Pero tengo que permitirme dirigir a usted una pregunta: ¿he de trabajar solo o convendría que llevase algún auxiliar?

—Entiendo que es conveniente. Escoja usted dos agentes que sean de su confianza.

—Así lo haré. Y ahora, si alguno u otro día logro verme frente al misterioso personaje, ¿qué debo hacer?

—Pues no perderlo de vista, y en cuanto sea posible, apoderarse de su persona, para lo cual irá usted provisto de un mandamiento de prisión.

—¡Buena precaución, señor Ward! Pero si salta sobre su automóvil y se larga a toda velocidad, ¡vaya usted a echar el guante a un bribón que hace doscientos cuarenta por hora!...

—Pues eso es lo que hay que evitar, Strock; y una vez realizada la captura, mándeme usted un telegrama... Lo demás es cosa nuestra.

—Cuenta usted conmigo en absoluto, señor Ward. A cualquier hora del día y la noche estoy dispuesto a partir con mis agentes. Le doy a usted las gracias

por confiarme esta misión, que ha de darme mucho honor si logro salir airoso de la empresa.

—Y además de honor, provecho —añadió mi jefe despidiéndome.

Cuando volví a casa me ocupé en los preparativos de un viaje que pudiera ser de alguna duración. Tal vez Grad se imaginara que se trataba de volver al Great-Eyry, y ya es sabido lo que pensaba ella de esta entrada del infierno. Pero no me hizo observación alguna, y yo preferí no ponerla en antecedentes, aunque estaba seguro de su discreción.

Por lo que respecta a los dos agentes que habían de acompañarme, la elección estaba hecha de antemano. Los dos pertenecían a la brigada de informaciones, de treinta y dos años de edad, habiendo dado en varias ocasiones, y bajo mis órdenes, pruebas de vigor, de inteligencia y de audacia. Llamábanse John Hart y Nab Walker, y esta elección no podía ser más acertada.

Transcurrieron los días sin que se recibiesen noticias del automóvil, del barco, ni del sumergible. Algunas indicaciones que llegaron a la Dirección de Policía resultaron falsas. En cuanto a lo que los periódicos referían, había que acogerlo con muchas reservas, pues ya sabido es, que hasta los diarios mejor informados no se sustraen a las fantasías de sus redactores y corresponsales.

Sin embargo, había razones para creer que el «hombre del día» habíase mostrado una vez sobre una de las carreteras de Arkansas, en los alrededores de Little Rock, y otra en los parajes meridionales del lago Superior.

Y ¡cosa verdaderamente inexplicable!, la primera aparición la hizo en la tarde del 26 de junio, y la segunda en la noche del mismo día. Como entre estos dos puntos existe una distancia que no baja de 800 millas, aun suponiendo que, dada su extraordinaria velocidad, hubiera podido recorrerla en pocas horas, no tenía más remedio que haber atravesado las ciudades de Arkansas, Missouri, Iowa, Wisconsin, y, no obstante, por ningún punto de tan vasto territorio había sido señalada la presencia del misterioso conductor.

Esto era incomprensible.

Después de su doble aparición sobre el camino de Little Rock y cerca del litoral del lago Superior, no se le había vuelto a ver.

Ya se sabe que el Gobierno americano quería entrar en comunicación con el misterioso personaje; mas era necesario desechar la idea de apoderarse de su persona y había que llegar al fin por otros medios. Lo que importaba era que la Unión poseyera exclusivamente un aparato que le había de dar incontestable superioridad sobre los otros países, sobre todo en caso de guerra.

Era de creer que este inventor fuese americano, puesto que siempre se

mostraba en territorio de la Unión, y que prefiriese, por lo tanto, tratar con América.

He aquí la nota que publicaron los periódicos de los Estados Unidos, con fecha 3 de julio:

En el pasado abril del presente año, un automóvil ha circulado por las carreteras de Pennsylvania, Kentucky, Ohio, Tennessee, Missouri, e Illinois, y el 27 de mayo, durante el match del American Club, sobre la carretera de Wisconsin. Después ha desaparecido.

Durante la primera semana de junio un barco, evolucionando a una gran velocidad, ha recorrido los parajes de Nueva Inglaterra, desapareciendo después.

En la segunda quincena del mismo mes, un submarino ha maniobrado en las aguas del Kirdall. Luego no se le ha vuelto a observar.

Todo induce a creer que sea uno mismo el inventor de los tres aparatos; que acaso no constituyen más que uno con aptitud para circular sobre tierra, por el agua y bajo el agua.

Se invita al inventor, quienquiera que sea, para que se sirva darse a conocer, con el fin de proponerle la adquisición de su aparato.

Al mismo tiempo se le ruega indique el precio por el cual consentirá tratar con el Gobierno americano, y enviar su respuesta en el plazo más breve posible a la Dirección de Policía, Washington, Columbia, Estados Unidos de América.

Tal fue la nota que los periódicos insertaron en gruesos caracteres. Seguramente no tardaría en caer bajo la mirada del interesado, dondequiera que se hallara, y no la dejaría sin respuesta. ¿Por qué había de rehusar una oferta como aquélla?

No había más que esperar la contestación.

Apoderóse del público un verdadero acceso de curiosidad. De la mañana a la noche, una muchedumbre ávida y bulliciosa, situábase frente a la Dirección de Policía, acechando la llegada de una carta o un telegrama. Los reporteros no dejaban un instante su puesto.

¡Qué horror, qué fortuna para el periódico que primeramente publicara la famosa noticia!

¡Conocer al fin el nombre y la calidad del misterioso personaje! ¡Saber si entraba o no en tratos con el Gobierno federal! No hay para qué decir que la América haría las cosas de un modo espléndido. Los millones no habían de faltar, pues los Cresos apresuraríanse seguro a abrir sus cajas.

Pasó un día. A mucha gente hiciéronsele un siglo aquellos tres días más.

Nada de respuesta, ni una carta ni telegrama. La noche siguiente la misma ausencia de noticias, y así transcurrieron tres días más.

Entonces se produjo lo que era de preverse. Los cables comunicaron a Europa lo que América proponía. Diversos Estados del antiguo continente querían también apoderarse de la invención. ¿Por qué no habían de aprovecharse de un aparato cuya posesión reportaría para ellos tantas ventajas? ¿Por qué no arrojarle a la lucha a fuerza de millones?

Efectivamente; las grandes potencias como Francia, Inglaterra, Rusia, Alemania, Italia, Austria, iban a mezclarse en el asunto. Sólo las naciones de segundo orden permanecían pasivas por no permitirles otra cosa el estado de sus erarios. La Prensa europea publicó notas idénticas a la de los Estados Unidos.

A pesar de todo, el misterioso personaje no daba señales de vida, y hubo que hacerle ofertas en firme para obligarle a abandonar el incógnito que le rodeaba.

El mundo entero se convirtió en un mercado público, en una Bolsa universal, donde se cotizaba lo desconocido. Dos veces al día los periódicos indicaban las cifras, que eran una verdadera oleada de millones.

Los Estados Unidos, después de una memorable sesión en el Congreso, ofrecieron 20 millones de dólares, o sea 100 millones de francos.

Ni un solo ciudadano encontró la cifra exagerada; tal era la importancia que se atribuía a la posesión del prodigioso aparato de locomoción. Y yo mismo no cesaba de repetirle a Grad que «aquello valía aún más».

Sin duda las demás naciones no eran de esta misma opinión, pues sus proposiciones permanecieron por debajo de esta cifra. Y entonces estallaron todos los despechos de los rivales derrotados. El inventor no se daría a conocer, porque no existía. No había existido jamás... Era un mistificador de tomo y lomo. Además, ¿quién podía decir que no yaciera en el fondo del mar, víctima de su arrojito temerario?...

Desgraciadamente, el tiempo transcurría sin tener noticias ni contestación. Además, no se había señalado su paso en algún lado. No había vuelto a vérselo luego de su evolución por los parajes del lago Superior.

Por lo que a mí respecta, no sabía qué pensar, y ya había perdido completamente la esperanza de poner en claro este extraño asunto.

Estando así las cosas, en la mañana del 15 de julio fue hallada en el buzón oficial de la Dirección de Policía una carta sin sello de franqueo.

Después que las autoridades se hubieron enterado de su contenido, se comunicó a los periódicos de Washington que la publicaron en un número especial, dando el facsímil perfecto de la carta en cuestión.

Estaba concebida en estos términos:

CAPÍTULO IX

SEGUNDA CARTA

A bordo de El Espanto,

15 de julio.

Al Antiguo y al Nuevo Mundo:

Las proposiciones procedentes de los diversos Estados de Europa, como las que han sido hechas últimamente por los Estados Unidos de América, no dan lugar más que a la siguiente respuesta:

Rehúso en absoluto y de modo definitivo las proposiciones para adquirir mi aparato.

Esta invención no será ni francesa, ni alemana, ni austríaca, ni rusa, ni inglesa, ni tampoco americana.

El aparato quedará de mi propiedad, y haré de él el uso que más me convenga.

Con él tengo el poder sobre el mundo entero, y no hay potencia humana que esté en las condiciones de resistirle, cualesquiera que sean las circunstancias que medien.

No se intente apoderarse del aparato. Está fuera del alcance de vuestros medios. Si se quiere hacerme daño, yo lo devolveré centuplicado.

En cuanto al precio que se me ha ofrecido, lo desdeño, no lo necesito. El día en que me plazca poseer miles de millones no tendré más que alargar la mano.

Que el antiguo continente y el nuevo sepan que no pueden nada contra mí, y que yo lo puedo todo contra ellos.

Y firmo esta carta con el título que me cuadra.

Dueño del mundo.

CAPÍTULO X

FUERA DE LA LEY

Tal era la carta dirigida al Gobierno de los Estados Unidos, depositada en el buzón de las oficinas de la Policía, sin mediación de las de Correos. En cuanto al individuo que la había llevado en la noche del 14 al 15 de julio, nadie le había visto ni de cerca ni de lejos.

Sin embargo, buen número de impacientes se estacionaban durante la noche en los alrededores del edificio. Parecía natural que hubiesen advertido a quien, deslizándose a lo largo del muro, hubiera depositado la carta en el buzón. Verdad es que era noche de luna nueva y no se distinguía de una a otra acera.

Ya he dicho que la referida carta había aparecido en facsímil en los diarios, a quienes las autoridades la comunicaron desde los primeros momentos. La primera impresión que produjo en el público fue que aquello era la obra de un mistificador.

Lo mismo me ocurrió a mí cuando recibí la primera carta fechada en el Great-Eyry.

¿Pero persistía aún aquella impresión en mi espíritu?

¿Habíase modificado mi razonamiento de los primeros instantes?

Realmente mi seguridad de juicio iba debilitándose, y en verdad no sabía a punto fijo qué pensar.

La primera impresión pasó rápidamente, y cuando el público recapacitó, tomó muy en serio la cosa. Tal era la disposición de los espíritus, que a quien hubiera sostenido que la carta no era más que una broma, la gran mayoría hubiérase apresurado a contestarle:

«¡No, no es la mano de un mistificador! ¡El que ha escrito eso es indudablemente el inventor del misterioso aparato!».

A toda la serie de hechos, de los cuales nos falta la clave, dábales ahora una formal explicación:

Si el inventor había desaparecido durante un cierto tiempo, acababa de revelarse por un nuevo acto. Lejos de haber perecido como consecuencia de un accidente, estaba en un lugar retirado, en donde la policía no podía descubrirle. Y entonces, para contestar a las proposiciones del Gobierno, había escrito esta carta. Pero en vez de dejarla en cualquier oficina de Correos del Estado, había venido a la capital de los Estados Unidos a ponerla en la misma dirección de la Policía.

Si el interesado creía que su aparición produciría no poco ruido en ambos mundos, en verdad que no se equivocaba. Aquel día los millones de lectores que leyeron con avidez el periódico, no querían dar crédito a sus ojos.

La letra de aquella carta, que yo no cesaba de examinar, se componía de unos rasgos trazados con una pluma basta. Seguramente un grafólogo hubiera descubierto en aquellas líneas los signos de un temperamento violento, de un carácter poco común.

De pronto se me escapó una exclamación, un grito, que afortunadamente no lo oyó mi vieja criada.

¿Cómo no había notado hasta entonces que la letra de aquella carta era la misma que yo había recibido de Morganton?

Y además —¡coincidencia aún más significativa!— las iniciales que le servían de firma, las tres mayúsculas eran las de las tres palabras Dueño del mundo. ¿Y dónde estaba escrita aquella carta? A bordo de El Espanto. Y este nombre era el del triple aparato tripulado por el enigmático capitán o por el inventor.

No había duda que aquellas líneas estaban trazadas por la misma mano que escribió la primera carta, aquélla en la que se me amenazaba si me atrevía a repetir mi tentativa al Great-Eyry.

Me levanté, busqué la carta del 13 de junio y la comparé con el facsímil del periódico.

La igualdad saltaba a la vista.

—Y entonces empecé a establecer consecuencias de aquella circunstancia que yo solo conocía; de aquella identidad de letra de las dos cartas, cuyo autor no podía ser otro que el comandante de El Espanto, terrible nombre que estaba sobradamente justificado.

Y me pregunté si esta coincidencia permitiría emprender de nuevo las pesquisas con mayores probabilidades de éxito. ¿Podríamos lanzar nuestros agentes sobre una pista más seria, que los condujera al fin?

¿Qué relación existiría entre El Espanto y el Great-Eyry, entre los fenómenos de las Montañas Azules y las no menos fenomenales apariciones del fantástico aparato?

Hice lo que debía hacer, y con la carta en el bolsillo me fui a la Dirección de Policía. Pregunté si el señor Ward estaba en su sitio, y como me contestaran afirmativamente, me precipité hacia la puerta, llamando esta vez más fuerte quizás de lo conveniente, y al oír «¡adelante!», me planté de un salto frente al señor Ward.

Mi jefe tenía justamente a la vista la carta publicada por los periódicos, no el facsímil, sino el mismo original depositado en el buzón.

—¿Tiene usted algo nuevo que decirme, Strock?

—Juzgue usted mismo.

Y saqué del bolsillo la carta de las tres iniciales.

El señor Ward la tomó, mirándola con curiosidad, y antes de leerla, me preguntó:

—¿Qué carta es ésta?

—Una carta de un cierto D. D. M., como puede usted ver.

—¿De dónde procede?

—De Morganton, en Carolina del Norte.

—¿Cuándo la ha recibido usted?

—El 13 de junio último, hace un mes o cosa así.

—¿Qué pensó usted al recibirla?

—Que era una broma.

—¿Y hoy, Strock?

—Pienso lo que seguramente pensará usted, señor Ward, en cuanto se haga cargo de ella.

Mi jefe leyó detenidamente el manuscrito.

—Tiene por firma tres iniciales —observó el señor Ward.

—Sí, señor, y esas tres iniciales son las de las palabras Dueño del mundo del facsímil.

—Del cual tengo aquí el original —contestó mi jefe levantándose.

—Es evidente que las dos cartas están escritas por la misma mano.

—No cabe duda, Strock.

—Ya ve usted qué amenazas me dirigen para el caso que intente de nuevo penetrar en el Great-Eyry.

—Sí, amenazas de muerte. Pero hace ya un mes que ha recibido esta carta; ¿por qué no me la ha comunicado hasta ahora?

—Porque no le di importancia. Pero ahora, después de la procedente de El Espanto, es necesario considerarla.

—Desde luego, Strock. Tal vez esta extraña circunstancia nos ponga sobre

la pista del misterioso personaje.

—Eso mismo he pensado yo, señor Ward.

—¿Pero qué relación puede existir entre El Espanto y el Great-Eyry?

—A eso sí que no puedo responder, ni siquiera de un modo imaginario.

—No habría más que una explicación muy poco admisible, por no decir imposible.

—¿Cuál?

—Que el Great-Eyry fuese el lugar escogido por el inventor para guardar su material.

—¡Caramba! —exclamé yo—. ¿Y cómo iba a valerse para llegar hasta allí? Después de lo que yo he visto, esa explicación, señor Ward, es inaceptable.

—A menos que, Strock...

—¿A menos qué?

—Que este aparato del Dueño del mundo tenga también alas que le permitan anidar en el Great-Eyry.

A la idea que El Espanto fuese capaz de rivalizar con las águilas, yo no pude reprimir un movimiento de incredulidad, y seguramente que el señor Ward no estaba muy aferrado a esta hipótesis.

Mi jefe volvió a tomar las dos cartas, comparando su escritura por medio de una lupa. Su semejanza era perfecta. No solamente estaban trazadas por la misma mano, sino por la misma pluma. Y además era bien elocuente la correlación entre las iniciales D. D. M. de la una y el nombre Dueño del mundo de la otra.

Después de algunos instantes de reflexión, el señor Ward me dijo:

Guardo su carta, Strock, y decididamente creo que está usted destinado a representar un gran papel en esta aventura.

—Así lo deseo, señor Ward.

—Ya lo sé, Strock, y no tengo más que repetirle esto: esté usted dispuesto para partir en cualquier momento.

Salí del despacho de mi jefe con la impresión de que no había de tardar en ponerme en campaña. Mis agentes y yo lo teníamos todo dispuesto.

Los ánimos estaban más y más sobreexcitados desde que se supo que el capitán de El Espanto rechazaba las proposiciones del Gobierno americano.

La opinión pública demandaba una acción más decisiva de parte del Gobierno. Pero ¿cómo proceder? ¿Dónde ubicar al Dueño del mundo? Y, si reaparecía en cualquier parte, ¿cómo apoderarse de su persona?...

Había en todo esto cosas verdaderamente inexplicables. Que su máquina estuviese dotada de prodigiosa rapidez, era cosa fuera de toda duda. ¿Pero cómo había podido penetrar en el lago Kirdall, que no tenía comunicación accesible con el exterior, y cómo se arregló para salir de ahí? Luego habíasele visto en la superficie del lago Superior, sin que nadie hubiera advertido su paso en el recorrido de 800 millas que separan a uno del otro.

¡Qué inexplicable asunto! Razón de más para penetrar sus misterios. Puesto que los millones de dólares habían fracasado en su intento, era necesario recurrir a la fuerza. El inventor no quería vender su invento, y ya se sabe además en qué términos altaneros y amenazadores expresaba su negativa. ¡Bueno! Sería considerado como un malhechor, contra el cual todos los medios serían legítimos. Exigíalo así la seguridad, no solamente de América, sino del mundo.

La hipótesis que hubiera perecido en alguna catástrofe, había que desecharla. Estaba vivo y bien vivo, y su existencia constituía un verdadero peligro público, un riesgo a todo instante.

Bajo la influencia de estas ideas, el Gobierno publicó la siguiente nota:

«Puesto que el comandante de El Espanto ha rehusado tratar con el Gobierno sobre la cesión de su secreto, aun al precio de los millones que le han sido ofrecidos; puesto que el empleo de su máquina constituye un peligro, contra el que es imposible preservarse, dicho sujeto queda desde este momento fuera de la ley. Por ello el Gobierno aprueba de antemano todas las medidas conducentes a destruir por completo su aparato y a cuantos lo tripulen».

Era la terminante declaración de guerra contra el Dueño del mundo que se creía con fuerza para retar a toda una nación como la americana.

Desde aquel día ofreciéronse primas considerables a todo el que descubriese el paradero del misterioso personaje, y a quien consiguiera apoderarse de su persona o desembarazarse de él al país.

Tal era la situación en la segunda quincena de julio. Reflexionando detenidamente, había que concluir en que sólo el azar podría desenredarla. En primer lugar, era necesario dar con el aparato fantasma, y luego que las circunstancias fueran las propicias para la detención de su comandante. Para poder realizarla era necesario cogerle de improviso, sin darle tiempo a que funcionara su potente máquina.

Yo estaba con un pie en el estribo como vulgarmente se dice, esperando las

órdenes del señor Ward para partir con mis agentes. Y la orden no llegaba por la sencilla razón de que no había la menor noticia acerca del paradero del individuo invisible.

Aproximábase el fin de julio. Los periódicos no cesaban de hablar del asunto. De cuando en cuando surgía alguna nueva información que sobreexcitaba la curiosidad pública. Se indicaba vagamente alguna que otra pista. Pero nada serio, en suma.

Los telegramas cruzábanse por toda la extensión del territorio americano, contradiciéndose y anulándose a la vez. El afán de ganar las enormes primas ofrecidas daba lugar a errores, aún procediendo de buena fe. Un día era el vehículo que había pasado como una tromba; otro era el barco que acababa de mostrarse sobre la superficie de uno de los lagos tan numerosos de América; luego era el sumergible que evolucionaba cerca del litoral. Es decir, la imaginación sobreexcitada veía por todas partes el aparato fantasma a través del cristal del aumento de las primas.

Por fin, el 29 de julio recibí de mi jefe la orden de presentarme inmediatamente en su despacho. Un cuarto de hora después estaba ante el señor Ward, que me habló así:

—Tiene usted que marchar en seguida, Strock.

—¿Para dónde?

—Para Toledo.

—¿Se le ha visto?

—Sí; y allí recibirá usted informes completos.

—Dentro de una hora mis agentes y yo estaremos en camino.

—Bien, Strock, y le doy a usted una orden terminante...

—¿Cuál, señor Ward?

—La de lograr el éxito de la empresa. ¡Esta vez no hay más remedio que vencer! No contesté y sonreí.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I EN CAMPAÑA

El misterioso capitán acababa de aparecer en un punto de los Estados Unidos. Hasta el momento no se había presentado en algún paraje europeo. América era el único teatro de sus experiencias: ¿debía deducirse de esto que era americano?

Nada le hubiera costado atravesar el mar que separa los dos continentes; no sólo por su extraordinaria velocidad, sino porque sus condiciones náuticas le ponían al abrigo de las borrascas. No tenía que preocuparse del mal tiempo; para él no existía la ola. Le bastaba abandonar la superficie para encontrar la calma más absoluta a una veintena de pies de profundidad.

Si se lograba su captura sería probablemente en Ohio, puesto que Toledo es una de las ciudades de este Estado americano.

El secreto habíase guardado escrupulosamente. Ningún periódico —y lo hubiera pagado caro— pudo publicar las primicias del nuevo descubrimiento. Importaba que no se revelase hasta que la campaña tocara a su fin.

Mis compañeros y yo estábamos decididos a guardarnos contra toda indiscreción.

El agente que diera la noticia, y a quien yo habíame de dirigir con una orden del señor Ward, llamábase Arturo Wells, y me esperaba en Toledo.

Nuestros preparativos de viaje estaban hechos desde hacía tiempo. Tres maletas nada embarazosas por todo bagaje, en previsión de que nuestra ausencia pudiera prolongarse. John Hart y Nab Walker habíanse provisto de revólveres. Y yo hice otro tanto. ¡Quién sabe si tendríamos que atacar o defendernos!

Toledo está situado en el extremo sudoeste del lago Erie cuyas aguas bañan las costas septentrionales del importante Estado de Ohio.

El rápido, donde habíamos tomado tres asientos, atravesó durante la noche Virginia oriental y Ohio. No sufrimos retraso alguno, y a las ocho de la mañana el tren se detenía en la estación de Toledo.

En el andén esperaba Arturo Wells. Avisado de mi llegada, estaba deseoso de entrar en relaciones conmigo.

Apenas eché pie a tierra adiviné a mi hombre, que miraba detenidamente el rostro de los viajeros.

Fui hacia él.

—¿El señor Wells? —le pregunté.

—¿El señor Strock? —me contestó, atento.

—Yo mismo.

—A su disposición —añadió Wells.

—¿Debemos permanecer algunas horas en Toledo? —pregunté.

—No, si usted no dispone otra cosa. Ahí tengo un coche con dos buenos caballos, y hay que partir al instante para que estemos en nuestros puestos antes de la noche.

—Vamos donde usted quiera —le dije haciendo señas a mis dos agentes para que me siguieran.

—¿Es muy lejos eso?

—Unas veinte millas.

—¿Y cómo se llama el lugar?

—La caleta de Black-Rock.

Aunque nuestra partida era urgente, consideramos necesario escoger un hotel donde depositar nuestras maletas. La elección fue fácil, gracias a Arturo Wells, en una ciudad que cuenta unos 130 000 habitantes.

El carruaje nos condujo a White-Hotel, y después de un ligero almuerzo nos pusimos en marcha.

Llevábamos provisiones para unos cuantos días. La caleta de Black-Rock era un lugar absolutamente desierto, que no nos hubiera proporcionado recursos de ningún género. Tampoco podíamos contar con un albergue donde guarecernos; pero como estábamos en pleno verano, no había temor a pasar una o más noches al raso.

Además, si nuestra tentativa tenía éxito, sería cuestión de algunas horas. O el capitán de El Espanto era sorprendido, sin darle tiempo a escapar, o se daba a la fuga, y habría que renunciar a la esperanza de prenderle.

Arturo Wells, hombre de unos cuarenta años, era uno de los mejores agentes de la policía federal. Vigoroso, audaz, emprendedor, de gran serenidad, había demostrado en más de una ocasión sus relevantes condiciones, a veces con peligro de su vida. Inspiraba gran confianza a sus jefes, que tenían muy en cuenta todo cuanto decía.

Hallábase en Toledo con ocasión de otro asunto, cuando el azar le puso sobre la pista de El Espanto.

Bajo el látigo del conductor, el coche rodaba rápidamente a lo largo del litoral del Erie y se dirigía hacia el extremo sudoeste.

Esta vasta superficie líquida está situada entre el territorio canadiense, al

Norte, y los Estados de Ohio, de Pensylvania y de Nueva York. Si indico la disposición geográfica de este lago, su profundidad, su extensión, los cursos de agua que lo alimentan, los canales de desahogo, es porque son datos interesantes en el relato que hemos de hacer.

La superficie del Erie es de 24 668 kilómetros cuadrados.

Su altura cerca de 600 pies sobre el nivel del mar. Está en comunicación al noroeste con el lago Huron, el Saint-Clair y el río Detroit, que le envía sus aguas, recibiendo a los afluentes de menor importancia, tales como el Rocky, el Guyahoga y el Black. Vierte al Nordeste en el lago Ontario.

La mayor profundidad que la sonda ha acusado en el Erie alcanza la cifra de 131 pies.

Tal es, pues, el considerable caudal de estas aguas.

En suma, es la región por excelencia de esos magníficos lagos que se suceden entre el territorio canadiense y los Estados Unidos de América.

En esta región, aún cuando situada a los 40 grados de latitud, el clima es muy frío en invierno, y las corrientes de las regiones árticas, que ningún obstáculo las detienen, se precipitan con extrema violencia.

Desde noviembre a abril la superficie del Erie está completamente helada.

En su litoral hállanse situadas grandes poblaciones: Búffalo y Toledo, que pertenecen al Estado de Nueva York, el uno al este, y al oeste el otro; Cleveland y Sandusky, que pertenecen al Estado de Ohio al sur. Además, encuéntranse otra porción de poblados de menor importancia; de suerte que la actividad comercial del Erie es considerable, y el tráfico anual está valuado en 11 millones de francos.

El carruaje siguió un camino bastante sinuoso que se plegaba a los múltiples recortes de la orilla.

En tanto que el conductor mantenía el galope del tiro, yo hablaba con Arturo Wells, que me informó de lo que había motivado el despacho dirigido por él a la Dirección de la Policía de Washington y que hizo que mister Ward me movilizara.

Cuarenta y ocho horas antes, en la tarde del 17 de julio, Wells se dirigía a caballo hacia el pueblecillo de Hearly, cuando advirtió que un submarino subía a la superficie del lago. Atravesaba en aquel momento un bosquecillo, y echando pie a tierra, se puso a observar, y vio perfectamente que el submarino se detenía en el fondo de la caleta de Black-Rock. ¿Sería aquel aparato que con tanto afán se buscaba? Cuando el sumergible estuvo cerca de las rocas, dos hombres saltaron a tierra. ¿Era uno de ellos el Dueño del mundo, el sorprendente personaje de quien tanto se hablaba desde su última aparición en

el lago Superior? ¿Acaso era el submarino Espanto el que salía de las profundidades del Erie?

—Estaba solo —dijo Arturo Wells—, solo en el fondo de la caleta. Si hubiese tenido dos agentes, señor Strock, hubiéramos podido intentar el golpe, prender a aquellos hombres antes de que reembarcaran.

—Y aunque hubieran quedado otros a bordo, ya hubiésemos sabido quiénes eran.

—Y sobre todo —añadió Wells—, si uno de los de tierra era el capitán de El Espanto...

—Lo malo sería que el sumergible fantasma, cualquiera que sea, haya dejado la caleta tranquilamente después de haberse usted ausentado.

—Pronto lo sabremos. ¡Quiera el cielo que aún esté allí!

—¿Ha vuelto usted a ese paraje después de dirigir el despacho a Washington?

—¡Sí!

—¿Y continuaba allí el submarino?

—En el mismo lugar.

—¿Y los dos hombres?

—También los dos hombres. Creo que el motivo de estar en la caleta es alguna avería que reparar.

—Es probable; alguna avería que les impida ganar su retiro habitual.

—Hay motivos para creerlo así; en la playa había material, y he podido observar que se trabajaba a bordo.

—¿Los dos hombres solamente?

—Nada más los dos.

—Y, sin embargo, ¿será ese personal suficiente para manejar un aparato; tan pronto automóvil como barco o submarino?

—Creo que no, señor Strock; pero aquel día yo no vi más que los dos hombres de la víspera. Varias veces llegaron hasta el bosquecillo donde estaba oculto, cortaron ramas e hicieron fuego. Esta caleta está tan desierta, que se consideraban a cubierto de toda observación.

—¿Los reconocería usted?

—Desde luego; el uno es de mediana talla, vigoroso, los rasgos duros, con toda la barba; el otro es rechoncho, más bien pequeño. Cuando dejé el

Observatorio y regresé a Toledo me encontré con el telegrama del señor Ward anunciándome la llegada de usted, y me dirigí a la estación.

De todo esto deducíase claramente que hacía treinta y seis horas que el sumergible había hecho escala en la caleta de Black-Rock para reparaciones tal vez indispensables, y era probable le encontrásemos allí todavía. En cuanto a la presencia de El Espanto en el Erie, explicábase naturalmente. La última vez que el aparato fue visto era en la superficie del lago Superior. La distancia de éste al lago Erie había podido franquearla, bien por tierra siguiendo las carreteras de Michigan, bien por agua remontando el curso del río Detroit. El paso por tierra no había sido señalado, a pesar de la extrema vigilancia que ejercía la policía. Restaba la hipótesis de que el automóvil se hubiera transformado en barco o en submarino, y entonces el capitán y sus compañeros hubieran podido, sin ser descubiertos, llegar a los parajes del Erie. Y ahora, si El Espanto había abandonado ya la caleta, o si se nos escapaba al querer prender a sus tripulantes, perderíamos la partida, o por lo menos quedaría muy comprometida.

Yo no ignoraba que en el puerto de Búffalo había dos destructores con el fin de ser lanzados en persecución de El Espanto. Sin embargo, ¿cómo ganarle en velocidad? Y sobre todo, ¿cómo atacarle a través de las aguas del Erie, si se transformaba en submarino?

Arturo Wells convenía conmigo en que en esta lucha desigual, la ventaja no estaría de parte de los destructores.

Wells me había dicho además que la caleta de Black-Rock era muy poco frecuentada.

El camino que conducía de Toledo a la villa de Hearly se separa a corta distancia de sus orillas; así es que nuestro carruaje no podía ser advertido desde el litoral cuando llegase a la altura de la caleta. Después de llegar al bosquecillo del que me había hablado Wells, sería fácil ocultarse bajo los árboles. Desde allí, durante la noche, mis compañeros y yo iríamos a apostarnos en puntos a propósito para observar alguna novedad que ocurriese en la caleta, que Wells conocía perfectamente porque la había visitado más de una vez. Bordeada de rocas cortadas casi a pico, El Espanto podía atracar en ellas, bien fuera como barco o como submarino.

Serían las siete cuando nuestro carruaje, después de un alto a mitad del camino, llegó al lindero del bosque. Había mucha luz todavía para ganar aún al abrigo de los árboles, la orilla de la caleta.

Estábamos expuestos a ser vistos por El Espanto, que huiría seguramente.

—¿Hacemos aquí alto? —preguntó a Wells.

—No, señor Strock; es mejor establecer nuestro campamento en el interior del bosque.

—¿Pero podrá el carruaje circular bajo los árboles?

—Desde luego; yo lo he recorrido en todos sentidos. En un claro que hay cerca de aquí los caballos encontrarán en donde pastar. En cuanto la oscuridad lo permita, avanzaremos hasta las rocas, y allí estableceremos nuestros puestos de observación.

Seguimos los consejos de Wells. Los caballos, de la brida, y nosotros a pie penetramos en el bosque.

Entre los pinos marítimos y los macizos de verdura, a veces tan espesa que no daba paso a los rayos del sol, llegamos, al fin, al claro indicado por Wells, una especie de óvalo rodeado de grandes árboles y cubierto de una hierba muy verde y muy fresca. Aún había luz, y el sol tardaría una hora en desaparecer; tiempo suficiente para descansar del viaje.

Teníamos vehementes deseos de avanzar para ver si El Espanto estaba allí aún; pero la prudencia nos contuvo. Un poco de paciencia, y podríamos examinar la caleta sin riesgo de ser descubiertos.

Los caballos, desenganchados, pastarían libremente bajo la vigilancia del conductor, durante nuestra ausencia.

Sacamos nuestras provisiones para satisfacer el hambre y la sed que sentíamos, y una vez concluido el copioso refrigerio, encendimos las pipas, esperando el instante de partir.

En el bosque habíase hecho un silencio absoluto. Los pájaros ya no cantaban. La brisa había ido cayendo poco a poco y apenas si temblaban las hojas de las más altas ramas. El cielo ensombrecióse rápidamente, sucediendo al crepúsculo la oscuridad.

Miré la esfera de mi reloj, que marcaba las ocho y media.

—Ya es hora, Wells —le dije.

—Cuando, usted quiera, señor Strock.

—Partamos, pues.

Le recomendamos al conductor que cuidase los caballos para que no se separaran de allí.

Wells marchó por delante, siguiéndole yo, y detrás de mí John Hart y Nab Walker. En medio de las tinieblas no hubiéramos sabido orientarnos sin el auxilio de Wells.

Llegamos finalmente al linde del bosque. Delante extendíase la playa hasta

la caleta de Black-Rock.

Todo estaba silencioso y desierto. Se podía aventurar sin riesgos. Si es que El Espanto permanecía allí, debía de estar atracado al pie de alguna roca.

¿Pero estaría allí aún?

Ésta era la cuestión, la clave de toda esta emocionante aventura, que me hacía latir el corazón apresuradamente.

Wells nos hizo señas para que avanzásemos. La arena crujía debajo de nuestros pies. Doscientos pasos más allá nos hallamos a la entrada de uno de los pasos que conducían hasta el borde del lago.

¡Nada, nada! El lugar en donde Wells había visto El Espanto veinticuatro horas antes estaba vacío...

¡«El Dueño del mundo» no estaba ya en la caleta de Black-Rock!

CAPÍTULO II

LA CALETA DE BLACK-ROCK

Existían probabilidades que el aparato tan rebuscado no estuviese ya en aquel lugar, suponiendo que fuese el que Arturo Wells había visto en la tarde del 27. Si alguna avería producida en su triple sistema de locomoción habíale impedido ganar por tierra o por el agua su escondrijo y obligado a refugiarse en el fondo de la caleta de Black-Rock; ¿qué debíamos pensar si no se le volvía a ver de nuevo? ¿Habría reparado sus desperfectos y reanudado su marcha, abandonando aquellos parajes del lago Erie?

Todas aquellas eventualidades, no obstante ser tan probables, no habíamos querido admitirlas a medida que el día avanzaba. ¡Pero, no!, no podíamos dudar más de que se trataba de El Espanto, ni de que no estaba ya anclado al pie de las rocas, allí donde Wells había podido comprobar su presencia.

¡Y entonces qué desesperación! Toda nuestra campaña reducida a la nada. Si es que El Espanto navegaba sobre o bajo las aguas del lago, encontrarlo, alcanzarlo, capturarlo, estaba fuera de nuestro alcance, y —¿por qué hacerse ilusiones?— fuera de todo poder humano.

Wells y yo permanecimos consternados, en tanto que John Hart y Nab Walker, no menos despistados, dirigíanse hacia diversos puntos de la caleta para registrarlos. Y, sin embargo, nuestras medidas estaban bien tomadas y tenían todas las probabilidades de éxito. Si al momento de nuestra llegada los dos hombres señalados por Wells hubiesen estado en la playa, hubiéramos

podido llegar hasta ellos, sorpréndelos, capturarlos antes de que tuviesen el tiempo de embarcar. Si hubieran estado a bordo, esperando detrás de las rocas a que saltasen a tierra, tal vez hubiera sido fácil cortarles la retirada.

Lo verosímil era, que tanto el primero como segundo día, Wells no hubiese visto más que dos hombres, que El Espanto no contase con más tripulación.

Así habíamos discurrido y de este modo hubiéramos operado: ¡Pero, por desgracia, El Espanto no estaba ya allí!

Yo no cambiaba más que palabras sueltas con Wells. Después del despecho, nos iba poco a poco invadiendo la cólera. ¡Haber errado el golpe, sentirse ahora impotentes para continuar como para volver a empezar la campaña! Pasó una hora. Continuábamos en el mismo lugar sin decidernos a dejar el puesto. Nuestras miradas no cesaban de registrar las espesas tinieblas. A veces un reflejo cualquiera cabrilleaba en la superficie del lago; pero bien pronto se extinguía con la fugitiva esperanza que por un instante despertara... Sucedió también a veces que nos parecía ver una silueta dibujarse a través de la sombra, la masa de un barco que se aproximaba.

De vez en cuando notábamos cierto movimiento en las aguas, como si la perturbación procediese del fondo. Pero todos estos indicios desaparecían instantáneamente. No había en todo aquello más que una ilusión de nuestros sentidos, un error de nuestra alocada imaginación.

Nuestros compañeros uniéronse a nosotros, y mi primera pregunta fue:

—¿Nada de nuevo?

—Nada —contestó John Hart.

—¿Han dado ustedes la vuelta a la caleta?

—Sí, y no hemos visto el más leve vestigio del material que el señor Arturo Wells pudo observar.

—Esperemos —dije yo; pues no podía decidirme a volver hacia el bosque.

En aquel instante nuestra atención fue atraída por cierta agitación de las aguas, que se propagaba hasta el pie de las rocas.

—¿Qué será esto? —dije, bajando instintivamente la voz. No hay ni un soplo de brisa.

¿Es una perturbación que se produce en la superficie del lago?

—O debajo —añadió Wells, que se encogió para oír mejor. Efectivamente, había motivo para preguntar si esta agitación no la había provocado algún barco que se dirigía hacia el fondo de la caleta.

Silenciosos, inmóviles, tratamos de penetrar en aquella profunda

oscuridad, en tanto que la resaca se acentuaba contra las rocas del litoral.

Mis compañeros habíanse dirigido hacia la parte alta de las rocas, en tanto que yo, a ras del agua, observaba aquel movimiento, que no disminuía. Al contrario, hacíanse cada vez más sensible, y empezaba a advertir una especie de batimiento regular, parecido al que produce una hélice cualquiera en plena función.

—No cabe duda —dijo Wells, inclinándose hacia mí—, es un barco que se aproxima.

—Seguramente, a no ser que haya cetáceos o escualos en el Erie.

—No; es un barco que se dirige hacia el fondo o trata de atracar más lejos.

—¿Es aquí donde le ha visto usted las dos veces?

—Aquí mismo, señor Strock.

—Entonces puede ser el mismo; no hay razón para que no vuelva una vez más hasta la misma playa.

—¡Allí, allí! —dijo Wells, tendiendo la mano hacia la entrada.

Nuestros compañeros acababan de unirse a nosotros. Echados las cuatro en el borde de la playa, miramos atentamente en la dirección indicada.

Se distinguía vagamente una masa negra, que se movía en medio de la sombra. Avanzaba muy lentamente, y debía estar todavía a la distancia de un cable hacia el nordeste. Apenas si se escuchaba ya el ruido del motor.

De suerte que, como en la víspera, el aparato iba a pasar la noche en el fondo de la caleta.

¿Por qué habría dejado el fondeadero de donde venía? ¿Acaso habría sufrido alguna avería que le imposibilitaba alejarse?... ¿Habríase visto en la necesidad de partir antes de concluir con sus reparaciones? ¿Qué razón le impulsaba hacia aquel lugar?... ¿Existiría un motivo imperioso para lanzarse, después de convertido en automóvil relámpago, por las carreteras de Ohio?...

Todas estas preguntas presentábanse en tropel ante mi espíritu, sin que se me fuera dado contestarlas.

Wells y yo teníamos la convicción de que aquel aparato era el del Dueño del mundo, aquel El Espanto en donde estaba fechada la carta rechazando las proposiciones del Estado.

Y, sin embargo, esta convicción no podía tener el valor de una total certidumbre, aunque la considerásemos como tal.

En fin, lo que quiera que fuese, lo cierto era que el barco iba acercándose,

y seguramente su capitán conocía los pasos del Black-Rock, puesto que se aventuraba en plena oscuridad. Ni un farol a bordo, ni la más leve claridad del interior se filtraba a través de los tragaluces. Por instantes iba percibiéndose más distintamente el pausado funcionamiento de la máquina. El cabrilleo del remolino acentuábase, y muy en breve estaría «en muelle».

Empleo esta expresión de los puertos no sin exactitud. Las rocas en este paraje formaban una meseta de cinco o de seis pies sobre el nivel del lago, disposición muy apropiada para atracar.

—No permanezcamos aquí —me dijo Wells, cogiéndome por un brazo.

—No —contesté yo—, nos expondríamos a ser descubiertos... Es preciso escondernos en cualquier parte y esperar.

—Iremos detrás de usted.

No había momento que perder... Poco a poco iba aproximándose la masa, y sobre el puente, que apenas sobresalía del agua, destacábanse las siluetas de dos hombres.

¿No habría a bordo más que aquellos dos?

Arturo Wells y yo, John Hart, y Nab Walker, nos agazapamos a lo largo de las rocas, que nos ofrecían sus cavidades para observatorios. Me metí en una de ellas con Wells, y los dos agentes se colaron en otra.

Si los hombres de El Espanto saltaban hasta tierra, no nos podrían ver; pero nosotros sí les veríamos, estando en disposición de obrar según las circunstancias.

El ruido que procedía de parte del lago y unas cuantas palabras cambiadas en lengua inglesa nos indicaban que el barco acababa de atracar. Casi al mismo tiempo una amarra fue lanzada precisamente a la extremidad del paso que acabábamos de abandonar.

Deslizándose hasta el ángulo, Wells pudo comprobar que la amarra había sido lanzada por uno de los marinos, ya en tierra, y pudo oírse el roce del rezón contra el suelo.

Algunos momentos después, la arena de la playa crujió bajo unos pies.

Dos hombres, después de remontar el paso, dirigiéronse hacia el linde del otro a la luz de un farol.

¿Qué iban a hacer allí?... ¿Sería aquél un punto de escala para El Espanto? ¿Tendría allí su capitán un depósito de provisiones o de material? ¿Un repuesto para cuando sus viajes fantásticos le condujeran hacia aquella parte de Estados Unidos? Tal vez hubiese escogido aquel lugar tan desierto, tan abrupto, sin temor a ser advertido.

—¿Qué hacer? —preguntó Wells.

—Dejar a esta gente volver, y entonces... La sorpresa me cortó la palabra.

Los dos hombres no estaban a más de unos treinta pasos, cuando a uno de ellos le dio de lleno en el rostro la luz del farol que les alumbraba.

Aquella cara era la de uno de los individuos que me habían espiado frente a mi casa de Long-Street. Estaba seguro de ello. Le reconocí, como le hubiera reconocido mi vieja mucama. ¡Era él, uno de los dos espías que se desvanecieron sin que pudiese encontrar sus huellas!... No cabía duda; procedía de ellos la carta que yo había recibido, de idéntica letra a la firmada por el Dueño del mundo. No obstante, ¿cómo había sido escrita a bordo del misterioso Espanto?

Las amenazas que encerraba referíanse al Great-Eyry, y una vez más me preguntaba qué relación podía existir entre El Espanto y aquella altura de las Montañas Azules.

En pocas palabras puse al corriente a Wells, que, por toda respuesta, me dijo:

—Todo esto es incomprensible.

Los dos hombres habían continuado su marcha hacia el bosquecillo, y no tardaron en franquear la linde.

—¡A ver si ahora descubren nuestras cabalgaduras! —murmuró Wells.

—No es de temer si no pasan de las primeras filas de estos árboles cercanos.

—Pero ¿y si las descubren?...

—Vendrán a reembarcar, y tendremos tiempo de cortarles la retirada.

Hacia el lago; de la parte donde estaba atracado el barco, no se oía ningún ruido.

Salí de la cavidad en que me yo ocultaba y me deslicé hasta donde el rezón mordía la arena.

El aparato estaba tranquilo al extremo de su amarra.

No había luz a bordo ni persona alguna en el puente ni sobre la meseta... La ocasión era propicia: saltar a bordo y esperar el regreso de los dos hombres.

—¡Señor Strock, señor Strock!...

Era Wells que me llamaba.

Volví sobre mis pasos a toda prisa, y me escondí junto con él. Tal vez era

demasiado tarde para tomar posesión del barco; pero acaso la tentativa hubiera fracasado de haber alguien más a bordo.

De todos modos, el hombre del farol y su compañero acababan de reaparecer en la linde y volvían hacia la playa. Seguramente no habían descubierto nada sospechoso.

Cargados uno y otro con un fardo, continuaron por la arena, deteniéndose al pie de la meseta.

Inmediatamente oyóse la voz de uno de ellos:

—¡Eh! ¡Capitán!...

—Aquí estoy.

Wells se inclinó a mi oído, diciéndome:

—Son tres.

—Tal vez cuatro —observé yo—, quizá más.

La situación no dejaba de complicarse. ¿Qué podríamos hacer si la tripulación era más numerosa?... La menor imprudencia podía costarnos muy cara.

Ahora que los dos hombres estaban de regreso, ¿iban a reembarcarse con los fardos?

¿Después dejaría el barco la caleta o permanecería allí hasta el amanecer? ... Si se alejaba podíamos darle por perdido. ¿Dónde volverle a encontrar de nuevo? Para dejar las aguas del lago Erie se disponía de las carreteras de los Estados limítrofes o del curso del Detroit-River, que le hubiera conducido al lago Huron.

—¡Vamos a bordo! —dije a Wells—. Somos cuatro, y ellos no esperan el ataque. ¡Hay que contar con la sorpresa!

Iba a llamar a los dos agentes, cuando Wells me cogió por el brazo diciéndome:

—Escuche usted.

En ese momento el hombre de a bordo hablaba con los de tierra. He aquí las palabras que se cambiaron entre el capitán y sus compañeros:

—¿Está todo en orden allá abajo?

—Todo, capitán.

—Deben quedar todavía dos fardos.

—Dos.

—¿Bastará un solo viaje para traerlos a El Espanto?

¡El Espanto!... Era, pues, el aparato del Dueño del mundo.

—Un solo viaje, capitán —contestó uno de los hombres.

—Bueno... Partiremos mañana al amanecer.

¿No había, pues, a bordo más que aquellos tres hombres? Los de tierra iban a buscar al bosque los últimos fardos. Una vez a bordo, se acostarían. ¿No habría llegado entonces el momento de sorprenderlos impunemente sin darles tiempo a defenderse?

Seguro, puesto que lo habíamos oído de boca del capitán, que no partirían hasta el alba, Wells y yo estuvimos de acuerdo en dejar que los hombres reembarcasen; y cuando estuviesen dormidos tomaríamos posesión de El Espanto.

Eran las diez y media. En aquel momento oyéronse pasos sobre la arena.

El hombre del farol reapareció junto con su compañero y remontaron los dos hacia el bosque. En cuanto ambos hubieron traspuesto la linde, Wells fue a prevenir a los agentes, en tanto que yo me deslizaba hasta el extremo de las rocas.

El Espanto permanecía allí sujeto a su amarra, y, por lo que desde allí podía percibirse, era un aparato alargado, en forma de huso, sin mástiles y sin chimenea, semejante al que había evolucionado en los parajes de Nueva Inglaterra.

Volvimos a colocarnos en las escabrosidades de las rocas, después de comprobar si nuestros revólveres estaban en disposición de servirnos de ellos.

Transcurrieron cinco minutos desde la desaparición de ambos hombres y esperábamos que volviesen con los fardos. Cuando ya hubiesen embarcado, esperaríamos que pase una hora para saltar a bordo, a fin de que el capitán y sus compañeros estuviesen dormidos profundamente. Lo importante era no darles el tiempo suficiente a lanzar el aparato sobre las aguas del lago Erie, ni de sumergirlo en sus profundidades, pues seríamos arrastrados con él.

Yo no he sentido jamás una impaciencia tan grande. Me parecía que los dos hombres estaban retenidos en el bosque y que una circunstancia cualquiera les impedía regresar.

Pero de pronto se oyó un ruido extraño: el pisoteo de caballos escapados, una furiosa galopada a lo largo de la linde. Eran nuestras cabalgaduras que se habían espantado. Casi al mismo tiempo aparecieron los dos hombres a todo correr.

No había duda; la presencia de nuestros caballos les había dado la señal de

alarma. Dijéronse que la policía estaba oculta en el bosque. Se les espiaba, se les acechaba, ¡iban a apoderarse de ellos!... Precipitaríanse seguramente hacia la playa, arrancarían el rezón y saltarían a bordo. El Espanto desaparecería con la rapidez de un relámpago, y perderíamos definitivamente la partida.

—¡Adelante! —grité yo.

Y nos lanzamos a la playa; resueltos a cortar la retirada a los dos hombres. En cuanto éstos nos advirtieron, arrojaron los fardos y dispararon con sus revólveres, hiriendo a John Hart en una pierna. Disparamos también nosotros; pero con menos fortuna, pues nuestros proyectiles no detuvieron a los dos hombres en su carrera.

Cuando llegaron a la orilla, arrojáronse al agua, y en unas cuantas brazadas estuvieron en el puente de El Espanto.

El capitán, de pie, revólver en mano, hacía fuego contra nosotros, y una bala le rozó a Wells.

Nab Walker y yo nos agarramos de la amarra. Pero bastaría cortarla desde el barco para que éste se pusiera en marcha.

De pronto el rezón desprendióse de tierra y uno de sus garfios me cogió por la cintura, y en tanto que Walker rodaba por el suelo, yo fui arrastrado sin lograr desasirme.

En aquel momento, El Espanto impulsado por su motor dio como un salto, largándose a toda velocidad a través de la caleta de Black-Rock.

CAPÍTULO III

A BORDO DE EL ESPANTO

Cuando me recobré era de día. Una débil claridad atravesaba por el espeso tragaluz del estrecho camarote donde me encontraba. Yo no hubiera podido decir cuánto tiempo había transcurrido; pero a juzgar por la oblicuidad de los rayos, el sol ya no debía de estar muy elevado sobre el horizonte.

Estaba desnudo y cubierto por una colcha. Mis vestidos pendían de un rincón, puestos a secar. Mi cinturón, desgarrado por el garfio del rezón, estaba tirado en el suelo.

No sentía herida alguna, sólo algo de magullamiento. Al ser arrastrado por la amarra por la superficie del lago, me zambullí varias veces en el agua y seguramente yo hubiera perecido asfixiado de no haberseme subido a tiempo sobre el puente.

¿Ahora hallábame solo con el capitán y sus dos hombres a bordo de El Espanto?

Era lo probable, por no decir lo cierto. Toda la escena presentábase a mi mente con entera claridad: Hart herido en una pierna; Wells rozado por una bala, Walker derribado en el instante que el garfio se enganchaba en mi cinturón.

Y ellos, por su parte, ¿no creerían que yo había perecido en las aguas del Erie?

¿En qué condiciones navegaba en estos instantes El Espanto? ¿Corría por las carreteras limítrofes al lago, después de transformado en automóvil? Si así era, debíamos estar muy lejos, por poco tiempo que yo hubiese permanecido sin conocimiento... Pero ¿continuaría su camino bajo el agua convertido en submarino?

No, El Espanto movíase sobre una vasta superficie líquida. La luz que penetraba en mi camarote indicaba que el aparato no estaba sumergido.

Además, no sentía ninguno de esos vaivenes que el automóvil hubiese sufrido sobre una carretera. El Espanto no había tomado tierra. Navegaba.

En cuanto a saber si lo hacía todavía por las aguas del Erie, ya era otra cosa.

Decidido a subir al puente, me vestí sin saber todavía si yo estaba encerrado en aquel camarote.

Traté de levantar la escotilla que servía de puerta a mi estrecho recinto. La escotilla cedió y saqué medio cuerpo.

Mi primer cuidado fue en dirigir la vista en todas direcciones. Por todas partes la vasta superficie líquida. Ni un pedazo de tierra a la vista; nada más que un horizonte formado por la línea ideal del cielo. Que fuese lago o mar, no tardaría en saberlo. Navegábamos a tanta velocidad, que el agua, bruscamente cortada, elevábase en una menuda lluvia que me mojaba la cara. El agua era dulce y probablemente era la del Erie.

No debían de haber transcurrido más de siete u ocho horas desde que El Espanto había dejado la caleta de Black-Rock, pues el sol mostrábase a medio camino del cenit. Aquella mañana no podía ser más que la del 31 de julio.

En el puente había dos hombres: uno a proa, mirando la marcha; el otro manteniendo el timón en la dirección del Nordeste, a juzgar por la posición del sol. El primero era el que había reconocido como uno de los espías de Long-Street cuando le dio en la cara la luz. El otro era el que llevaba el farol.

Busqué inútilmente al tercero, al que habían denominado capitán. No le vi

por ninguna parte.

Se comprenderá el deseo que yo experimentaba de encontrarme ante la presencia del creador del prodigioso aparato; del comandante de El Espanto; del fantástico personaje de quien se ocupaba y preocupaba el mundo entero; del audaz inventor que no temía entrar en la lucha con la humanidad y se proclamaba Dueño del mundo.

Me dirigí al hombre de proa y le pregunté:

—¿Dónde está el capitán?

Este hombre me miró con un aire de no comprender mi pregunta, no obstante haberle oído la víspera hablar en inglés.

Por otra parte, no pareció inquietarse en lo más mínimo al verme sobre la cubierta, y después de volverme la espalda, continuó observando el lejano horizonte.

Me dirigí hacia proa resuelto a hacer la misma pregunta respecto al capitán. En cuanto estuve al lado del timonel, éste me separó con la mano y no obtuve ninguna respuesta.

No me quedaba pues más remedio que esperar la aparición del que nos había recibido a tiros, cuando mis compañeros y yo nos agarramos a la amarra de El Espanto.

Me puse a examinar las disposiciones exteriores del aparato.

El puente y el casco estaban hechos de una especie de metal desconocido. Al centro, un panneau medio levantado cubría la cámara donde las máquinas funcionaban con una regularidad casi silenciosa.

En proa y popa advertíanse dos aberturas, que probablemente servirían para dar paso a los camarotes de los tripulantes.

Las cubiertas de todas estas aberturas se ajustaban con unas guarniciones de caucho, cerrando tan herméticamente que no era posible que penetrara el agua al interior durante las evoluciones submarinas.

En cuanto al motor que imprimía aquella prodigiosa velocidad, no pude verlo, así como el propulsor, hélice o turbina. Todo lo que pude observar era que el barco no dejaba tras de sí más que una larga estela, debida a la gran finura de sus líneas de agua, las que le proporcionaban una gran estabilidad sobre el líquido elemento.

En fin, para concluir, el agente que ponía en movimiento toda esta maquinaria no era ni el vapor de agua ni el de petróleo, alcohol u otras esencias que el olor hubiera dado a conocer, y que son los más generalmente empleados para los automóviles o submarinos. No cabía duda de que el agente

propulsor era la electricidad almacenada a bordo a una tensión extraordinaria.

Entonces imponíase esta pregunta: ¿De dónde procedía aquella electricidad? ¿De pilas o de acumuladores?... ¿Pero cómo estaban cargados estos acumuladores o pilas? ¿De qué inagotable fuente se surtían? ¿Dónde funcionaba la fábrica que producía aquel fluido? Al menos que no fuese obtenido del aire del ambiente o del agua por procedimientos hasta entonces desconocidos...

Y después de estas reflexiones, concluí pensando cómo me las iba yo a arreglar para descubrir sus secretos.

Mis compañeros estarían bien lejos de suponer que se me había recibido a bordo de El Espanto, y dando por segura mi muerte, la habrían telegrafiado al señor Ward. Y ahora, ¿quién osaría emprender una nueva campaña contra el Dueño del mundo?

Todos estos diversos pensamientos entremezclábanse en mi cabeza, esperando a que el capitán apareciese sobre el puente de un instante a otro.

¡Pero no aparecía!...

En aquel momento el hambre se dejó sentir imperiosamente, justificada por una dieta prolongada de veinticuatro horas. Yo no había comido nada desde la víspera, suponiendo que no llevase más que unas horas a bordo de El Espanto. A juzgar por el vacío que sentía en el estómago, hubiérase dicho que mi embarque se remontaba a dos o más días.

Afortunadamente, la cuestión de saber cómo iba yo a satisfacer el hambre quedó bien pronto resuelta.

El hombre de la proa, después de haber descendido al interior del barco, acababa de reaparecer. Luego, sin pronunciar una palabra, colocó ante mí unas provisiones y volvió a su puesto.

Había carne, fiambre, pescado seco. Tal fue el almuerzo que devoré con un excelente apetito. En cuanto a la tripulación, sin duda había ya comido antes de aparecer yo sobre cubierta.

Convencido de que nada había de obtener de aquellos dos hombres, me volví a sumir en mis reflexiones, repitiéndome: «¿Cómo concluirá esta aventura?... ¿El invisible capitán acabará por devolverme mi libertad?... ¿La recobraré a pesar suya? Ésta dependerá de las circunstancias. Pero si El Espanto no arriba a puerto o si navega baja el agua, ¿cómo conseguir abandonarlo?... A menos que el aparato no se torne de nuevo en automóvil, ¿será preciso renunciar a toda tentativa de evasión?».

Pero, por otra parte, no me podía hacer a la idea de escapar sin haber descubierto todos los secretos de El Espanto. Aunque hasta entonces no pensé

felicitarme de mi nueva campaña —que había estado a punto de costarme la vida—, era innegable que había dado un gran paso, cualesquiera que fuesen los sucesos que me tuviera reservado el porvenir. Verdad es que mientras yo estuviera en poder del Dueño del mundo podía considerarme fuera de la humanidad.

El Espanto conservaba su rumbo Noreste en el mismo sentido de la longitud del Erie.

Marchaba a media velocidad, y forzándolo a su máximum, hubiérale bastado unas horas para alcanzar el extremo del lago.

Por este lado el Erie no tiene otra salida que el Niágara que lo pone en comunicación con el Ontario. Pero el curso de este río está cerrado por las famosas cataratas, a unas quince millas de Búffalo, importante ciudad de Nueva York. Desde el momento en que El Espanto no había remontado Detroit-River, ¿cómo iba a abandonar aquellos parajes, a menos de hacerlo por tierra?

El sol acababa de pasar por el meridiano. El tiempo era hermoso, el calor fuerte pero soportable, gracias a la brisa que refrescaba el espacio. Las riberas del lago no se veían todavía ni del lado canadiense ni del americano.

Decididamente, el capitán no quería presentarse ante mí. ¿Tenía una poderosa razón para no darse a conocer? ¿Significaría esta reserva la intención de ponerme en libertad al momento de llegar la noche, cuando El Espanto hubiera tocado en el litoral? Esto me parecía improbable.

A eso de las dos de la tarde prodújose un ligero ruido en la cubierta; el panneau central se levantó y el personaje tan impacientemente esperado apareció sobre el puente.

Debo decir que me prestó tanta atención como sus dos hombres, y dirigiéndose hacia el timonel, ocupó su puesto a popa. El sustituido, después de cambiar algunas palabras en voz baja, descendió a la cámara de las máquinas.

El capitán, después de pasear su mirada por el horizonte y de consultar la brújula, modificó ligeramente la dirección, e inmediatamente El Espanto aumentó la velocidad.

Este hombre aparentaba tener más de cincuenta años; era de regular estatura, ancho de espaldas, muy erguido, pelo corto y gris, ni bigote ni patillas, brazos y piernas musculosas, la cavidad torácica muy desarrollada. Seguramente poseía una constitución de hierro, una salud a toda prueba, una sangre de glóbulos rojos y ardientes.

Lo mismo que sus compañeros, el capitán estaba vestido con traje de mar.

Yo no le perdía de vista. Si él no trataba de esquivar sus miradas, mostraba al menos una singular indiferencia, como si no hubiera un extraño a bordo.

El capitán de El Espanto era uno de los individuos que me acechaban delante de mi casa de Long-Street. Y si yo le había reconocido, no cabía duda que él estaba enterado de mi calidad de policía, a quien había sido confiada la misión de penetrar en el Great-Eyry.

Y entonces, observándole, se me ocurrió lo que en Washington no se me había antes ocurrido: que aquel rostro característico habíalo yo visto en alguna parte. ¿En dónde? ¿En una ficha de la oficina de investigaciones, o sólo en la vitrina de cualquier fotógrafo? Hice un verdadero esfuerzo cerebral para lograr revivir algún recuerdo, pero fue en vano. Pero aquel recuerdo era tan vago que acaso no fuera más que una ilusión del pensamiento.

En fin, si sus compañeros no habían tenido la cortesía de contestar a mis preguntas, tal vez el capitán me hiciera el honor de responder.

Hablábamos la misma lengua, aunque no hubiese podido asegurar que fuese, como yo, americano de origen. A menos que no adoptase el partido de no comprenderme, a fin de no tener que contestar.

¿Qué se proponía hacer de mí? ¿Contaría con desembarazarse lisa y llanamente de mi persona?... ¿Esperaría la noche para arrojarme al agua?... ¿Lo poco que de él yo sabía, constituiría un testimonio peligroso?... Pues más hubiera valido dejarme en el extremo de la amarra cuando el rezón prendió en mi cintura.

Me levanté de pronto y me dirigí a popa, quedándome parado junto a él.

Me miró cara a cara, fijando en mí sus pupilas, brillantes como una llama.

—¿Es usted el capitán? —pregunté yo. Silencio de parte suya.

—¿Este barco es El Espanto?

No obtuve respuesta.

Me rechazó sin violencia, pero con una energía que denotaba un vigor poco común. Volviendo a ponerme de nuevo frente a él, le pregunté con vivo acento:

—¿Qué quiere usted hacer de mí?

Creo que algunas palabras se escaparon de sus labios, contraídos por una visible irritación. Esquivó la contestación volviendo la cabeza, y luego apoyó la mano sobre el regulador. Inmediatamente la máquina funcionó con más rapidez.

La cólera se apoderó de mí y estuve a punto de gritar:

—¡Sea!... ¡Guardad silencio! Yo sé quién es usted; como sé que éste es el aparato señalado en Madison, en Boston y en el lago Kirdall. Sí, el mismo que corre por las carreteras, por la superficie de los lagos y de los mares como bajo el agua... Y este barco es El Espanto, y usted es quien lo manda; usted quien ha escrito la carta al Gobierno; usted, que se cree con fuerza bastante para luchar contra toda la humanidad; usted, ¡el Dueño del mundo!

Afortunadamente logré contenerme, y desesperado por obtener respuesta a mis preguntas, me fui a sentar donde antes estaba.

Y durante largas horas no cesé de contemplar el horizonte con la viva esperanza de divisar pronto tierra.

Sí, esperar...; estaba reducido a eso: ¡a esperar!...

No llegaría la noche sin que El Espanto diese vista al litoral del Erie, ya que su dirección se mantenía al nordeste.

CAPÍTULO IV

EL NIÁGARA

El tiempo transcurría y la situación no se modificaba. El timonel volvió a la barra, y el capitán, en el interior, vigilaba la marcha de las máquinas.

A pesar de que la velocidad iba en aumento el motor funcionaba sin ruido con notable regularidad.

Ni uno de esos golpes inevitables cuando se emplean cilindros y pistones. Acabé, por lo tanto, creyendo que el desplazamiento de El Espanto efectuábase por medio de máquinas rotativas. Pero imposible confirmar a ciencia cierta mi creencia.

Por otra parte, observé que el rumbo no cambiaba. Siempre al nordeste del lago, y, por lo tanto, en dirección a Búffalo.

¿Por qué seguiría el capitán aquella ruta? Seguramente que no intentaría fondear en aquel puerto, en medio de la flotilla de pesca y de comercio. Si pretendía salir del Erie, no era el Niágara el paso adecuado, porque las cataratas eran infranqueables aún para un aparato como el suyo. El único camino posible era Detroit-River pero El Espanto alejábase visiblemente.

Entonces pensé: ¿esperará el capitán a que llegue la noche para ganar el litoral? Allí el barco, transformado en automóvil, podría atravesar velozmente los Estados vecinos. Si no lograba huir durante este trayecto, tendría que renunciar a la esperanza de libertad.

Verdad es que así lograría saber dónde se ocultaba el Dueño del mundo, a menos que éste no decidiese desembarazarse de mí, de una u otra manera.

Cierto asunto de mi peculiar servicio habíame hecho conocer aquel extremo noreste del lago y las orillas del Niágara, así como las islas de Navy y la Goat-Island, que separan la caída americana de la canadiense.

Si se presentaba una ocasión de huir, no había de encontrarme en país desconocido.

¿Pero se presentaría esta ocasión? Y, ¿la deseaba yo? ¿Me aprovecharía de ella?... ¿Qué de secretos todavía en esta aventura a la que la mala o la buena suerte me había ligado!

No era probable que El Espanto tratara de ganar una de las orillas del Niágara. Lo más verosímil era que con precauciones, sumergiéndose, si fuera preciso, llegara a tierra y se convirtiera en automóvil, siguiendo las carreteras de la Unión.

No podía explicarme por qué aquel hombre habíame dirigido esa amenazadora carta; qué objeto se proponía al vigilarme en Washington; qué lazo le unía con el Great-Eyry. Que pudiera haberse introducido en el lago Kirdall a través de unos canales subterráneos, pase; pero franquear la muralla del Great-Eyry, ¡no, de ningún modo!

A juzgar por la velocidad de El Espanto, debíamos estar a unas 15 millas de Búffalo, cuya silueta no tardaría en dibujarse al nordeste.

En el curso de la navegación pasaron algunos barcos, pero a gran distancia. Además, El Espanto era muy poco visible sobre la superficie, y a una milla de distancia no se le podía advertir.

Varios barcos de vela y de vapor que ya divisábamos, indicaban la proximidad al puerto de Búffalo.

¿En qué pensaba el capitán, dirigiéndose a aquel puerto? La más elemental prudencia le aconsejaba lo contrario. A cada instante esperaba que cambiase bruscamente de rumbo; a menos que no tuviera el propósito de sumergirse y pasar la noche en las profundidades del Erie.

En aquel momento el timonel hizo un signo a su compañero, que se apresuró a bajar a la cámara de máquinas.

Al momento el capitán subió al puente y habló en voz baja con el timonel.

Éste, con la mano extendida hacia Búffalo, señaló dos puntos negruzcos que a cinco o seis millas se divisaban a estribor.

El capitán miró atentamente. Luego, encogiéndose de hombros, fue a sentarse a popa, sin modificar la marcha de El Espanto.

Poco a poco aquellos puntos negros fueron perfilándose, y pronto pudo reconocerse que se trataba de dos vapores salidos de Búffalo y que se aproximaban con rapidez.

De pronto se me ocurrió la idea de que aquellos barcos eran los destroyers de que me había hablado el señor Ward, encargados de vigilar aquella parte del lago.

Los destroyers eran de tipo moderno, con las últimas perfecciones, habiendo alcanzado en las pruebas una velocidad de 27 millas por hora.

Verdad es que El Espanto tenía una marcha muy superior y, en último caso, le bastaría sumergirse para ponerse al abrigo de toda persecución.

En realidad, era preciso que estos destroyers fuesen también submarinos, para luchar con algunas probabilidades de éxito.

Lo que ahora no me parecía dudoso era que los comandantes de estos barcos estaban advertidos por Wells de lo que había pasado entre nosotros y El Espanto.

Y parecía evidente que, habiendo divisado al misterioso barco, marchaban a él a toda velocidad.

Y sin embargo, el capitán, sin alterarse lo más mínimo, seguía con rumbo al Niágara.

¿Qué harían los destroyers? Seguramente maniobrarían de tal suerte que obligarían a El Espanto a cambiar, de rumbo, dejando a Búffalo a estribor, ya que el Niágara no le ofrecía paso fácil.

El capitán había vuelto al timón; uno de los dos hombres estaba a proa y el otro en la cámara de máquinas.

¿Se me obligaría a encerrarme en mi camarote?

Nada me indicaron, con gran satisfacción mía, y nadie se acordaba de mí; ni más ni menos que si no hubiera ningún extraño a bordo.

Yo observaba, no sin viva emoción, cómo se aproximaban los destroyers. A menos de dos millas evolucionaron de modo que pudieran coger a El Espanto entre dos fuegos.

El rostro del Dueño del mundo mostraba el más profundo desdén. Sabía muy bien que los destroyers no podían nada contra él. Una orden a la máquina, y se distanciaría cuanto quisiera. En unos segundos El Espanto estaría fuera del alcance de los cañones; y no iba a ser en las profundidades del Erie donde los proyectiles alcanzaran al submarino. Después de diez minutos apenas estaríamos a una milla de los barcos que nos daban caza.

El capitán les dejó que se aproximaran más aún. Apoyó la mano sobre la manecilla, y El Espanto dio un salto en la superficie del agua. En vez de retroceder, siguió su marcha hacia delante. Quién sabe si no tendría la audacia de pasar entre ellos, arrastrándolos en pos de sí hasta que, llegada la noche, les fuera imposible continuar la persecución.

El puerto de Búffalo dibujábase en la margen del Erie.

Veíanse distintamente sus edificios, sus campamentos. Un poco más al oeste se abría el Niágara, a cuatro o cinco millas de distancia. ¿Qué partido debía tomar? ¿Arrojarme al agua al momento de pasar entre los destroyers? Seguramente los capitanes de los barcos tendrían conocimiento de mi presencia a bordo de El Espanto, y no tardarían en recogerme.

De otra parte, las probabilidades de éxito para evadirme aumentarían si navegásemos por el Niágara. A la altura de la isla Navy podía tomar tierra en un suelo que yo conocía perfectamente. Pero suponer que el capitán de El Espanto había de aventurarse por aquel río, cerrado por las cataratas, me parecía un absurdo.

Resolví, pues, dejar a que los destroyers se aproximasen, y en el momento crítico me decidiría.

Forzoso es confesar que mi resolución no era muy firme. ¡No; yo no podía resignarme a la idea de escapar, perdiendo toda ocasión de penetrar en el misterio! Mis instintos de policía se rebelaban ante la idea de dejar tranquilamente que siguiera libre aquel hombre fuera de la ley. ¡No! ¡No intentaría evadirme! Valdría tanto como abandonar para siempre la partida. Verdad es que no podía imaginarme la suerte que me deparaba el destino si continuaba a bordo.

Eran las seis y cuarto de la tarde. Los destroyers se aproximaban, dejando entre ellos una distancia de 12 a 15 cables. El Espanto no tardaría en tenerlos a sus costados.

No me había movido de mi sitio. El hombre de proa estaba junto a mí.

Inmóvil en el timón, los ojos brillantes, fruncido el entrecejo, el capitán esperaba sin duda el instante de ordenar una hábil maniobra.

De pronto una detonación resonó a bordo del destroyer de la izquierda. Un proyectil, rozando sobre la superficie de las aguas, pasó sobre la proa de El Espanto y desapareció detrás de la popa del otro destroyer. Me puse en pie. El hombre que estaba cerca de mí acechaba el menor signo del capitán. Éste ni siquiera volvió la cabeza, y jamás olvidaré la mueca de desprecio que se dibujó en su rostro.

En aquel instante fui impulsado hacia mi camarote, cuyo panneau se abatió

sobre mí, en tanto que los demás se cerraban también. Transcurrido un minuto, la inmersión estaba hecha y el submarino desaparecía bajo las aguas del lago. Oyéronse otros cañonazos, cuyo sordo estrépito llegaba a mi oído cada vez más atenuado. Después todo quedó en silencio.

Una vaga claridad penetraba por la claraboya de mi camarote. El aparato se deslizaba a través del Erie silenciosamente. Había visto con qué facilidad, con qué prodigiosa rapidez El Espanto se transformaba en submarino, e igualmente lo haría también en automóvil cuando se tratara de circular por las carreteras.

Pero ahora, ¿qué haría el Dueño del mundo? Probablemente modificaría su dirección, a menos que El Espanto tomase tierra para convertirse en automóvil.

Reflexionando acerca de esto, pensé que haría rumbo al oeste, y después de despistar a los destroyers ganaría la embocadura del Detroit. La inmersión no se prolongaría más que el tiempo necesario para ponerse fuera del alcance de los proyectiles, y la noche le pondría fin a la persecución.

Pero no fue así. Apenas habían transcurrido diez minutos, cuando se produjo a bordo cierta agitación. Uníanse palabras en la cámara de máquinas. Creí comprender que alguna avería obligaba al sumergible a volver a la superficie.

Yo no me engañé. En un instante la semioscuridad de mi camarote se llenó de luz. El Espanto acababa de salir a flote.

De nuevo me vi libre de poder salir sobre cubierta.

El capitán estaba al timón. Los otros dos hombres permanecían en el interior.

Miré si los destroyers estaban a la vista, divisándolos a un cuarto de milla solamente. El Espanto ya había sido descubierto y ahora le daban caza; pero esta vez era en la dirección del Niágara.

Confieso que no comprendí esta maniobra.

Metido en un callejón sin salida, no pudiendo sumergirse de nuevo por causa de una avería, el aparato encontraría cerrado su camino debido a las cataratas y cuando quisiera retroceder se lo impedirían los destroyers. ¿Acaso trataría de huir por tierra, en forma de automóvil, a través del Estado de Nueva York o del territorio canadiense?

Llevábamos una media milla de delantera. Los destroyers perseguían a toda máquina a El Espanto, que se limitaba a guardar distancia. Pero le hubiese sido fácil aumentarla, y al llegar la noche dirigirse hacia los parajes del oeste.

Ya Búffalo se desvanecía hacia la derecha, y un poco después de las siete apareció la entrada del Niágara. Si se aventuraba por allí, sabiendo que no había salida, sería que el capitán había perdido la razón.

No obstante, ¿no era loco en realidad quien se proclamaba Dueño del mundo?

Contemplábale en su puesto tranquilo, impasible, sin volver ni un instante la cabeza para observar los destroyers. El lago estaba totalmente desierto. Ni siquiera una chalupa de pesca se cruzaba con El Espanto.

Ya he dicho que el Niágara se abre entre la orilla americana y canadiense. De un lado Búffalo, del otro el fuerte Erie. Su anchura, de tres cuartos de milla aproximadamente, disminuye en la proximidad de las cataratas. Su longitud, del Erie al Notario, mide unas quince leguas, y en este último vierte las aguas de los lagos Superior, Michigan y Hurón. Existe una diferencia de 340 pies entre el Erie y el Ontario. Su caída no mide menos de 150. Los indios le han dado el nombre de «Trueno de las aguas», y es, efectivamente, un trueno continuado, cuyo estrépito se oye a varias millas de la catarata.

Entre Búffalo y el poblado de Niágara-Falls, dos islas dividen el curso del río: la isla Navy y Goat-Island, que separa la cascada americana de la canadiense.

Dos puntos merecen citarse en el curso superior del Niágara: Schollosser en la orilla derecha, Crepewa a la izquierda, a la altura de la isla Navy, donde la corriente, solicitada por un declive cada vez más fuerte, se acentúa para convertirse dos millas después en la célebre catarata.

El Espanto había rebasado el fuerte Erie. El sol brillaba aún por encima del horizonte canadiense. La noche no llegaría antes de una hora.

Los destroyers continuaban forzando la máquina sin conseguir abreviar la distancia de una milla que de nosotros los separaba.

Evidentemente, El Espanto no podía volver atrás. Los destroyers lo hubiesen echado a pique. Sus comandantes ignoraban lo que yo averigüé: que una avería de la máquina le había obligado a emerger, y que le era imposible escapar por una nueva sumersión.

Nuestros perseguidores continuaban su marcha; dispuestos, sin duda, a mantenerse en aquella actitud hasta el último límite.

Pero yo no me explicaba aquella huida obstinada ni hallaba justificación a la conducta de El Espanto, sabiendo que antes de media hora le habían de cortar el paso las cataratas. El aparato no era posible que pudiera franquearlas, y sería arrastrado por el torrente. No le quedaba más recurso que atracar a una de las orillas lo mejor posible y huir convertido en verdadero automóvil.

¿Qué partido adoptar? ¿Intentaría salvarme a nado al pasar por la isla de Navy? Si no aprovechaba esa ocasión, jamás el Dueño del mundo me devolvería la libertad, habiéndole sorprendido sus secretos.

De todos modos me pareció que la evasión era imposible, porque si es verdad que no estaba recluido, se me vigilaba con atención. Mientras el capitán dirigía el aparato, uno de los hombres de a bordo mantenía a mi lado, sin quitarme el ojo. Al primer movimiento hubiera sido detenido y encerrado.

Mi suerte estaba unida a la de El Espanto.

Los destroyers habían ido acercándose, al extremo de no separarles de nosotros más que algunos cables. ¿Habría sufrido algún accidente considerable el motor de El Espanto? El capitán no demostraba ninguna inquietud; permanecía indiferente.

Oíanse los silbidos del vapor escaparse a través de las válvulas de los destroyers, y ya empezábase a oír también el mugido de la cataratas a menos de tres millas de distancia.

El Espanto se deslizó por el brazo izquierdo del río, y bien pronto rebasó la isla Navy.

Un cuarto de hora después aparecían los primeros árboles de Goat-Island. La corriente era cada vez más rápida; y si El Espanto no se detenía, seguro que no le podrían dar caza.

¡Si a aquel maldito capitán le placía arrojarse en el torrente, no iban a seguirle al abismo!

En efecto, oyéronse los agudos silbidos de los destroyers al llegar a unos quinientos o seiscientos pies de la garganta. Luego resonaron algunas cuantas detonaciones, y varios proyectiles pasaron cerca de El Espanto sin tocarle.

El sol acababa de desaparecer y la luna proyectaba sus rayos al Norte. La velocidad del aparato, sumada a la de la corriente, era prodigiosa. Pocos momentos después caería envuelto en el torbellino de la catarata canadiense.

Yo miraba aterrorizado aquellas orillas que por última vez estaba contemplando...

Por instinto de conservación me levanté dispuesto a lanzarme al río para ganar la orilla. De pronto se oyó un violento ruido de un mecanismo interior que funcionaba. De los flancos del aparato se desplegaron como dos alas, y en el instante en que El Espanto iba a ser arrastrado por el torrente, se elevó a través del espacio franqueando las cataratas.

CAPÍTULO V

EL NIDO DEL ÁGUILA

Cuando desperté al día siguiente, después de un sueño bastante pesado, el aparato no se movía. Inmediatamente me pude dar cuenta de ello; ya que ni rodaba por el suelo ni navegaba encima ni debajo de las aguas, ni volaba por los aires.

¿Debía concluir pensando que el inventor había ganado el misterioso retiro en donde jamás ser humano había puesto la planta en él?

Si así era, su secreto iba a ser revelado, puesto que no se había desembarazado de mi persona.

Tal vez cause extrañeza mi profundo sueño durante mi viaje aéreo. Yo soy el primero en sorprenderme, hasta el punto de pensar si es que el sopor sería provocado por alguna substancia soporífera mezclada a mi última comida para ponerme en la imposibilidad de conocer el lugar de refugio de El Espanto.

Todo lo que puedo afirmar es que fue terrible la impresión que yo experimenté en el momento que el aparato, en vez de dejarse arrastrar por el torbellino de la catarata, se elevó bajo la acción de su motor como un pájaro de poderosas alas batidas con un vigor extraordinario.

Así, pues, el aparato del Dueño del mundo respondía a este cuádruple funcionamiento: era a la vez un automóvil, barco, submarino y máquina de aviación. Tierra, agua y aire, a través de estos tres elementos podía moverse; y ¡con qué fuerza, con qué rapidez!... Para verificar sus maravillosas transformaciones bastábale algunos instantes no más. La misma máquina impulsaba las diversas locomociones. ¡Yo había sido testigo de aquella fantástica metamorfosis!...

Pero lo que aún yo ignoraba, y tal vez no descubriera, era el manantial de energía al servicio del aparato, y quién era el genial inventor que, luego de crear aquel portento, lo dirigía con tanta habilidad como audacia.

Cuando el aparato volaba por los aires dominando las cataratas del Niágara, estaba yo junto a la lucerna de mi camarote. La claridad que todavía iluminaba el espacio me permitía observar la dirección del aviador.

El capitán manteníase a popa. Yo no intenté dirigirle la palabra. ¿Para qué? No me hubiera contestado.

Lo que notaba era que El Espanto maniobraba con sorprendente facilidad. No cabía duda de que los derroteros atmosféricos le eran tan familiares como

los marítimos y los terrestres.

Comprendía perfectamente el inmenso orgullo de quien se había proclamado Dueño del mundo y que al parecer lo era. ¿No disponía de un aparato superior a cuantos habían salido de manos del hombre, y contra el cual los humanos nada podían hacer?

Y en verdad, ¿para qué venderlo, para qué aceptar todos los millones que le habían ofrecido?... Desprendíase de toda su persona una absoluta confianza de sí mismo. ¿Y hasta dónde le llevaría su ambición si degeneraba un día en locura?

Media hora después de haber lanzado su vuelo El Espanto, caía sin darme cuenta, en un total amodorramiento que lo repito, debió ser producido por algún soporífero. Sin duda el capitán no quería que yo conociese alguna determinación del aparato.

Si continuó su vuelo a través del espacio, si navegó por la superficie de un mar o de un lago, si se lanzó por las carreteras del territorio americano, son cosas que no puedo decir.

Ningún recuerdo he conservado de lo que ocurrió en aquella noche del 31 de julio al primero de agosto.

Ahora, ¿cuál iba a ser la continuación y, sobre todo, el final de mi aventura?

Ya he dicho que al momento de haberse disipado mi extraño sueño, El Espanto parecía estar en completa inmovilidad.

No había error posible; bajo cualquier forma que se hubiese producido el movimiento, tenía que ser notado, aún a través del aire.

Cuando desperté estaba en mi camarote, donde, sin advertirlo, había sido encerrado, como en la primera noche pasada a bordo de El Espanto sobre el lago Erie.

Toda la cuestión estribaba en si me sería posible salir al puente, puesto que el aparato estaba inmóvil.

Traté de levantar la lucerna, que resistió a mi esfuerzo.

—¡Eh! —decíame yo—, ¿es que no se me va a dejar en libertad hasta que El Espanto no haya reanudado su navegación o su vuelo?

Éstas eran las dos circunstancias en que la huída era imposible.

Se comprenderá mi impaciencia, mi inquietud, ignorando cuánto tiempo duraría aquel alto terrestre.

No tuve que esperar demasiado tiempo. Oí un ruido de barras, y vi que se

levantaba la tapa de mi camarote. El aire y la luz penetraron a oleadas en mi camarote.

De un salto me encontré sobre el puente.

En un instante recorrieron mis ojos todo el horizonte.

El Espanto reposaba sobre el suelo, en el fondo de un circo que mediría unos 1500 pies de circunferencia. Le cubría, en toda su extensión, una capa de piedras amarillentas, entre las que no crecía ni una hierba.

Este circo afectaba la forma de un óvalo casi regular. Pero ¿qué altura tenía la muralla de sus rocas? ¿Cuál era la disposición de su arista superior?... No podía darme cuenta de ello. Por encima de nosotros se levantaban densas brumas que los rayos del sol no habían fundido todavía. Algunos largos jirones de vapores pendían hasta casi tocar el suelo. Sin duda eran las primeras horas de la mañana, y la bruma no tardaría en disiparse.

Me pareció que en el interior del circo reinaba una temperatura bastante fría, a pesar de estar ya en el mes de agosto, y concluí que debía estar situado en una región elevada del nuevo continente. ¿En cuál? Imposible formar ninguna hipótesis a este respecto. Pero lo que sí podía asegurarse era que el aparato no había tenido el tiempo de atravesar el Atlántico ni el Pacífico, puesto que no había transcurrido más que unas doce horas desde nuestra partida del Niágara.

En aquel momento el capitán salía de una especie de gruta situada en la base de la rocosa muralla.

A veces, a través de la bruma, aparecían las siluetas de grandes pájaros, cuyo grito ronco turbaba el profundo silencio de estos parajes. ¿Quién sabe si no estaban asustados por la aparición de aquel monstruo de formidables alas, con el cual no hubieran podido luchar en manera alguna, ni en fuerza ni en velocidad!

Todo me indicaba que aquél era el retiro elegido por el Dueño del mundo para poder descansar de sus prodigiosos viajes. Aquél era el garaje de su automóvil, el puerto de su barco, el nido de su aparato de aviación ¡Y ahora El Espanto reposaba en el fondo de este circo!...

En fin, iba a poderlo examinar, y no me parecía que se pensase en impedírmelo. La verdad era que el capitán no parecía interesarse ni poco ni mucho por mi presencia. Sus dos compañeros acababan de acercarse a él. No tardarían en entrar los tres en la gruta a que he hecho referencia. Podía, pues, examinar el aparato, al menos exteriormente. En cuanto a sus disposiciones interiores, era lo más probable que tuviera que contentarme con conjeturas.

Efectivamente, salvo la de mi camarote, las otras escotillas estaban

cerradas. Era inútil que yo tratase de abrirlas. Después de todo, tal vez fuera interesante conocer el motor que empleaba El Espanto para sus múltiples transformaciones.

Salté a tierra y pude dedicarme a placer a este primer examen.

El aparato era de estructura fusiforme, la proa más aguda que la popa, el casco de aluminio, las alas de una sustancia desconocida para mí. Reposaba sobre cuatro ruedas de un diámetro de dos pies, guarnecidas de una llanta de neumáticos muy espesos que aseguraban la dulzura en el rozamiento a toda velocidad. Sus rayos se ensanchaban en forma de paletas, para cuando El Espanto se transformaba en barco o submarino.

Pero estas ruedas no constituían el principal motor. Este componíase de dos turbinas Pearson's colocadas longitudinalmente a cada lado de la quilla. Movidas con extraordinaria rapidez por la máquina, provocaban el desplazamiento en el agua; y yo me preguntaba si se aprovecharía también su propulsión a través de los medios atmosféricos.

De todos modos, si el aparato se sostenía y movía en el aire, era gracias a las grandes alas rebatidas sobre los flancos, cuando el aparato estaba en estado de reposo. Era, pues, el sistema del «más pesado que el aire», aplicado por el inventor; sistema que le permitía transportarse en el espacio con una velocidad superior, tal vez, a la de los más potentes pájaros.

En cuanto al agente que ponía en acción todos aquellos mecanismos, no podía ser otro que la electricidad. Pero ¿de qué fuente la obtenían los acumuladores? ¿Existía en alguna parte una fábrica de energía eléctrica donde se alimentaban? ¿Acaso funcionarían dínamos en alguna de las cavernas del circo?

De mi examen resultó que el aparato usaba ruedas, turbinas y alas; pero nada sabía del mecanismo ni del agente que lo ponía en actividad. Aunque es cierto que de nada me hubiera servido el descubrimiento de este secreto. Necesitaría ser libre, y no me hacía la ilusión de creer que el Dueño del mundo me fuera a devolver la libertad.

Quedaba la remota posibilidad de una evasión. Pero ¿se presentaría alguna vez la ocasión? ¿Y si no era en el curso de los viajes de El Espanto, lo sería cuando descansaba en aquel recinto amurallado?

La primera cuestión a resolverse era la situación del circo. ¿En qué lugar acababa de posarse el «aviator»? ¿Qué comunicaciones existían con la región circundante?... ¿Ofrecía aquel recinto alguna salida practicable hacia el exterior? ¿No se podía penetrar en él más que franqueando la rocosa muralla con un aparato volador? ¿En qué parte de los Estados Unidos habíamos tomado tierra?... Seguramente, y por más rápido que fuera su vuelo, El

Espanto no podía haber dejado América, aún admitiendo que hubiera estado volando toda la noche.

Presentábase a mi imaginación una hipótesis que merecía, si no ser admitida desde luego, por lo menos examinada.

¿Por qué El Espanto no había de haber escogido precisamente el Great-Eyry? ¿Acaso este aparato no tenía facilidad completa de penetrar allí? Lo que hacían las águilas, ¿por qué no lo habría de verificar un «aviator»? Este lugar inaccesible le ofrecía al Dueño del mundo un tan misterioso retiro, que nuestra policía no lograría nunca descubrirlo, y en el cual podía considerarse al abrigo de toda persecución.

Por otra parte, la distancia entre el Niágara y este punto de las Montañas Azules no pasaba de 450 millas, y en doce horas El Espanto había podido franquearlas.

Sí, aquella idea, en medio de tantas otras, iba tomando poco a poco consistencia en mi cerebro. Luego recordé las amenazas proferidas contra mí en aquella carta firmada con las iniciales D. D. M. fechada en el Great-Eyry; el espionaje de que había sido objeto. Y los fenómenos de que el Great-Eyry había sido teatro, ¿no estaban relacionados con el famoso personaje? ¡Sí, el Great-Eyry, el Great-Eyry!... Y puesto que yo no había podido penetrar en él hasta entonces, ¿me sería posible salir de otra forma que a bordo de El Espanto? Ése era el gran problema para mí.

¡Ah! ¡Si la bruma se disipase, tal vez pudiera reconocerlo, cambiándose en realidad absoluta aquella tenaz hipótesis!...

Puesto que me dejaban en libertad de ir y venir; ya que el capitán y sus hombres no hacían caso de mí, resolví dar la vuelta a la muralla de roca.

En aquel momento los tres estaban en la gruta de la extremidad norte del óvalo, y empecé mi inspección por el extremo sur.

Era imposible todavía divisar la arista de las graníticas paredes, y necesitaba esperar a que la bruma se disipara, bien por el viento o bajo la acción de los rayos solares.

Entretanto, yo continuaba recorriendo el contorno del macizo, las cavidades del cual permanecían en la sombra. A medida que caminaba iba viendo las huellas de los pasos sobre la arena del capitán y sus dos hombres.

Éstos no se dejaban ver, y sin duda estaban muy ocupados en el interior de la gruta, ante la cual estaban depositados unos fardos, como para ser transportados a El Espanto. Aquello tenía visos de una mudanza, como si fuera a dejar definitivamente aquel retiro.

Concluida la vuelta en menos de media hora, me volví hacia el centro.

Aquí y allá se amontonaban cenizas frías, blanqueadas por el tiempo; trozos de planchas calcinadas, de armaduras metálicas retorcidas al fuego; era los restos de un mecanismo destruido por incineración.

Seguramente, en una época más o menos remota, el circo había sido teatro de un incendio voluntario o accidental. ¿Y cómo no relacionar este incendio con los fenómenos observados en el Great-Eyry, con las llamas que aparecieron por encima de la muralla, con los ruidos que atravesaron los aires y que tanto habían aterrorizado a los habitantes del distrito, a los de Pleasant-Garden y Morganton? ¿Pero qué material era aquél y qué interés tenía el capitán en destruirlo?

En aquel momento sopló una ráfaga de brisa. El cielo se despejó súbitamente de vapores. La parte superior de la muralla apareció inundada de luz bajo los rayos del sol, a mitad del camino entre el horizonte y el cenit.

Lancé un grito.

La arista del cuadro rocoso acababa de descubrirse a una altura de unos cien pies.

¡Aquella silueta era la que habíamos contemplado el señor Elías Smith y yo cuando nuestra ascensión al Great-Eyry!... ¡No cabía duda! Durante la última noche el «aviator» había franqueado la distancia comprendida entre el lago Erie y Carolina del Norte.

Aquél era el nido apropiado para el potente y gigantesco pájaro creado por el genio de su inventor, el único a quien le era factible franquear sus inaccesibles murallas.

Y ¿quién sabe si no había descubierto alguna vía de comunicación con el exterior, la cual le permitiera salir del Great-Eyry, dejando allí guardado el aparato?

Se hizo por completo la luz en mi espíritu. Así se explicaba entonces la primera carta, procedente del Great-Eyry, en la que se me amenazaba de muerte.

Y si hubiésemos penetrado en el recinto, ¿quién sabe los secretos que hubiéramos encontrado antes que el Dueño del mundo tuviera tiempo de ponerse en franquía dejando aquellos parajes?

Permanecí inmóvil, con la vista fija en la crestería de piedra, presa de una violenta emoción.

Preguntábame yo si no debía intentar destruir aquel aparato antes de que volviese a emprender su vuelo a través del mundo.

A mi espalda oyéronse pasos. Me volví.

Entonces no me pude contener, y se me escaparon estas palabras:

—¡El Great-Eyry! ¡El Great-Eyry!...

—¡Sí, inspector Strock!

—¿Y usted el Dueño del mundo?

—De este mundo, en el que me he revelado como el más potente de los hombres.

—¿Usted? —exclamé, en el colmo de la estupefacción.

—¡Yo! —respondió, irguiéndose en todo su orgullo—. ¡Yo! ¡Robur!
¡Robur el conquistador!

CAPÍTULO VI

ROBUR EL CONQUISTADOR

De una estatura regular, estructura geométrica, lo que sería un trapecio regular cuyo lado mayor estuviese formado por la línea de los hombros. Sobre esta línea, sostenida por robusto cuello, una enorme cabeza esferoidal. Ojos que la menor emoción debía de poner incandescentes, y en una permanente contracción el músculo del párpado, signo de extrema energía. Los cabellos cortos indómitos, con reflejos metálicos como si fueran de alambre; un ancho tórax que se elevaba y descendía con movimientos de fuelle de fragua; brazos, manos y piernas dignos del tronco; nada de bigote ni patillas.

Tal era el hombre extraordinario cuyo retrato reprodujeron todos los periódicos de la Unión, con fecha 13 de junio de 18..., al siguiente día de la sensacional aparición de este personaje en la sesión del Weldon Institute de Filadelfia.

¡Y este personaje era Robur el conquistador, que acababa de revelarme su famoso nombre, arrojándolo como una amenaza y en el mismo Great-Eyry!...

Es necesario recordar sucintamente los hechos que atraieron sobre el citado Robur la atención absoluta de todo el país.

De ellos derivan las consecuencias de la prodigiosa aventura cuyo desenlace estaba fuera del alcance de las previsiones humanas.

El Weldon Institute de Filadelfia celebraba el día 12 de junio una asamblea presidida por Uncle Prudent, uno de los personajes más importantes de la capital del Estado de Pensylvania; el secretario era Phil Evans, persona no menos importante de la localidad. Discutíase el gran problema de los globos

dirigibles. Bajo la dirección del Consejo de la Administración acababa de construirse un aerostato de 40 000 metros cúbicos: el Go a head. Su desplazamiento horizontal debía efectuarse por la acción de una dínamo potente y ligero, del que esperaban los mejores resultados y que pondría en acción una hélice. Pero ¿dónde colocar esta hélice, detrás o delante?

Este punto no estaba dilucidado, y el día de la asamblea colocaba frente a frente a los partidarios de uno y otro sistema. La discusión llegó a ser tan viva, que algunos de los miembros del Weldon Institute estaban próximos a venir a las manos, cuando, en lo más recio del tumulto un extranjero solicitó entrar en la sala de sesiones.

Presentóse con el nombre de Robur. Después de pedir la palabra, empezó a hablar en medio de un silencio general. Tomando posiciones en el debate relativo a los globos dirigibles, declaró que puesto que el hombre había conseguido ser dueño de los mares con el navío movido por la vela, por la rueda o por la hélice, no conseguiría ser amo de los espacios atmosféricos más que por el empleo de aparatos más pesados que el aire, en atención a que es necesario ser más pesado para moverse con entera libertad.

Era, pues, la eterna lucha entre la aerostación y la aviación. La asamblea, en la que predominaban los partidarios de la primera (aparatos más ligeros que el aire), recibió tan mal lo expuesto por Robur, a quien algunos irónicos rivales le dieron el nombre de «conquistador», que éste se vio precisado a retirarse terminando su perorata.

Pero después de la desaparición del singular personaje, algunas horas más tarde, el presidente y el secretario del Weldon Institute fueron objeto de un audaz secuestro. En el momento que atravesaban Fairmount-Park, acompañados del criado Frycollin, varios hombres se arrojaron sobre ellos, atándolos y amordazándolos; luego, a pesar de su resistencia, se los llevaron a través de las desiertas avenidas y los depositaron sobre un gran aparato colocado en medio de una explanada, oculto por los árboles. Cuando llegó el día, prisioneros en el «aviator» de Robur, viajaban por los aires, pasando por encima de un país que trataban inútilmente de reconocer.

Uncle Prudent y Phil Evans iban a comprobar por ellos mismos, que el orador de la víspera no les había engañado; que poseía una máquina aérea fundada en el principio del «más pesado que el aire», la cual, por su buena o mala fortuna, les reservaba un viaje extraordinario.

Este aparato, imaginado y construido por el ingeniero Robur, fundábase en el doble funcionamiento de la hélice, que al dar vueltas avanza en la dirección de su eje. Si este eje es vertical, la hélice se desplaza verticalmente; si es horizontal, se desplaza en línea horizontal.

Este «aviator», el Albatros, componíase de un navío de 30 metros de largo; provisto de dos propulsores, el uno a proa y a popa el otro; y de un juego de 37 hélices suspendidas, de eje vertical, o sea 15 a cada lado del aparato y de siete en medio, más elevadas. Esto constituía un compuesto de 37 mástiles, dotados de hélices, en vez de velas, y a las cuales las máquinas instaladas en el interior imprimían una velocidad de rotación prodigiosa.

En cuanto a la fuerza empleada para sostener y mover el «aviator» no la proporcionaba ni el vapor de agua ni el de otro líquido, ni el aire comprimido u otro gas elástico. Tampoco se servía Robur de mezclas explosivas, sino de ese poderoso agente que a tantos usos se presta: la electricidad. Pero ¿cómo y dónde se proporcionaba el inventor el fluido eléctrico de que estaban cargadas sus pilas y acumuladores? Probablemente —nunca se ha conocido su secreto— obteníalo del aire ambiente, más o menos cargado de fluido, como lo obtenía del agua para su Nautilus el famoso capitán Nemo.

El personal a las órdenes del ingeniero Robur componíase de un contraemaestre, tres mecánicos, dos ayudantes y un cocinero; en total ocho hombres, los que bastaban para el servicio.

—Con mi «aviator» —dijo Robur a sus dos forzosos pasajeros— yo soy el dueño de esta séptima parte del mundo, más vasta que Australia, Oceanía, Asia, América, Europa; de este inmenso dominio de la atmósfera que millones de aparatos recorrerán en un porvenir próximo.

Entonces se comenzó la aventurera campaña a bordo del Albatros, empezando ésta por encima de los territorios de Norteamérica. En vano Uncle Prudent y Phil Evans expusieron sus razonadas reclamaciones; Robur se cerró a la banda, en virtud del derecho del más fuerte. Los dos pasajeros no tuvieron más remedio que resignarse, o más bien de ceder ante aquel derecho.

El Albatros, corriendo hacia el oeste, rebasó la enorme cadena de las Montañas Azules, las llanuras californianas; luego, dejando a popa San Francisco, atravesó la zona septentrional del Pacífico hasta la península del Kamchatka. Bajo los ojos de los ilustres pasajeros del aparato extendiéronse entonces las regiones del Celeste Imperio, y Pekín, la capital, fue vista en su cuádruple cintura. Elevado por sus hélices superiores, el aparato subió hasta otras altitudes, rebasando las cimas del Himalaya y sus nevados picos. Después de batir el aire por encima de Persia y el mar Caspio, franqueó la frontera europea, luego las estepas moscovitas, y siguiendo el valle del Volga, dio vista a Moscú, y divisaron San Petersburgo. Abordando a Suecia por el paralelo de Estocolmo, y Noruega a la latitud de Cristianía, descendió el Albatros hacia el Sur, pasando a 1000 metros sobre Francia, y bajando hasta París, dominó a la gran capital a un centenar de pies, en tanto que sus proyectores eléctricos lanzaban haces luminosos.

Por último, desfilaron por Florencia, Roma, Nápoles y atravesando el mar Mediterráneo en vuelo oblicuo, hasta alcanzar las costas de la inmensa África, paseáronse sobre Egipto, Argelia, Túnez, Marruecos, aventurándose luego hacia la superficie del Atlántico.

Y marchando siempre en dirección sudoeste, nada les detuvo, ni siquiera las tormentas que estallaron con una violencia extrema, ni una de las formidables trombas que lo envolvió en su torbellino, y de la que Robur el conquistador pudo librarse con admirable inteligencia y sangre fría, deshaciéndola a cañonazos.

Reapareció la tierra a la entrada del estrecho de Magallanes. El Albatros la atravesó de norte a sur, para abandonarla en la extremidad del cabo de Hornos, y lanzarse por los parajes meridionales del Océano Pacífico.

Entonces, desafiando las desoladas legiones del mar Antártico, después de luchar con un ciclón, logrando ganar el centro relativamente en calma, Robur se paseó por comarcas casi desconocidas de la tierra de Graham, en medio de las magnificencias de una aurora austral, balanceándose durante unas horas por encima del Polo, cogido por un huracán, arrastrado hacia el Erebus, que lanzaba sus llamas volcánicas, fue milagroso que pudiera escapar de él.

En fin, en los últimos días de julio se detuvo cerca de una isla del Océano Índico. El ancla mordió las rocas del litoral, y el Albatros, por primera vez después de su partida, permaneció inmóvil a 150 pies del suelo, mantenido por sus hélices superiores.

Esta isla era la de Chatham, a 15 grados al este de Nueva Zelanda. El aparato habíase puesto en contacto con tierra porque sus propulsores, averiados en el último huracán, ya necesitaban reparaciones, sin las cuales no era posible que llegase a la isla X, distante todavía 2800 millas; una isla desconocida, del Océano Pacífico, donde habíase construido el Albatros.

Uncle Prudent y Phil Evans comprendían que una vez hechas todas las reparaciones, el aparato seguiría sus interminables viajes. Así es que, una vez puesto el sol, parecióles que se les ofrecía la ocasión de intentar evadirse.

El cable del ancla que retenía al Albatros medía unos 150 pies. Dejándose deslizar los dos pasajeros y su criado Frycollin, llegarían hasta tierra; y si la evasión se efectuaba de noche, no corrían el riesgo de ser descubiertos. Verdad es que al llegar el día, echaríase de menos su presencia a bordo, y como no podían salir de la isla Chatham, los fugitivos serían de nuevo hechos prisioneros.

He aquí entonces el audaz proyecto que ellos concibieron: hacer saltar el aparato por medio de un cartucho de dinamita hurtado a las municiones de a bordo, romper las alas de la poderosa nave, destruirla con su inventor y su

tripulación. Antes de que el cartucho hiciera explosión tendrían tiempo de huir por el cable, y asistirían a la caída del Albatros.

Como lo pensaron lo hicieron. Una vez encendida la mecha del cartucho, deslizáronse los tres sigilosamente hasta el suelo; pero en aquel momento descubrióse su evasión, y desde la plataforma dispararon en contra de los fugitivos, que tuvieron la suerte de no ser alcanzados por una bala. Uncle Prudent, así que hubo puesto el pie sobre tierra, se arrojó al cable del ancla, lo partió, y el Albatros, no disponiendo de sus hélices propulsoras, fue arrebatado por el viento, y, destrozado bien pronto por la explosión, se abismó entre las olas del Océano Pacífico.

Como se recordará, fue en la noche del 12 al 13 de junio cuando desaparecieron Uncle Prudent, Phil Evans y Frycollyn al salir del Weldon Institute. Desde entonces no se había tenido de ellos ni la menor noticia. Imposible formar una hipótesis acerca de su situación.

¿Existía alguna correlación entre el accidente y lo ocurrido a Robur durante la memorable sesión?...

A nadie se le ocurrió esta idea.

La policía se puso en campaña, funcionaron el telégrafo y el cable, pero las pesquisas resultaron infructuosas.

Ni siquiera una prima de 5000 dólares ofrecida proporcionó el más leve indicio acerca del paradero de los desaparecidos.

Recuerdo perfectamente que la emoción fue muy grande en los Estados Unidos.

El 20 de diciembre corrió por Filadelfia la sensacional noticia que Uncle Prudent y Phil Evans habían reaparecido.

Convocados a sesión extraordinaria, los miembros del Weldon Institute, recibieron con entusiasmo a sus colegas. A las preguntas que se hicieron, ellos contestaron con grandes reservas, o mejor dicho no contestaron. He aquí lo que más tarde fue revelado con todos sus detalles.

Después de evadirse y ver desaparecer el Albatros, tanto Uncle Prudent y Phil Evans ocupáronse en asegurar su existencia, en espera de la ocasión propicia, para salir de la isla Chatham. Sobre la costa occidental encontraron una tribu de indígenas, que no les hizo mal recibimiento. Pero esta isla es muy poco frecuentada, y los barcos se acercan a ella muy rara vez. Fue preciso, por tanto, armarse de paciencia, y así transcurrieron cinco semanas sin que los naufragos del aire pudieran embarcarse para América.

Su preocupación era reanudar los trabajos para acabar la construcción del globo Go a head y lanzarse al espacio. ¡Si no lo hubiesen hecho, no serían

verdaderos americanos! El 20 de abril del año siguiente el aerostato estaba listo para partir, bajo la dirección de Harry W. Tynder, el célebre aeronauta a quien acompañarían el presidente y el secretario del Weldon Institute.

Debo añadir que nadie había vuelto a oír hablar de Robur, ni más ni menos que si no hubiese existido. Y además, ¿no había motivo suficiente para creer que su carrera había terminado con la explosión del Albatros, sumergido en las profundidades del Pacífico?

Llegó el día de la ascensión. Yo estaba entre millares de espectadores en el parque de Fairmount. El Go a head iba a poderse elevar a una gran altura, gracias a su enorme volumen. Con el fin de satisfacer a los partidarios de los dos sistemas, habíasele colocado una hélice en la parte anterior y otra en la posterior, debiendo accionar la electricidad con una potencia superior a todas las conocidas hasta el día. El tiempo era propicio: cielo sin nubes y ni un soplo de viento.

A las once y veinte un cañonazo anunció a la muchedumbre que el Go a head iba a partir.

El aerostato se elevó lento y majestuoso. Luego comenzaron las pruebas de desplazamiento siguiendo la horizontal, operación que fue coronada por el más brillante éxito.

De repente resonó un grito, un grito que cien mil bocas repitieron.

Por el noroeste apareció un cuerpo móvil, que se aproximaba con excesiva velocidad.

Era el mismo aparato que el año anterior, después de haber raptado a los dos colegas del Weldon Institute, habíales paseado por encima de Europa, Asia, África y las dos Américas.

—¡El Albatros!... ¡El Albatros!

Sí, era él; y no cabía duda de que iba a bordo su inventor, Robur el conquistador.

¡Cuál no sería la estupefacción de Uncle Prudent y de Phil Evans al volver a ver al Albatros, que creían destruido!...

Habíalo sido, efectivamente, por la explosión, y sus restos cayeron en el Océano Pacífico con el ingeniero y todo el personal; pero recogidos por un navío, los naufragos del aire fueron conducidos a Australia, desde donde no tardaron en ganar la isla X.

Robur no tuvo más que un pensamiento: vengarse. Y para conseguir su deseo construyó un segundo aparato, tal vez más perfeccionado. Habiendo sabido que el presidente y secretario del Weldon Institute, sus antiguos

pasajeros, se disponían a hacer experiencias con el Go a head, hizo rumbo a los Estados Unidos, llegando puntualmente a la hora marcada.

Aquel gigantesco pájaro de presa iba a aniquilar al Go a head, satisfaciendo su venganza y demostrando de paso, la superioridad de su aparato sobre los otros menos pesados que el aire.

En la barquilla Uncle Prudent y Phil Evans se dieron cuenta del peligro que les amenazaba y de la suerte que les esperaba. Era preciso huir, pero no en sentido horizontal, porque el Go a head sería fácilmente alcanzado, sino ganando las altas zonas, en donde habían probabilidades de escapar a la persecución de su terrible adversario.

El Go a head se elevó hasta una altura de 5000 metros.

El Albatros le siguió en su movimiento ascensional, y sus evoluciones eran tan rápidas y precisas, que se le veía de un momento a otro abordar y aniquilar a su contrario.

El Go a head, desembarazándose de una parte de su lastre, subió 1000 metros más. El Albatros imprimió a sus hélices su máximo de rotación, y le siguió hasta allí.

De pronto prodújose un estallido. La envoltura del globo acababa de desgarrarse por la presión del gas excesivamente dilatado, y así medio deshinchado cayó rápidamente.

Y entonces, he aquí que el Albatros se precipitó hacia él, no para rematarlo, sino para prestarle auxilio. Sí, Robur, olvidando su sed de venganza, recogió al Go a head y sus hombres haciendo que Uncle Prudent y Phil Evans pasaran a la plataforma del «aviator». Luego el globo, ya vacío, cayó sobre los árboles del parque de Fairmont.

El público estaba lleno de emoción y de espanto.

Y ahora que el presidente y secretario del Weldon Institute eran otra vez prisioneros del ingeniero Robur, ¿qué iba a pasar? ¿Los arrastraría con él por el espacio, y esta vez para siempre?

Pronto supimos a qué atenernos. Después de estacionarse unos minutos a la altura de 500 o 600 metros, el Albatros empezó a descender como para fijarse en la explanada del parque de Fairmont.

Continuó bajando hasta casi tocar el suelo, y quedándose inmóvil bajo la acción de sus hélices suspensoras.

Hubo un movimiento general para invadir la explanada. Entonces la voz de Robur se dejó oír, con estas palabras:

«Ciudadanos de los Estados Unidos: El presidente y el secretario del

Weldon Institute están de nuevo en mi poder. Si los retuviera, yo no haría más que usar de mi derecho de represalia. Pero, dada la pasión que excita los éxitos del Albatros, he comprendido que los espíritus no están dispuestos todavía para la importante revolución que ha de dar lugar la conquista del aire. ¡Uncle Prudent, Phil Evans, sois libres!».

Los aludidos, más el aeronauta Tynder, saltaron a tierra, y el «aviator» se elevó unos cuantos metros fuera de todo alcance.

Robur continuó en estos términos:

«Ciudadanos de los Estados Unidos: mi experiencia es un hecho, pero es preciso llegar a su tiempo. Es demasiado pronto aún. Parto, pues, y me llevo conmigo mi secreto. No será perdido para la humanidad, y le pertenecerá el día en que esté lo bastante instruida para no abusar de esta conquista científica. ¡Salud, ciudadanos de los Estados Unidos!».

Luego el Albatros se elevó por sus hélices y empujado por sus propulsores desapareció hacia el este en medio de las hurras de la multitud.

He querido referir esta escena al detalle para dar a conocer el estado del espíritu de este extraño personaje. No parecía, pues, que estuviese animado de sentimientos hostiles hacia la humanidad. Contentábase con reservar el secreto. Pero sentíase en su actitud la inquebrantable confianza que tenía en su genio, además del inmenso orgullo que su poder le inspiraba.

No es de extrañar que estos sentimientos se fuesen poco a poco exacerbando, hasta el punto de pretender dominar al mundo entero, como se desprendía de su última carta y de sus muy significativas amenazas.

Lo que había sucedido desde la partida del Albatros fácil es reconstituirlo. No le había bastado a este prodigioso inventor crear una máquina voladora tan perfeccionada. Se le ocurrió construir un aparato, apto para moverse en tierra, agua y espacio. Y, probablemente, en los talleres de la isla X, un personal escogido y de toda su confianza, logró construir, bajo la dirección de Robur, el aparato fantasma de triple transformación. Luego, el segundo Albatros fue destruido tal vez en el recinto del Great-Eyry, sólo franqueable para el inventor.

El Espanto hizo entonces su aparición en las carreteras de los Estados Unidos, en los mares vecinos, a través de las zonas aéreas de América. Y ya sabe en qué circunstancias, después de ser perseguido inútilmente en la superficie del lago Erie, escapó, levantando el vuelo, en tanto que yo estaba prisionero a bordo.

CAPÍTULO VII

¡EN NOMBRE DE LA LEY!

¿Cuál sería el desenlace de la aventura en que me había empeñado? ¿Podía prever cuándo y cómo concluirla? ¿Se me presentaría la ocasión de huir como a Uncle Prudent y Phil Evans en la isla de Chatham?

En todo caso, mi curiosidad no estaba satisfecha más que en lo concerniente al misterio del Great-Eyry. Habiendo visitado este paraje, conocía la causa de los fenómenos observados en esta región de las Montañas Azules.

Tenía la certidumbre de que no había temores de erupción ni de temblor de tierra. El Great-Eyry era simplemente el refugio de Robur el conquistador, quien sin duda lo descubriría en uno de sus viajes aéreos.

Pero del maravilloso aparato de locomoción, ¿qué sabía yo en resumidas cuentas?

En cuanto a mi libertad, hacíame las siguientes reflexiones:

Seguramente Robur tiene interés en mantener el incógnito, y no hay más que un solo hombre capaz de establecer su identidad con la del Dueño del mundo; este hombre soy yo, su prisionero; yo, que tengo el deber de prenderle en nombre de la ley. Por otra parte, es ilusorio esperar un socorro del exterior.

Transcurrió el día sin que la situación cambie en lo más mínimo. Robur y sus hombres trabajaban activamente en el aparato, pues las máquinas necesitaban varias reparaciones. Urgía que no tardásemos en partir. Verdad es que pudieran dejarme en el fondo del Great-Eyry, de donde no podría salir, con provisiones para muchos días.

Me pareció observar que Robur estaba bajo el imperio de una exaltación permanente.

¿Qué meditaba su cerebro en constante ebullición?... ¿Qué proyectos maquinaba para el porvenir? ¿Hacia qué regiones se dirigiría?... ¿Trataría de poner en ejecución sus amenazas de loco?

La noche que siguió a este día dormí en un lecho de hierba seca en una de las grutas del Great-Eyry, donde habían puesto alimentos a mi disposición. El 2 y el 3 de agosto ellos continuaron los trabajos, sin que Robur y sus compañeros cambiaran más que unas breves frases de cuando en cuando.

A veces el Dueño del mundo erraba pensativo, se detenía de pronto y elevaba al cielo su brazo como dirigido en contra de Dios con quien pretendía compartir el imperio del mundo. Había motivos para temer una catástrofe.

En cuanto a escaparme del Great-Eyry, si es que El Espanto tendía vuelo era una locura intentarlo.

Sabido es que había procurado inútilmente obtener una respuesta de Robur acerca de mi situación.

Aquel día hice una nueva tentativa.

—Capitán —le dije aproximándome—: Le he dirigido a usted una pregunta sin obtener contestación. Esta pregunta la repito ahora: ¿Qué piensa hacer usted de mí?

Estábamos a dos pasos uno de otro. Con los brazos cruzados Robur me miró de un modo que me produjo espanto. ¡Espanto!, ésa es la palabra. No es posible que hombre con toda su razón lance aquella mirada, que parecía no tener nada de humana.

Repetí mi pregunta con voz más imperiosa y hubo un instante en que creí que Robur iba a salir de su mutismo.

—¿Qué va usted a hacer de mí?... ¿Recobraré mi libertad?

Evidentemente, Robur era presa de una obsesión que no le dejaba. Sin contestarme, acaso sin haberme oído, Robur entró en la gruta.

En la tarde del 3 de agosto los trabajos de reparación habían concluido.

Los dos auxiliares del Dueño del mundo llevaron al centro del circo todos los restos del material, cajas vacías, pedazos de madera, que procedían sin duda del antiguo Albatros, sacrificado al nuevo aparato de locomoción. Sobre el montón extendieron una capa de hierba seca, y pensé que Robur se preparaba a dejar definitivamente aquel refugio.

No se consideraba seguro, y previendo que uno u otro día se lograría penetrar en el Great-Eyry, no quería sin duda, dejar rastro de su instalación. El sol había desaparecido detrás de las Altas Montañas Azules. Probablemente El Espanto esperaba hasta la noche para alzar su vuelo.

A las nueve la oscuridad era completa, y El Espanto podía salir del Great-Eyry sin que su paso fuese advertido.

En ese momento uno de los hombres se acercó hasta el montón de combustible y le prendió fuego.

Todo se incendió rápido. En medio de la espesa humareda, las llamas subieron a una altura que rebasaba a las murallas del Great-Eyry. Seguramente que los habitantes de Morganton y de Pleasant-Garden creerían una vez más que se aproximaba una erupción volcánica.

Yo, mientras tanto, contemplaba el incendio viendo cómo crepitaba

ruidosamente la formidable hoguera.

De pie, sobre el puente de El Espanto, Robur también miraba.

El fuego, disminuyó poco a poco, hasta no quedar más que un gran brasero lleno de espesas cenizas volviendo a reinar el silencio más absoluto en el medio de aquella noche totalmente oscura.

De pronto me sentí cogido por el brazo y arrastrado hacia el aparato. La resistencia era inútil, y, además, todo era preferible a quedarse abandonado allí.

En cuanto estuve sobre el puente, los dos hombres embarcaron, poniéndose uno a proa y entrando otro en la cámara de máquinas, iluminada por lámparas eléctricas.

Robur estaba a popa con el regulador al alcance de la mano, con el fin de regular la velocidad y la dirección.

Me metieron en el fondo de mi cámara y cerraron la entrada. Durante aquella noche tampoco me sería posible observar las maniobras de El Espanto. Tuve la sensación de que el aparato, lentamente elevado, perdía su contacto con el suelo. Produjéronse algunos balanceos, luego las turbinas inferiores adquirieron una prodigiosa rapidez, en tanto que las grandes alas batían con perfecta regularidad.

Luego El Espanto dejó el Great-Eyry probablemente para siempre; y «se hizo al aire», como un navío «se hace a la mar». ¿Qué dirección iba a seguir? ... ¿Dominaría las vastas llanuras de Carolina del Norte, dirigiéndose hacia el Océano Atlántico?... ¿Haría rumbo al oeste para atravesar el Océano Pacífico? ¿Ganaría al sur los parajes del golfo de Méjico?

Transcurrieron las horas, ¡qué largas me parecieron! ¡Sería difícil no recordarlas! No traté de olvidarlas en el sueño. Una multitud de incoherentes pensamientos me llevaban a través de la quimera, como a través del espacio el monstruo aéreo. Me acordaba del inverosímil viaje del Albatros, pensando en lo que Robur podía hacer ahora con El Espanto, siendo dueño de la tierra, del mar y del aire...

Al fin los primeros rayos del sol alumbraron sobre mi camarote. Empujé el panneau de cierre, que cedió al esfuerzo de mi brazo.

El Espanto volaba por encima de un mar, a una altura que yo calculé entre mil y mil doscientos pies.

No vi a Robur, que sin duda estaba ocupado en la cámara de máquinas.

Uno de los hombres estaba en el timón, y su compañero a proa. Cuando estuve en el puente pude apreciar lo que no había visto, cuando el viaje

nocturno entre las cataratas del Niágara y el Great-Eyry: el funcionamiento de las potentes alas que batían a babor y estribor.

A juzgar por la posición del sol, deduje que marchábamos al sur. Por consiguiente, si la dirección no se había modificado desde la partida, era el golfo de Méjico, el mar que se extendía bajo nuestros pies.

Anunciábase un día caluroso, con densas nubes lívidas que se alzaban hacia poniente. Estos síntomas de una próxima tormenta no escaparon a Robur, cuando, a eso de las ocho, al subir al puente, reemplazó al hombre del timón. Tal vez se acordaba de aquella tromba que destrozó el Albatros, y del formidable ciclón, del que milagrosamente escapó con vida en las regiones antárticas.

Verdad es que con el «aviator» podía sortear el peligro.

Abandonarían las altas zonas donde los elementos entablarían la lucha, bajando a la superficie del mar y sumergiéndose en el agua si es que la tempestad les hacía difícil la navegación.

A mediodía el aparato tocó en el agua y se convirtió en barco. La vasta extensión del mar estaba desierta. Ni una vela ni columna de humo en todo el límite del horizonte.

Durante la tarde no ocurrió nada de anormal. El Espanto marchaba a media velocidad. No podía adivinar cuáles eran las intenciones de su capitán. De seguir aquella dirección encontraría una de las grandes Antillas, luego, al fondo del golfo, el litoral de Venezuela o de Colombia. Pero tal vez cuando llegase la noche, el «aviator» volvería a tender el vuelo para franquear el largo istmo de Guatemala y Nicaragua, con el fin de ganar la Isla X en los parajes del Pacífico.

Al llegar la noche el sol desapareció en un horizonte rojizo. El mar brillaba alrededor de El Espanto, y todo anunciaba que la tormenta iba pronto a estallar. Así debió juzgarlo Robur, porque en vez de dejarme sobre el puente, me encerraron en mi camarote.

Algunos instantes después sentí un ruido a bordo, comprendiendo que el aparato iba a sumergirse. Efectivamente, cinco minutos después deslizábase tranquilamente por las profundidades submarinas.

Agobiado por la fatiga y las preocupaciones, caí en un profundo sueño, no provocado por ninguna droga soporífera.

Cuando me desperté, El Espanto no se había remontado aún en la superficie del mar.

No obstante, no tardó en verificarse la maniobra. La luz del día atravesó la claraboya, al mismo tiempo en que se iban pronunciando los movimientos

producidos por el fuerte oleaje.

Salí del camarote, dirigiendo una rápida mirada por todo el horizonte. Por el nordeste alzábanse densas nubes, entre las que se cambiaban vivos relámpagos, y retumbaban los truenos repercutidos por los ecos del espacio.

Me quedé sorprendido, más que sorprendido, espantado, de la rapidez con que se desarrollaba la tempestad. Un barco apenas hubiera tenido tiempo de recoger velamen para evitar el peligro del asalto rápido y brutal.

De pronto el viento se desencadenó con una impetuosidad inaudita. En un instante el mar se puso horroroso. Las olas barrían la cubierta de El Espanto y me hubiesen arrastrado de no haberme asido sólidamente.

No había más que un solo partido que adoptar: transformar en seguida el aparato en submarino. De este modo encontraría la seguridad y la calma a unos cuantos pies bajo la superficie. Arrostrar los furores del mar era perderse.

Robur continuaba sobre el puente, y yo esperaba la orden de volver a mi camarote. Pero ni se fijaron en mí ni se hizo preparativo alguno para la sumersión.

Los ojos más centellantes que nunca, impasible ante la furiosa tempestad, el capitán la miraba frente a frente, desafiándola como si nada tuviese que temer. A cada instante era más urgente la sumersión de El Espanto y Robur no parecía decidido a la maniobra.

¡No! Él conservaba su actitud altanera de hombre, que en su inagotable orgullo, se consideraba algo aparte de la humanidad.

Al verlo así yo me preguntaba, no sin asombro, si no era un ser fantástico escapado de otro mundo sobrenatural e inconcebible.

En medio de la tempestad oyéronse estas palabras salidas de su boca:

—¡Yo!... Robur, Robur..., ¡Dueño del mundo!...

Hizo un gesto que los otros dos hombres comprendieron.

Era una orden, y sin titubear, los desgraciados, locos como el capitán, la pusieron en ejecución.

Con sus grandes alas desplegadas, el aparato se elevó, como se había elevado por encima de las cataratas del Niágara. Pero si aquel día había evitado el torbellino de la corriente, ahora su vuelo insensato conducíales entre los torbellinos de la tempestad.

El «aviator» volaba entre miles de relámpagos en medio del estruendo de los truenos revolucionando a través de aquella atmósfera de fuego, a riesgo de ser destrozado.

Robur continuaba impasible: el timón en una mano, la manecilla del regulador en la otra. Las alas batían precipitadamente, y el aparato iba impulsado hacia lo más recio de la tempestad, en donde las descargas eléctricas cambiábanse violentamente de nube en nube.

Hubiera sido preciso arrojarse sobre este loco e impedirle que precipitara el aparato en el corazón de la tempestad... Hubiera sido preciso obligarle a descender y a buscar bajo las aguas la única salvación posible...

Todos mis instintos, toda la pasión del deber se exasperaron en mí. Y olvidando dónde me encontraba, solo contra tres, por encima de un océano iracundo, salté hacia la proa, y con voz que dominó el fragor de la tempestad, grité, precipitándome sobre Robur:

—¡En nombre de la ley, yo...!

No pude concluir. El Espanto tembló, como herido por una gran sacudida eléctrica, y su armadura se dislocó por todas partes.

El Espanto acababa de ser destrozado por un rayo, y rotas sus alas y sus turbinas, cayó de una altura de más de mil pies en las profundidades de aquel golfo.

CAPÍTULO VIII

LA ÚLTIMA PALABRA DE LA ANCIANA GRAD

Cuando volví a la vida, después de estar no sé cuántas horas sin conocimiento, estaba rodeado de un grupo de marineros.

A la cabecera del lecho había un oficial interrogándome, y pude contestar con completa lucidez.

Lo referí todo, y seguramente debieron creer los que me escuchaban que se las veían con un desgraciado que acababa de perder la razón.

Encontrábame a bordo del Ottawa, que navegaba por el golfo de Méjico con rumbo a Nueva Orleans. El barco huía de la tempestad, cuando me vio asido a una tabla entre las olas y me recogieron a bordo.

Yo estaba a salvo, pero Robur el conquistador y sus compañeros habían concluido en las aguas del golfo su aventurera existencia.

El Dueño del mundo había desaparecido para siempre, destruido por la tempestad que temerariamente desafiara en pleno espacio, y llevándose el secreto de su extraordinario aparato.

Cinco días después el Ottawa daba vista a las costas de Luisiana, y en la mañana del 10 de agosto anclaba en el fondo del puerto. Después de despedirme de los oficiales del barco, que tan solícitos cuidados me habían prodigado, tomé el tren de Washington, mi villa natal, que ya había desesperado de volver a ver.

Inmediatamente me encaminé hasta la Dirección de Policía, deseando que mi primera visita fuera para mi jefe, el señor Ward. ¡Qué sorpresa, qué estupefacción y qué alegría experimentó cuando aparecí en el umbral de la puerta de su despacho!...

Me había dado por muerto.

Le puse al corriente de lo que había sucedido desde mi desaparición; la persecución de los destroyers por el lago; el vuelo de El Espanto encima de las cataratas del Niágara; el alto en el Great-Eyry; la catástrofe en el golfo de Méjico. Entonces supo mi jefe que el aparato de Robur podía transportarse a través del espacio, con la misma facilidad que por tierra y que por mar.

Lo cierto era que la seguridad pública hubiera estado continuamente a merced de El Espanto, pues los medios defensivos hubiesen faltado siempre.

Pero ese orgullo que ya había visto ir creciendo en aquel hombre prodigioso, hábale impulsado a luchar en medio de los aires en contra del más terrible de los elementos, y ya era milagroso que yo hubiera escapado sano y salvo de la espantosa catástrofe.

El señor Ward no salía de su asombro al verme.

—En fin, mi querido Strock —me dijo cuando hube terminado—, lo principal es que usted se haya salvado; después del famoso Robur, usted es el hombre del día... Espero que esta situación no le haga perder la cabeza como a ese loco de inventor.

—No, señor Ward; pero convendrá usted conmigo en que jamás hombre alguno, ávido de curiosidad, ha sido puesto tan a prueba...

—Convengo en ello, señor Strock. Ha descubierto usted los misterios del Great-Eyry; las transformaciones de El Espanto, pero desgraciadamente, los secretos del Dueño del mundo han perecido con él.

Aquella misma noche los periódicos de la Unión publicaron el relato de mis aventuras, la veracidad de las cuales no podía ponerse en duda, y, como había dicho el señor Ward, fui el hombre del día.

Uno de los periódicos decía:

«Gracias al inspector Strock, América ha batido el récord de la policía. En tanto que en los demás países los agentes operan por mar y tierra, con más o

menos éxito, la policía americana se lanza a la persecución de los criminales en las profundidades de los mares y hasta a través del espacio».

Al proceder como he referido, tal vez no hice otra cosa que anticiparme al papel que desempeñarían mis colegas a fines de este siglo.

¡Imagínese el lector qué recibimiento me haría mi vieja criada al entrar en mi casa de Long-Street! Cuando aparecí creí que le iba a dar un síncope... Luego, después de oírme con los ojos llenos de lágrimas, le dio las gracias a la Providencia por haberme librado de tantos peligros.

—Y bien, señor —me dijo— ¿estaba yo equivocada?

—¿Equivocada en qué, mi buena Grad?

—En creer que el Great-Eyry servía de retiro al diablo.

—Ese Robur no era el diablo.

—¡Pero me concederá usted que merecía serlo!

FIN